



**PERIODISMO Y
PERIODISTAS
EN EL COMAHUE**

Edición en pdf:

Diciembre de 2021

Contacto:

periodismocomahue@gmail.com

Diseño:

Claudia Fernandez y Patra García

Fotos de las portadas:

Patra García

Las fotos pertenecen a los archivos personales de los autores, a la familia Aisemberg y al Sistema Provincial de Archivos (Neuquén)

Licencia CopyLeft
Atribución
No Comercial
Sin Obra Derivada



Autores:

**Jorge Ariza,
Bernardo Guerra,
Eduardo Marchetti,
Osvaldo Ortiz
y Walter Pérez**

Editores:

**Fabián Bergero
y Gerardo Burton**

También escriben:

**Ricardo Villar,
Susana Penchulef,
David Lugones
y Alberto Carnevali**





Índice

Presentación	11
CAPÍTULO 1	
De la dictadura a la reconstrucción gremial	15
Testimonio de la resistencia	17
Recuperamos el SPN	18
¿No tienen uno presentable?	19
Gremio no, peña sí	21
El Tío está con nosotros	22
El camino de la reconstrucción (1971-1983)	24
Una elección, nuestra mejor protesta	45
Peña 7 de Junio en pantalla: debaten los candidatos	48
CAPÍTULO 2	
Lo que la intervención nos dejó	53
La fiesta inolvidable (o El auto baile)	55
La gran estafa: Barrio Patagonia Argentina	61
Los últimos intentos	63
Retazos de la Peña 7 de Junio...	65
El cheque sin fondos que hizo impacto en LADE	68
Un neuquino en Nueva York	70
Capítulo 3	
Hacer periodismo en esos días	75
Coletazos de la dictadura en LU5	77

El centro de operaciones de la resistencia	81
Los Sapag necesitan un diario para gobernar	84
Las marchas antes de las marchas	89
Decir nada y expresarlo todo	91
En bandada	93
Diario del civil	95
Adolfo Pérez Esquivel: la censura de LU5	96
Superman no existe	97
¿Vos también lo pateaste?	99
Cuestión de género en LU5	100
Semana Santa del '87 y los medios	102
LU19: astucia para informar	107
Yaco y el acuerdo con De Nevares	114
Albornoz Trigal: un maestro	114
El Viejo	115
Osvaldo Ortiz, el hombre que contagió periodismo	116

Capítulo 4

Las cosas que pasaban 123

La lucha contra el Terrorismo de Estado	125
Operativo Cutral Co: 1976–2020	126
Noemí Labruno y el día que	
La Escuelita dejó de ser clandestina	128
La ofensiva cultural de la dictadura	134
La frase que nos comimos con fritas	137
Carlitos, ¿el que nos espiaba?	139
El día que salvamos a Trimarco	142
Foto a foto	146
Una fórmula ideal: cobrar por línea escrita	147

Capítulo 5

Otros medios, hechos y personajes 153

De la calle Fotheringham al infinito y más allá	155
De cómo una biblioteca patagónica no se llamó Rodolfo Walsh	156
La Trastienda, el origen	158
Energía-Las Noticias de CALF	162
Miguel Hernández	168
El pudor de un jefe republicano:	
Marquina y la batalla de Teruel	171
El plan de Salud que superó la dictadura	174
Por favor, muestren un candidato de verdad	177
Cómo y cuándo nacieron las joyas de la abuela	178



PRESENTACIÓN

Los textos que presentamos en esta publicación forman parte de la reconstrucción de los orígenes de la organización gremial de prensa en Neuquén realizada por un grupo de periodistas (la mayoría retirados). No pretende ser una historia oficial, menos una narración completa de los acontecimientos. Es, en cambio, la elaboración a varias manos de un texto que también cuenta los hechos durante un largo período de nuestra historia. Por eso hay varios puntos de vista, y eso, creemos, enriquece el texto final.

Esta historia comenzó antes de los años 70 del siglo pasado, en medio de una Argentina convulsionada por el regreso y la muerte de Juan Domingo Perón, su sucesión en manos de su viuda Isabel Martínez y el todopoderoso ministro de Bienestar Social José López Rega; el golpe cívico-militar y el inicio de la reconstrucción democrática tras la derrota de los dictadores en la guerra de Malvinas. En ese largo período del último cuarto del siglo pasado, el ejercicio del periodismo en el país y en la región era una tarea tan bella como arriesgada.

Salir a la calle suponía vulnerar la tranquilidad espiritual, y también la seguridad física. Preguntar en una conferencia de prensa era peligroso. Escribir artículos y tomar fotografías podía resultar sospechoso de crímenes contra el poder. La mordaza estaba omnipresente y no afectaba sólo a los trabajadores de prensa: la sociedad parecía anestesiada o quería estarlo.

La decisión de acompañar las primeras marchas de los familiares de detenidos-desaparecidos, que desembocaron en la constitución de Madres de Plaza de Mayo, requería tomar resguardos. Contar lo que estaba pasando en la región entrañaba un trance difícil.

Nos gustó la idea de denominar a estos textos como “retazos de memoria individuales”, porque al

principio fueron eso. Aislados por la furia del Covid-19, quienes originalmente nos reuníamos los jueves a tomar café en uno de los más prestigiosos no lugares de la ciudad de Neuquén, debimos resignarnos a la tiranía del zoom, y desde allí pergeñamos esta escritura con la pretensión de dar cuenta de esa etapa de la vida gremial que transitamos.

Esos relatos se fueron sumando, y la memoria -que a nuestra edad suele escurrirse como arena entre los dedos- se volvió colectiva y entonces la reconstrucción comenzó a volverse divertida, a la vez que urgente y rigurosa. Y al cabo de un año, tomó la forma de este libro que aquí presentamos. Sabemos ahora, con mayor certeza, que los esfuerzos colectivos permiten trascender cualquier encierro, confinamiento o aislamiento y expanden los horizontes que, cuando individuales, se agotan en sí mismos.

Aportes invalorable de compañeros y compañeras se sumaron a los borradores iniciales surgidos de este grupo reunido en torno de un café. Estos y estas colegas acercaron datos, confirmaron conjeturas, compartieron o no miradas, en un tejido que se fue elaborando lenta pero incesantemente hasta darle forma a este recuerdo colectivo.

En este camino, muchas veces las emociones nos desbordaron. Recordar tiene el riesgo de reconstruir historias en las que muchas veces las vidas estuvieron en peligro; la impotencia doblegó las fuerzas; la frustración ganó la partida. También las alegrías de los objetivos cumplidos; las ideas materializadas y la felicidad de ver que juntos, podemos.

Cientos de personas transitaron por nuestras memorias en este año y medio de trabajo. La mayoría, colegas periodistas que anduvieron por nuestros mismos pasos o cerca de ellos, estuvieron a nuestro lado,

pelearon hombro a hombro, compartieron las mismas alegrías y las mismas frustraciones.

Muchos y muchas de ellas ya no están. En este andar, fuimos perdiendo a colegas por el Covid, por sus secuelas o por el simple paso del tiempo.

Cuando cerrábamos esta edición, Osvaldo Ortiz -uno de los más memoriosos, y activo relator de este libro- falleció en manos de un cáncer. Meses después, y justo cuando se definía la versión digital de este libro, también, víctima de un cáncer contra el que peleó con coraje, partió Jorge Ariza. Fue doblemente duro, porque Osvaldo significó mucho para el periodismo regional. Sus relatos son una muestra de lo que hablamos. Sus aportes a la recuperación del Sindicato de Prensa de Neuquén y la formación de profesionales son fundamentales. Y Jorge, un tipo generoso, de alma tanguera, puso arte en la fotografía que testimonió la vida de la sociedad neuquina: sus conflictos, sus esperanzas, sus derrotas y sus logros. Fue, también, un maestro para los y las reporteras gráficas más jóvenes. Por eso, este libro les está dedicado. A ellos, nuestro homenaje cariñoso.

Fabián Bergero y Gerardo Burton

CAPÍTULO I

De la dictadura a la reconstrucción gremial

Testimonio de la resistencia

Por Walter Pérez

El histórico dirigente de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa (FATPREN), Alfredo Carazo, junto con Rodolfo Audi (ambos fallecidos), publicó en 1984 el libro *Siete años de lucha contra la dictadura*, que resume los hechos más destacados durante las sucesivas intervenciones militares a los sindicatos de base y a la Federación, así como también la persecución, detención y desaparición de trabajadores de prensa en todo el país.

En la introducción, los autores manifestaban que “las llagas del pasado inmediato están aún dolorosamente abiertas y el desencuentro político de la sociedad es de tal naturaleza que diariamente, nos está llamando a dudar sobre la factibilidad de un destino común”.

“Pero quizá lo más grave -decían Carazo y Audi- es que el hombre argentino haya perdido su fe en el futuro y en la continuidad de su entidad histórica”.

En ese contexto marcado por la reciente restauración del sistema constitucional del país, se iniciaba el desafío de recuperar los sindicatos de base y la FATPREN devastados por la dictadura. Este proceso se realizó a partir de la organización alcanzada sigilosamente durante la dictadura cívico militar 1976-83.

La Confederación Nacional de Trabajadores de Prensa (CONATRAP) fue la herramienta que permitió, en los años duros, el reagrupamiento de compañeros de todo el país para lograr la recuperación de las organizaciones.

En Neuquén, la Peña 7 de Junio se conformó con ese objetivo. La primera actividad fue reunirnos, en-

El libro resume los hechos más destacados durante las sucesivas intervenciones militares a los sindicatos de base y a la Federación.



contrarnos, organizar charlas debate y compartir actividades.

En 1983, en una asamblea de trabajadores de prensa se constituyó una comisión provisoria mientras la organización seguía intervenida por Néstor Radivoy. Integraron esa comisión los periodistas Osvaldo Ortiz, Alberto Carnevali, Bernardo Guerra, Walter Pérez, Raúl Ventureira, Fernando Frugoni y Luis Díaz.

La CONATRAP convocó al V Plenario Nacional que se realizó en forma regionalizada y el primero de los encuentros tuvo como sede a Neuquén con delegados de Río Negro, Chubut y La Pampa.

El V Plenario declaró que “nuestro primer objetivo debe ser contribuir sin claudicaciones a la defensa de un régimen democrático y participativo y del estado de derecho en el marco de la justicia social”.

Recuperamos el SPN

En 1984, con el aval del ministerio de Trabajo de la Nación, se realizaron las elecciones con una única lista que logró recuperar el Sindicato de Prensa de Neuquén. Encontramos un sindicato devastado, con deudas, cheques en blanco, terrenos donde estaba prevista la construcción de un barrio de viviendas para periodistas y una inexistente organización administrativa. El colmo fue descubrir que esos lotes, donde hoy está instalado el hipermercado de La Anónima, se habían vendido dos y hasta tres veces.

En ese marco, la conducción del SPN inició una campaña de afiliación y programó una serie de reu-

En 1984 se realizaron elecciones con una única lista que logró recuperar el SPN.

niones en los medios periodísticos de la región para conocer la situación gremial de los y las compañeras, y paralelamente elaborar los estatutos de la organización.

Fue un camino difícil; un desafío que logramos sortear para, en poco tiempo, contar con una organización sindical que se ha fortalecido a lo largo de los años y ha ganado un espacio en el ámbito gremial, político y social de la provincia.

¿No tienen uno presentable?

Por Ricardo Villar

Esto debe haber ocurrido en 1979. En invierno de ese año. Recuerdo que era un atardecer típico de la época. Frío, gris, con nubes haciéndonos cosquillas en nuestras cabezas, o peinando el cabello de quienes lo tenían.

Los periodistas neuquinos veníamos recalientes por los manejos que los sucesivos interventores habían desarrollado en el entonces Sindicato de Prensa de Neuquén desde que los militares habían tomado el control de la FATPREN.

Otros compañeros contarán el vaciamiento que se hizo del patrimonio de la organización. Era tan escandalosa la situación que, desde Buenos Aires, ordenaron a un oficial del Ejército, seguramente algún retirado al que había que darle conchabo, para que viniera a Neuquén a emproljar el desastre que habían dejado los que ya habían sido relevados.

Estaban tan manchados, que el enviado decidió abrir el juego e invitar a conversar a un grupo de periodistas para conocer su versión y encontrar una salida

no traumática (para la intervención).

Aceptamos el convite y fuimos a conversar con este hombre. Espero que la memoria no me falle y cometa un injusto olvido. Fuimos Raúl Valladares, creo que Helvecio Caldora, Osvaldo Ortiz y Ricardo Villar. El encuentro se hizo en la confitería del Comahue Hotel, con una ronda de café y una charla que de a poco se fue haciendo más fluida. Ante la evidente debilidad de la posición del enviado de la intervención, le fuimos largando todo lo que sabíamos. Sobre todo, hacíamos foco en los terrenos, que constituían un gran capital patrimonial y afectivo. En esos terrenos habíamos depositado los sueños de la casa propia casi todos los periodistas, en especial los más jóvenes.

El militar no se defendía, y sólo atinaba a descargar las culpas en los interventores que habían nombrado.

Entonces, nos animamos a preguntarle las razones por las cuales habían nombrado a gente que en la zona sabíamos que eran “garcas”. Ante ese comentario, nos respondió que ellos lo sabían, pero que eran “propia tropa”. O sea, para que quede claro, que militaban por el partido militar.

Nos miramos, y Valladares, desde su metro noventa y cinco de altura y su voz educada para la locución de primera categoría, le disparó, sin aviso: “¡pero, escúcheme, señor!, ¿¿¿ustedes no tienen ninguno que no sea chorro...??!!” Final abrupto de la charla. El militar acusó el golpe y dijo que pasaría el informe a Buenos Aires. Nos despedimos fríamente, como la tarde, y le dejamos el muerto de la consumición al enviado militar.

En la calle, nos reímos con ganas para descargar la tensión acumulada, pero también para disimular el temor que siempre generaban reuniones como la comentada.

Gremio no, peña sí

Por Ricardo Villar

La formación de la Peña 7 de Junio constituyó un hito muy importante en la etapa de reorganización y recuperación del Sindicato de Prensa de Neuquén. Varios acontecimientos, que otros compañeros describen en notas separadas, consolidaron un grupo muy activo de periodistas de Neuquén y Río Negro.

Había mucha participación y ganas de avanzar en la organización de “algo”: no se sabía bien qué, pero la intención generalizada era sembrar para que la cosecha nos entregara el gremio, que había sido intervenido y vaciado por sucesivas intervenciones de civiles puestos por militares.

Lo más lógico era que se formara una especie de organización con contenido gremial; eso significaba quemar etapas, marcar un rumbo en el país hacia la recuperación del sindicato, pero también implicaba riesgos, porque si bien el poder militar estaba debilitado, todavía tenía fuerza y personeros sin escrúpulos y con experiencias en hacer daño.

Pero además, en el grupo la cuestión gremial no era aceptada por todos. Había posiciones que no veían con simpatía la línea sindical, por motivos distintos.

Lo peor que podía ocurrirnos es que el grupo se debilitara en una discusión interna que seguramente derivaría en desprendimiento de compañeros que considerábamos valiosos.

Entonces, la premisa fue avanzar, con mucho tacto, en ir buscando fórmulas que, sin abandonar el objetivo gremial, le agregara contenidos diferentes pero que mantuviera unido al grupo.

Fue así que apareció el concepto de “peña”, que satisfizo plenamente a todos y nos permitió encarar

una serie de actividades de tipo cultural, político y periodístico, que constituyó una novedad bien recibida en la comunidad.

Fue así que la Peña 7 de Junio comenzó sus actividades con fuerte presencia en los medios -por razones obvias-, y con impacto en la sociedad, con la presencia de reconocidas figuras nacionales, de la política, el arte y la cultura.

En 1983, ya con la democracia al alcance de la mano, la Peña organizó el primer debate en la historia del Neuquén entre los candidatos a gobernador de la provincia. Se desarrolló en el Canal 7 de Neuquén (ver Peña 7 de Junio en pantalla, página 48) y fue el primer debate televisado de la región. Participaron Felipe Sapag, candidato del Movimiento Popular Neuquino; Oscar Masei, por el Partido Justicialista, y Armando Toto Vidal, postulante por la Unión Cívica Radical.

La formación de la Peña y sus actividades fueron un ejemplo de amplitud y del consenso por encima de cualquier cuestión sectorial.

El Tío está con nosotros

Por Walter Pérez

Corrían los últimos años de la década del 70 cuando aparecía como un faro entre la tormenta que atravesábamos durante la dictadura, el restaurant de El Tío, ubicado frente al Automóvil Club Argentino, en la margen sur de la ruta nacional 22, en Cipolletti.

Era una posta que nos permitía, casi siempre cerca de la medianoche, encontrarnos a un grupo de periodistas que terminada la jornada, recargábamos pilas y el estómago con las tradicionales comidas caseras y

buen vino de El Tío.

Mi experiencia de esos días, inolvidable por cierto, me enseñó muchas cosas de la vida a mis 21 o 22 años rodeado de maestros del periodismo y que con el correr del tiempo se convirtieron en grandes amigos, algunos de los cuales partieron cuando todavía tenían mucho más para ofrecer y enseñar.

Uno de ellos que recuerdo entrañablemente fue Miguel Ángel Merellano. Hablar de Merellano es hablar de radio, música, cultura general equiparable a otros grandes como (Antonio) Carrizo o el negro (Hugo) Guerrero Marthineitz.

Merellano fue contratado por Rafael Di Serio, integrante del directorio de LU19 en aquel entonces.

Sus programas de fin de semana salían grabados con una calidad y perfección envidiable si se tienen en cuenta los medios técnicos de la época y los hacía en directo cuando viajaba a la zona cada 15 días.

Merellano fue el que me puso uno de mis sobrenombres de juventud, La Vieja en alusión a la imagen de una viejita impresa en las cajas de té Mazawattee. Era muy divertido.

Las mesas y paredes de esa posta guardaron por muchos años debates, anécdotas, humoradas, encuentros para los festejos entrañables del día del Periodista.

El restaurante se trasladó a distintos emplazamientos en la ciudad de Neuquén, hoy tiene su propio local frente a la vieja Legislatura y hasta hoy, algunos de nosotros lo seguimos frecuentando con nuestros hijos (ver también páginas 40 y 67).

El camino de la reconstrucción (1971-1983)¹

Por Bernardo Guerra

Empiezo esta reseña advirtiéndole que será bastante emocional aunque no por ello menos rigurosa en algunos de los hechos, hasta cierto punto históricos, que voy a relatar. También quiero decir que me corrí bastante del relato pese a que hubo episodios vinculados con la vida del periodismo neuquino que me tuvieron, involuntariamente, de protagonista. Espero haberlo logrado.

En septiembre de 1971 se fundó el Sindicato de Prensa de Neuquén. Seis años después de su fundación, en el invierno de 1977, me afilié. Y aquí hago un paréntesis en el relato para compartir una breve reseña de quien fuera el primer secretario general del Sindicato de Prensa: Eduardo Bejarano.

Este neuquino de pura cepa había nacido en Taquimilán en 1945. Además de periodista era licenciado en Ciencias Políticas, Sociales y Diplomacia y músico. Falleció muy joven, en 1983, a los 38 años, en México, país en el que hubo de refugiarse tras el golpe de Estado cívico militar de 1976. Era hijo de un gendarme y una maestra.

Durante los años que vivió en Argentina y antes de emprender el exilio, desarrolló tareas en el ámbito de la docencia, el periodismo y la cultura. Fue maestro en Varvarco y docente en la Universidad Nacional del Comahue.

Como periodista, fue director de Medios de Comunicación Masiva de la Universidad Nacional del Comahue; responsable de la Sección Política del diario Río Negro; secretario de Redacción del Sur Argentino



En septiembre de 1971 se fundó el Sindicato de Prensa de Neuquén.

¹Fuentes: Recuerdos y apuntes; entrevistas y artículos propios publicados por La Revista de CALF. También consulté **Los conflictos sociales en el Comahue 1966 - 1976** de José Echenique, y notas aparecidas en La Mañana de Neuquén.

y corresponsal del diario Clarín.

Fue músico y poeta y, como tal, formó parte del grupo Voces del Sur junto a Reynaldo (Naldo) Labrín, Raúl Domínguez, Raúl Pavón y Pucho Mancini. A mediados del '76 y con 31 años, se exilió en México donde, con Naldo Labrín y otros, fundó el grupo Sanampay. En 1982 participó del Plan de Alfabetización de la revolución nicaragüense. El 4 de noviembre de 1983, en Guadalajara (México), apenas unos días antes de regresar a la Argentina, murió mientras tomaba un café.

Éste fue el primer secretario general del Sindicato de Prensa.

Habían pasado no más de dos años desde su fundación cuando se dio una situación que nunca más se repitió: hubo dos representaciones gremiales. Por un lado la oficial, el Sindicato de Prensa de Neuquén, y por el otro la Asociación de Periodistas de Neuquén, que un año después pasaría a llamarse Asociación de Periodistas de Neuquén y Río Negro.

Para algunos profesionales de prensa de la época (julio de 1972), la organización gremial, la oficial, conducida por Bejarano, se había puesto muy oficialista, muy sapagista, decían.

Para corregir esa desviación, algunos decidieron conformar la Asociación de Periodistas del Neuquén, integrada, entre otros, por Abraham Tohmé, Carlos Galván, Jorge Gadano y Ricardo Albornoz Trigal. Dos viven en Neuquén y uno en General Roca. Albornoz Trigal falleció en mayo de 2021. Los cuatro desarrollaron una destacada labor en los medios de comunicación de la región. Gadano y Galván decidieron exiliarse cuando los militares se apropiaron del poder en el país.

La Asociación de Periodistas de Neuquén y Río Negro

En su primer acto oficial, la Asociación informó que se pondría en contacto con su similar de Buenos Aires y con la Federación Argentina de Periodistas para coordinar acciones en el marco político que se vivía por aquellos días de 1973: elecciones nacionales, el regreso de Perón, entre otros hechos.

La Asociación de Periodistas de Neuquén se pronunciaba por elecciones sin proscripciones ni condicionamientos, por la libertad de los presos políticos y en contra de la tortura.

Poco después de aquel pronunciamiento, la Asociación criticó un Encuentro de Medios de Difusión de la Patagonia organizado por Enrique Oliva, periodista del diario neuquino Sur Argentino.

¿La razón? En el programa del Encuentro no figuraba la denuncia por el levantamiento de Telesíntesis, el noticiero local que conducía Abraham Tohmé por Canal 7. Tampoco hacía mención a la censura y las detenciones de obreros y estudiantes, pero incluía un discurso de Felipe Sapag, además de recomendar restaurantes y promocionar agencias de turismo.

Para entender la posición de la Asociación de Periodistas de Neuquén, hay que tener presente que en los últimos años de la década del 60 y los primeros de la del 70, el país vivía una efervescencia política y social muy intensa y la región no escapaba a ello.

Aún se sentían los coletazos del Cordobazo, se sucedían secuestros y atentados. A esos episodios, la región del Comahue sumó el Choconazo y el Cipolletazo. Por aquellos días eran frecuentes las protestas de los trabajadores de la construcción y de la fruta, de los estudiantes secundarios y universitarios, entre otros

sectores. Estaba en pleno desarrollo la nacionalización de la Universidad Nacional del Comahue, con sus movilizaciones a favor y en contra.

En estos temas, la Asociación de Periodistas consideraba que había que pronunciarse y tomar posición. Cosa que, según ellos, el sindicato no hacía. Y si lo hacía, era para alinearse con la voz oficial.

La Asociación, en su intento por afianzarse en la región, resolvió que su asiento rotaría cada dos años entre General Roca, Cipolletti y Neuquén, lo cual le dio frutos porque a poco de andar se fusionó con su similar de Río Negro.

La primera actividad que realizaron en conjunto fue una campaña en contra del despido de los trabajadores que producían el programa Reportevé en Canal 7.

Por imperio del clima que se vivía y que tendría su punto culminante en 1976 con el golpe de Estado y a partir de allí el exilio de algunos de sus integrantes, la Asociación se fue silenciando hasta finalmente desaparecer.

Los integrantes

Abraham Tohmé nació en Rosario en 1942. A los 25 años comenzó a trabajar en periodismo en LU2 Radio Bahía Blanca y en el diario La Nueva Provincia.

Arribó al Alto Valle, a General Roca, en 1963. En aquella ciudad realizó trabajos para el diario La Nueva Provincia, además de enviar información para la radio LU2. Cuando se inauguró LU18 de Villa Regina, en octubre de 1963, tuvo un espacio de noticias. Fue director de LU19 La Voz del Comahue de Cipolletti desde 1965 a 1969 y trabajó en LU5 y canal 7. Fue titular de la Agencia Gran Publicidad SRL.

Jorge Gadano nació en Villa Regina en el año

1933. Su infancia y adolescencia transcurrieron en General Roca. Terminado el secundario se fue a estudiar abogacía a Buenos Aires. Como abogado laboralista, ejerció la profesión en Avellaneda y Lanús. En 1966, durante la dictadura de Juan Carlos Onganía fue encarcelado.

Entre 1968 y 1974, escribió para el diario Río Negro con el seudónimo de Ana Tole. En 1976 debió exiliarse en México y regresó al país en 1984. Escribió hasta hace unos años en el diario Río Negro, donde también fue jefe de la agencia Neuquén.

Carlos Galván también fue jefe de la agencia Neuquén de ese diario. Por su labor periodística y la exposición de su esposa en la búsqueda de Luis Genga y las hermanas María Cristina y Silvia Bottinelli, que estaban desaparecidos, sufrieron amenazas de muerte que los llevaron a exiliarse en Brasil en el año 76.

Ricardo Alberto Albornoz Trigal nació en General Roca en 1945. Salvo en su juventud, durante la cual trabajó en la fruta, en la cooperativa La Flor de Centenario, el resto de su vida laboral la dedicó al periodismo, oficio con el que se jubiló.

Se inició en la agencia de noticias Interpress, la primera productora de noticias patagónicas con sede en Neuquén, fundada en 1961.

Con el correr de los años, Albornoz Trigal se desempeñó en Radio Splendid, en LU19 de Cipolletti, en la agencia regional de La Nueva Provincia y LU2, ambas de Bahía Blanca. En el invierno de 1963 fue contratado por un año por la radio LU5 para redactar los textos de los informativos. De allí fue despedido por llegar media hora tarde. Veinticinco años después de ese hecho, en octubre de 1988, se le ofreció la gerencia de noticias de esa emisora neuquina, cargo al que renunció un mes después por discrepancias con los

directivos de la radio.

Posteriormente, fue corresponsal de La Nación de Buenos Aires, medio en el cual se jubiló. También fue miembro de la Junta de Estudios Históricos del Neuquén.

Albornoz Trigal poseía un archivo periodístico muy completo que abarca desde los años 60 hasta el día de su fallecimiento en mayo de 2021.

La agencia Interpress

Esta agencia funcionó en el primer piso del Cine Teatro Español. Fue creada y dirigida por Sergio Crisoliti y distribuía información periodística para toda la región a través de LU5 Radio Neuquén, que integraba la cadena nacional de radioemisoras Splendid.

Sergio Carlos Crisoliti era hijo de Gino y Laura Scipioni, originarios de Italia, y había nacido en Vicente López, provincia de Buenos Aires, el 25 de diciembre de 1928. Hizo sus estudios en Buenos Aires. Por cuestiones laborales de sus padres, recorrió algunas provincias hasta que finalmente se radicaron en la ciudad de Zapala.

Crisoliti fue un amante de la pintura, la literatura y el teatro. Estando radicado en Mendoza integró alguna compañía de teatro y en una gira llegó a Neuquén y aquí conoció a Chichina Edelman, hermosa joven de la sociedad neuquina. Surgió el amor. Y Sergio se las ingenió para volver a Neuquén y estar cerca de ella. En 1953 volvió a Neuquén como corresponsal de El Tiempo de Cuyo y entonces la relación con Chichina se formalizó. El 29 de diciembre de 1954 la pareja se casó en Centenario. Por algunos años fijaron domicilio

en Mendoza para regresar definitivamente a Neuquén en 1960, cuando Sergio y Julio Frete decidieron abrir la primera agencia de noticias patagónicas a la que llamaron Interpress.

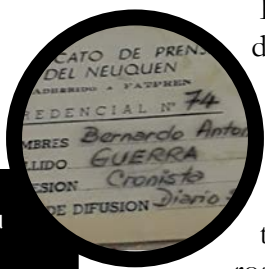
Primer plato

Mi credencial de afiliación tiene el número 74. Aún la conservo. Está firmada por Héctor Mario González, que por aquellos años ejerció como secretario general del gremio. En rigor, su interventor.

Ese periodista fue denunciado unos años después por irregularidades, entre ellas la venta de lotes pertenecientes al sindicato. Durante las gestiones de González y de un nefasto personaje, Néstor Francisco Radivoy, la organización sindical fue virtualmente destruida. Esos hombres dejaron tierra arrasada.

Entre González y Radivoy, hubo tres interventores: Antenor Marchetti, Hugo Morales y Luis Díaz. Con Marchetti hubo buena relación. Los más viejos aún recordamos los intercambios verbales entre él y dos trabajadoras de prensa. El motivo era la preadjudicación de los lotes de la Chacra 130 b destinados a un plan de viviendas para periodistas, en el que el interventor no tuvo nada que ver.

Esos lotes fueron preadjudicados y malversados por González. Un mismo terreno fue preadjudicado por lo menos dos veces a distintas personas que en muchos casos pertenecían a un gremio en particular, el de los gastronómicos. Por aquellos días, un poco en sordina, se comentaba que esas adjudicaciones eran



Bernardo Guerra tiene la credencial número 74.

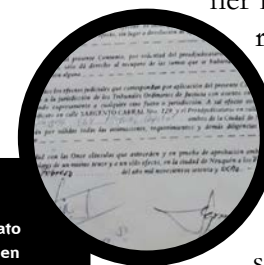
compromisos contraídos por González durante sus recorridas por la noche neuquina, a la cual era muy afecto.

Marchetti, oriundo de Rosario y con amplia trayectoria en la radiofonía argentina, tuvo que lidiar con problemas originados en las intervenciones anteriores. Hasta enero de 1976 se desempeñó en la Cadena Argentina de Radiodifusión (CAR). Como funcionario de ese organismo, participó de la normalización de algunas radios, entre ellas LU33 de Santa Rosa, LU5 de Neuquén y la Municipal de Buenos Aires.

El plan de viviendas finalmente no se concretó debido a que el sindicato perdió la chacra en laberintos burocráticos, administrativos y judiciales, que para mí aún permanecen en una zona gris. Seguramente debe existir alguna razón valedera, que yo desconozco o no recuerdo. En la actualidad, en parte de ese loteo se levanta el hipermercado La Anónima.

Con otro interventor, Hugo Morales, algunos tuvieron una buena relación y otros no, como sucede siempre. Morales siempre fue sospechado de mantener fluida comunicación y contacto con la Marina. De todas maneras, es justo decir que consiguió la obra social de la ADOS para los trabajadores de prensa.

ADOS nació en 1958 como el proyecto de un hospital ferroviario pero tuvo varios tropiezos en su camino, hasta que se convirtió en la Asociación Neuquina de Obras Sociales, ANDOS. Al finalizar la década de 1970, se institucionalizó como ADOS. Desde 2004 el policlínico es una cooperativa administrada por sus propios trabajadores. Es oportuno recordar y marcar que, durante la dictadura, la Marina tuvo bajo su órbita y su mando todo lo relacionado con la salud en el país.



Las viviendas no se realizaron porque el sindicato perdió la chacra en laberintos burocráticos.

Transcurridos unos años de democracia, Morales fue denunciado pública y periódicamente por su conducta durante la dictadura. La presentación que hicieron trabajadores de prensa ante la justicia denunciaba que Morales se jactaba y ufanaba de sus contactos con los servicios de inteligencia. Al momento de escribir estas líneas (julio del año de la pandemia) me entero de su fallecimiento.

No fuimos una isla

Entre 1976 y 1982 el periodismo neuquino también padeció los rigores de la dictadura cívico militar: algún secuestro, intimidaciones varias, censura, prohibiciones, despidos.

A las direcciones de los medios locales y regionales llegaban, con cierta regularidad, recomendaciones de cómo preguntar, qué preguntar, qué no preguntar y quiénes podían asistir a eventuales actividades oficiales.

En la región una de las censuras más fuertes y evidentes ocurrió durante la visita del dictador Jorge Rafael Videla.

En abril de 1979 -y por segunda vez- visitó Neuquén. La primera había sido en el marco de una gira que abarcó Viedma, Sierra Grande, General Roca, Cipolletti, Neuquén y Cutral Co (octubre de 1976). El motivo central de la gira del dictador fue anunciar la construcción de la planta de agua pesada en la localidad de Arroyito.

Los días previos a la segunda llegada de Videla, arribó a Neuquén su séquito de funcionarios para prepararle el escenario.



En la región una de las censuras más fuertes ocurrió durante la visita del dictador Videla.

A los trabajadores y trabajadoras de Ceremonial y Protocolo y de la dirección de Prensa del gobierno provincial de facto les tocó la desagradable tarea de comunicar a los responsables de los distintos medios periodísticos las directivas para cubrir las actividades, que básicamente indicaban qué preguntar y quiénes podrían asistir a las conferencias de prensa y/o recorridas que haría Videla.

Por mi condición de extranjero, aún no podía participar de las actividades oficiales. Sin embargo, asistí a todas.

No recuerdo a qué artilugio se recurrió, pero estuve y hasta logré que me entregaran el cartel de prensa que puse en el parabrisas del auto y que me permitió circular sin problemas. También se me entregó la credencial que me habilitaba para participar de las actividades.

Durante la visita del tirano, así gustaba nombrarlo Osvaldo Ortiz, hubo algunos episodios tragicómicos.

Recuerdo uno en particular, ocurrido antes de una conferencia de prensa, en la vieja Legislatura neuquina, ubicada Olascoaga y Montevideo: un militar con actuación en Neuquén y tal vez para quedar bien con el entorno de Videla, se dirigió a los periodistas más reconocidos para cuestionar su vestimenta. Muy alterado, se acercó a Osvaldo Ortiz y Ricardo Villar entre otros, para recriminar que “ningún periodista estaba de traje y corbata” y que con esos zaparrastrosos -no dijo exactamente eso, pero el sentido era ése- no se hacía la conferencia de prensa. Ortiz, sin perder la calma ni la compostura, con un Imparciales entre sus dedos y una leve sonrisa picarona, le respondió: “pues no se hará entonces. Acá nos vestimos así”. El militar puso violín en bolsa y la conferencia de prensa se realizó.

En 1979, en Neuquén, la censura era contrarres-

tada por dos publicaciones que regularmente llegaban a los medios: “Qué Pasa”, órgano del PC y “Acción”, del movimiento cooperativo. Por lo menos son las que llegaban a la redacción de Las Noticias de CALF.

“Qué Pasa” venía en un sobre de papel madera sin remitente. Aparecía solo el destinatario. No recuerdo si era quincenal o mensual, pero a la mañana, cuando llegábamos a la redacción de Las Noticias de CALF (luego La Revista de CALF) el periódico estaba en el piso. En la noche, lo deslizaban por debajo de la puerta. Alguna vez alguien lo entregó en persona, sin mayores explicaciones. Nosotros tampoco preguntábamos.

En cambio, “Acción” venía por el correo, sin sobre. La publicación estaba cruzada por una franja en donde figuraba el destinatario. Estas publicaciones ayudaban a no quedar engrampados en una sola versión de la historia: la de la dictadura.

La visita de Videla fue propicia para que CALF le planteara la preocupación de las instituciones solidarias de la región por el costo de la energía eléctrica. Por supuesto, hubo promesas oficiales que nunca se cumplieron porque para la dictadura las cooperativas nunca fueron de su agrado. Sobre todo las cajas de crédito cooperativo. Una de las primeras medidas de la dictadura fue la modificación del sistema financiero que excluía a las cooperativas. No las reconocía, sí a las sociedades privadas.

Finalmente el proyecto, que impulsaba el ministro de Economía de la Nación, José Alfredo Martínez de Hoz, debió ser sometido a modificaciones por la fuerte oposición del movimiento cooperativo. Seguían en carrera las cooperativas pero quedaban afuera las cajas de crédito cooperativo. A



CALF planteó a Videla la preocupación de las cooperativas regionales por el costo de la electricidad.

éstas se les daba la posibilidad de reconvertirse en bancos cooperativos.

También en aquella visita, el tirano mantuvo una reunión con 18 jóvenes profesionales que ocupaban cargos en organismos, instituciones y clubes. Eran los Jóvenes 10 o los Jóvenes Sobresalientes, entre quienes estaba Jorge Omar Sobisch en su calidad presidente del club Independiente.

Años después, Sobisch sería intendente de la ciudad capital, gobernador de la provincia y candidato a presidente de la Nación en 2007. En esa elección salió séptimo con algo más de 200 mil votos. La ganadora de aquella elección fue Cristina Fernández con el 45,20 por ciento de los sufragios emitidos.

Los '80: rebeldía y efervescencia política

El país empezaba a salir de la oscuridad y el terror que había impuesto la dictadura. Se comenzaban a conocer algunas de las aberraciones perpetradas por los militares. Las monjas francesas, la estudiante sueca, el Ángel Rubio, las locas de la Plaza de Mayo, el operativo Central Co y el secuestro y desaparición de las estudiantes de Servicio Social de la Universidad Nacional del Comahue eran algunos de los episodios que se comenzaban a amplificar y a ser conocidos.

El 30 de marzo de 1982 el país lloraba la muerte del joven Benedicto Ortiz durante una movilización y paro nacional convocado por la CGT-Brasil que conducía el cervecero Saúl Ubaldini. La convocatoria de la central obrera fue bajo la consigna Paz, pan y trabajo.

Tres días después de esa movilización, la dictadura invadió las Islas Malvinas y las ocupó durante algo más

de dos meses. La guerra dejó más de 600 muertos del lado argentino, 260 del británico y la victoria de los piratas ingleses, tal cual eran denominados por la dictadura y sus medios afines.

Tras la derrota, y con el nuevo contexto cultural debido a la flexibilización de los controles y la represión, se comenzaban a difundir las atrocidades de la dictadura. El país se encaminaba a recuperar la democracia, el estado de derecho, la república.

En Neuquén, un grupo llamado Convergencia, avanzaba en su formación. Se trataba de un espacio donde confluían hombres de distintos partidos.

El periodismo regional acompañó a esa especie de multisectorial partidaria porque soplaban nuevos y buenos aires.

Al presentarse en sociedad, Convergencia se definió como “la unión de 26 hombres (...) que pretende ser un punto de referencia para una actitud generalizada de la civilidad provincial orientada hacia el rescate del estado de derecho y la vigencia de un auténtico proyecto nacional”.

Sus integrantes siempre aclararon que si bien Convergencia estaba integrada por representantes de diferentes partidos, no constituían ni un movimiento ni un partido político. Eran 26 personas que analizaban, debatían la realidad nacional y provincial y arribaban a conclusiones que luego quienes pertenecían a un partido, asociación, colegio o sindicato trasladaban las novedades al seno de su organización. Ése era el aporte que hacían.

Entre los 26, todos hombres, ninguna mujer, hay muchos conocidos: Oscar Massei, Oscar Parrilli, Jorge Rachid, Rodolfo Inda, Carlos Pereyra Duarte, Carlos Vilche, Oscar Montorfano, Jorge Fittipaldi, entre otros.



Convergencia avanzaba en su formación. Confluían 26 hombres de varios partidos. Ninguna mujer.

El '82: recuperación de la democracia y del sindicato

Ese año, en general, fue importante para el país y también para los trabajadores de prensa de Neuquén. Impulsados por los nuevos vientos que soplaban, los trabajadores nos fuimos encontrando en conferencias de prensa, en reclamos vecinales, gremiales. También en alguna actividad cultural, algún ágape, visita o gira oficial.

Nos fuimos reconociendo en el trabajo diario. Eso posibilitó que compartiéramos la idea que tenían unos pocos periodistas: recuperar el Sindicato de Prensa, expulsar a su interventor y convocar a elecciones libres.

Osvaldo Ortiz y Ricardo Villar llevaban la voz cantante de la propuesta. Los dos mantenían buena comunicación con históricos dirigentes de prensa de todo el país.

En ese entonces nadie imaginaba que comenzaba a formar parte de un grupo que estaba haciendo historia. Se daban los primeros pasos de la Peña 7 de Junio que, con el tiempo, sería la plataforma desde donde se libraría la pelea por la recuperación del gremio de prensa.

No costó demasiado sumarse a la iniciativa de esos tres o cuatro periodistas. La organización gremial había sido destruida por las intervenciones. No tenía una sede pero sí deudas. La organización gremial no existía.

Reuniones y mucho cigarrillo

En ese mismo año comenzaron los encuentros de lo que luego sería la Peña 7 de Junio. Con cierta periodici-

cidad se hicieron reuniones que luego habrían de culminar en asambleas. El sitio elegido era la vieja agencia del diario Río Negro, en Buenos Aires esquina Independencia. Recuerdo que en esas reuniones se discutía mucho, que la hora no era la mejor, que el motivo no era convocante, que había mucha indiferencia, que los documentos eran muy fuertes, que había que cambiar el discurso, etcétera.

Hubo una reunión particularmente áspera, pese a que el motivo podría ser considerado secundario: ¡el pucho! Algunos no fumaban y el aire en el pequeño salón del diario Río Negro se hacía irrespirable para todos, pero en especial para los no fumadores.

No recuerdo cuánto duró esa discusión. Fumadores y no fumadores se dijeron de todo. Hasta hubo quienes amenazaron con abandonar para siempre el grupo si no se llegaba a un acuerdo que básicamente pasaba por disminuir o directamente no fumar durante las reuniones. Con el tiempo, los fumadores disminuyeron la cantidad de cigarrillos, menos dos o tres que siguieron en la suya. Entre ellos, Ortiz que fumaba unos puchos horribles, uno tras otro. Algunos concedieron y empezaron a fumar en la vereda.

En las reuniones de la peña participaban periodistas del Canal 7, del diario Río Negro, de LU5, de La Trastienda, de La Revista de CALF, fotógrafos y periodistas de Casa de Gobierno y otros que brindaban servicios para medios gráficos de la región.

Por aquellos días, los trabajadores de prensa de Cutral Co siempre estuvieron representados en las reuniones y asambleas. Néstor Leguizamón, “el Legui”, corresponsal del diario Río Negro y su compañera, María Montiel, siempre estuvieron presentes. A la tardecita salían de Cutral Co para llegar puntuales a las reuniones. Algunas veces regresaban de madrugada,

otras, dormían en Neuquén.

Recuerdo algunos nombres, sin quienes hubiera sido imposible la recuperación del sindicato: Ortiz, Villar, Helvecio Caldora, Raúl Valladares, Rubén Passadore, Carlos Junge, Alberto Carnevali, Jacobo Aisemberg, Ricardo Albornoz Trigal, Hugo y Raúl Rodríguez, Eduardo Marchetti, Walter Pérez, Beatriz Sciutto, Héctor Flores, Fernando Frugoni, Martha Streitemberger, Susana Penchulef, Carmen San Martín, entre tantos otros y otras.

Las reuniones siempre fueron de noche y con las cortinas bien cerradas. Resabios de la dictadura y de algunos disparos: en 1975 y de noche, el frente de la agencia había sido baleado.

Había discusiones muy acaloradas. Se buscaba consensuar los mejores caminos para recuperar el gremio. También qué políticas había que darse para llegar al resto de los trabajadores de prensa. Las reuniones, por lo general, se extendían hasta pasada la medianoche.

De aquellos años -y pese al tiempo transcurrido- recuerdo haber prestado mucha atención a las palabras de Ortiz. Me gustaban sus intervenciones. Sabía mantener la atención con relatos bien hilvanados que abarcaban su experiencia profesional en su Mendoza natal, las presiones de la dictadura, la actividad sindical que ejerció y el nuevo capítulo que había comenzado a vivir al arribar a Neuquén.

También era grato escuchar a Villar, Carnevali, Caldora, Yaco Aisemberg, Raúl Rodríguez, muy vehementes ellos. Alguna vez se produjo algún cruce fuerte pero la sangre nunca llegó al río porque todos teníamos el mismo objetivo: la normalización del sindicato.

En el marco de esos encuentros, previos a la conformación oficial de la peña, conocí a Alfredo Carazo, un periodista chaqueño que al momento del golpe

de Estado ocupaba los cargos de secretario general de la Federación Latinoamericana de Trabajadores de Prensa, la FELATRAP y la secretaría adjunta de la FATPREN. También era titular del gremio en Chaco.

Este hombre, peronista a más no poder, carismático, muy locuaz y verborrágico, estaba empeñado en la reorganización nacional de las filiales de la FATPREN.

Carazo iba y venía de Capital Federal a las provincias transmitiendo la necesidad de organizarse, sugiriendo cómo hacerlo y convocando a fortalecer la unidad de los trabajadores. Decía permanentemente que lo suyo eran pensamientos en voz alta y que la decisión final era nuestra. Lo recuerdo como un hombre vehemente pero prudente. Medido, siempre vestía de riguroso traje negro, camisa blanca, corbata y zapatos negros que brillaban.

En una oportunidad, al ser consultado por qué no vestía más deportivo considerando que estábamos en un ámbito informal, respondió algo así como que “al afiliado le gusta ver a sus dirigentes de punta en blanco”. Los afiliados éramos nosotros.

Carazo que durante los años de la dictadura se propuso y logró rearmar las filiales de la FATPREN en todo el país, falleció el 24 de diciembre de 2015.

Parrillada, vino tinto y flan con dulce de leche

Los periodistas fueron, son y morirán siendo personas que aman la buena mesa. Son de no dejar nada en los platos y menos en las botellas. Es un placer invitarlos. También son reconocidos como hombres y mujeres

de largas sobremesas. Y ese momento, para mí, era impagable.

Escucharlos hablar de Matute, del mayor Guastavino (el criminal Raúl Guglielminetti), del general (Domingo) Trimarco (gobernador de facto de Neuquén), del obispo (Jaime) De Nevares, de la naciente APDH, de (Adolfo) Pérez Esquivel, de los Nahuel, creo que así se llamaba el grupo de seguridad de Felipe Sapag. No tenía precio.

A Jaime Francisco De Nevares lo sigo recordando. Tuve largas charlas con el entrañable obispo.

También sentí muy de cerca la visita de Pérez Esquivel en mayo del 81. Si hasta me violentaron el auto, un R4-S; el vehículo número 69 de CALF, que estaba asignado a La Revista. A raíz de ese episodio tuve durante un tiempo protección policial.

Si las reuniones de la peña terminaban temprano, nos íbamos a cenar. Siempre en el mismo lugar. Claro que eso ocurría pocas veces porque los periodistas son una especie a la que le gusta mucho hablar. Además todos quieren tener la última palabra. Entonces, las reuniones se extendían muchísimo, por lo que se decidió hacerlas los viernes, ya que la mayoría no trabajaba el sábado, o lo hacía después del mediodía. Así se podía trasnochar sin culpa.

Las cenas siempre eran en una parrilla que primero estuvo en la ciudad de Cipolletti, en la ruta 22 cerca de la planta transmisora de la radio LU19, La Voz del Comahue. Allí iban a comer, entre otros, periodistas de LU19, de la agencia Cipolletti del diario Río Negro y algunos neuquinos. También iba un ilustre periodista que nos visitaba con frecuencia: Miguel Ángel Merellano. El Mere tenía un programa los sábados en LU19. Con él y su operador técnico aprendí mucho de radio.

Después de un tiempo, esa parrilla se trasladó a

Neuquén, a la calle Perticone entre La Pampa y Don Bosco. Posteriormente se instaló en la calle San Luis, entre Alcorta y Sarmiento, para finalmente recalar, ya en forma definitiva, en avenida Olascoaga frente a la ex Legislatura provincial (ver también páginas 22 y 67).

Los dueños de la parrilla la terminaron bautizando El Tío, porque así la llamaban los periodistas más viejos. “Nos encontramos en El Tío”, decían, y todos sabíamos adónde debíamos ir.

El Tío fue el reducto de los hombres y mujeres de prensa durante la dictadura y los primeros años de la democracia. ¡Las parrilladas y los flanes con crema o con dulce de leche que nos habremos comido!

En esos encuentros gastronómicos se iba desde la charla seria y profunda a la más frívola, que ocurría cuando los comensales habían gustado varias botellas de vino. Eran tiempos en que pedíamos juntarnos a gritos.

Veníamos de una noche muy oscura. De mucho terror. Muchos derechos y conquistas de los trabajadores habían sido avasallados. Y los hombres de prensa de Neuquén no eran una excepción.

Hacia la Peña 7 de Junio

Marzo y abril de 1983 fueron meses de intenso trabajo para la recuperación del Sindicato de Prensa, que seguía en manos de un interventor.

Se visitaron redacciones. Se elaboraron documentos. Hubo reuniones. Fueron días de mucha actividad. Y así, entre visitas, reuniones, asambleas, charlas, comidas, se llegó al 18 de abril de 1983, cuando se conformó la comisión pro normalización del sindicato. Ese día el salón del diario Río Negro estuvo colmado.

Había gente en la vereda. Comenzaba a quedar atrás la Peña 7 de junio y empezaba a perfilarse el sindicato (ver también páginas 21, 37, 48, 65 y 97).

Aquella histórica comisión normalizadora estuvo integrada por Walter Pérez, Alberto Carnevali, Raúl Ventureira, Osvaldo Ortiz, Fernando Frugoni, Lucho Díaz y Bernardo Guerra.

La primera acción emprendida por la comisión fue exigir al interventor Néstor Radivoy la devolución del gremio antes del 26 de septiembre de ese año, caso contrario, los trabajadores se autoconvocarían para llamar a elecciones generales de autoridades en un tiempo prudencial. Por supuesto, Radivoy no se dio por enterado. No respondió.

Entonces, comenzó a prepararse todo lo necesario para las elecciones que deberían ser en octubre, casi en simultáneo con la presidencial que marcaría el fin de la dictadura. Era todo un símbolo la fecha que habíamos elegido.

Abrimos el registro de afiliación, fijamos horas y lugares de atención para los trabajadores, nos interiorizamos de la situación del gremio ante los bancos, se comenzó a ordenar la situación de la obra social, entre otros tantos temas que hubo que encarar para llegar bien parados a la elección general.

Uno de los lugares de afiliación e información fue La Revista de CALF, que funcionaba en la sede central de la cooperativa, en Bahía Blanca a metros de Mitre. Hasta allí llegaban los colegas para afiliarse, preguntar y sumarse a la propuesta.

Pudimos trabajar sin problemas porque el coordinador de La Revista, Ricardo López, nunca puso reparos ni obstáculos para que cumpliéramos con esa tarea gremial. Con el tiempo, López se recibió de ingeniero en la Universidad Nacional del Comahue y pasó a for-

mar parte de los cuadros técnicos de CALF.

La idea de la comisión normalizadora siempre fue convocar a elecciones de autoridades en octubre. Y para ello se trabajó y se convocó para el lunes 10 de ese mes a elecciones generales del Sindicato de Prensa en un salón del gremio de judiciales (SEJUN) que nos facilitó su titular, Jorge Izquierdo, el Pete. Ricardo Villar hizo las gestiones ya que conocía a Izquierdo desde cuando eran pibes. Ambos son neuquinos.

Esa elección *no fue legal pero sí legítima* porque nosotros éramos nadie. No teníamos reconocimiento legal para actuar como sindicato, pero teníamos el reconocimiento legítimo de los afiliados. Debíamos realizar un acto que mostrara que muchos queríamos recuperar el sindicato; hacer un llamado a elecciones era el camino acertado. Hubo una sola lista, la Blanca, integrada por Ortiz y Villar entre otros.

Un año después, en 1984, se realizaron las elecciones legales, con urnas y veedor del ministerio de Trabajo. Esa conducción fue encabezada por Walter Pérez y Ernesto Rubio, un colega de Zapala, porque se quería que el interior estuviera presente. El acto de asunción se llevó a cabo en la sede de la CGT local y tuvo la presencia del delegado del ministerio del Trabajo, Rubén Ferreyra.

La lista estuvo integrada, además, por cuatro compañeras: Martha Streitemberger, Beatriz Sciutto, Susana Penchulef y Gloria Sánchez. El armado no generó desencuentros, salvo por un episodio que tuvo como protagonistas a Ortiz y Villar.

En medio de una asamblea y al haber sido propuestos, ambos agradecieron la nominación y la rechazaron argumentando que como ocupaban cargos de jefatura en sus respectivos medios, no les parecía ético

integrar una representación gremial. No hubo manera de convencerlos para que dieran marcha atrás con esa decisión y no integraron la lista. Qué gesto, ¿no?

Despedida

La Peña 7 de Junio había cumplido su propósito el 10 de octubre de 1983 y comenzaba la dolorosa tarea de archivar su nombre. Había que volcarse al sindicato y así se entendió.

De todas maneras, la peña sigue presente en el recuerdo de los más viejos y también de alguno de las nuevas generaciones interesado en la historia de su organización gremial.

Fue una época de mucha solidaridad y debate, de compartir y acompañar y que, pese a las adversidades de todo tipo, se pudo avanzar en aquello que unos pocos, dos o tres periodistas se habían trazado como objetivo: recuperar el sindicato en manos de un interventor designado por la dictadura y ponerlo al servicio de los trabajadores.

Y eso no fue ni es poca cosa.

Una elección, nuestra mejor protesta

Por Osvaldo Ortiz

Estábamos en la última parte de la dictadura, ya teníamos a la vista los comicios de regreso a la democracia y desde la Peña 7 de Junio quisimos dar una muestra de la fuerza que tenía la unidad de los trabajadores de prensa de Neuquén. Al interventor del gremio -Néstor



Hubo elecciones, con urnas y veedor. Walter Pérez y Ernesto Rubio, de Zapala, quedaron en la conducción.

Francisco Radivoy- ya le habíamos dado muy duro con una de nuestras armas más letales, la difusión de comunicados en su contra, así que entonces nos decidimos por sacudirlo con algo que extrañábamos: una elección.

Sabíamos que era un gran esfuerzo que no tendría ninguna fuerza legal. Es que debíamos confeccionar un padrón con todos los trabajadores -que, por supuesto, nosotros en ese tiempo no teníamos- y hasta gastar dinero en papeleo, insumos -sobres por ejemplo-, una urna y hasta imprimir nuestra lista, en una institución que tenía de todo, menos fondos.

Cuando le pusimos manos a la obra, Jorge Izquierdo, secretario general de los judiciales, nos cedió una parte del local gremial para el lunes 10 de octubre de 1983, veinte días antes de las elecciones que consagraron como presidente de la Nación a Raúl Alfonsín.

No hubo mucha discusión para conformar la lista, y la integramos con representantes de los sectores que formaban la peña. El asunto de los candidatos era tan poco importante, que terminamos postulados algunos que ya habíamos dicho que por razones éticas no aspirábamos a ocupar puestos en el sindicato porque éramos jefes (Ricardo Villar y yo) y hasta Jacobo Aisemberg, que era parte de una empresa que le prestaba servicios de fotografía a Río Negro y no un trabajador en relación de dependencia, como exigía la ley laboral. Lo único que nos importaba era hacer esa elección, que tenía gran valor simbólico y ninguno legal.

La singular protesta fue un éxito. No voy a decir que reventamos las urnas, porque la verdad no éramos muchos en aquellos tiempos. Pero sí que hubo asistencia perfecta. “¡Ese día ganamos por afano!”, recordaba en broma Ricardo Villar, cuando nos mandó una boleta que tenía de recuerdo.

Esa lista era la siguiente: secretario general, Osval-

do Ortiz; secretario adjunto, Alberto Carnevali; secretario gremial, Ricardo Villar; secretario administrativo y de actas, Helvecio Caldora; secretario tesorero, Jacobo Aisemberg; secretario de asistencia y previsión social, Martha Streitemberger de Rosolén; secretario de prensa y cultura, Luis Díaz; 1er. vocal titular, Bernardo Guerra; 2do. vocal titular, Héctor Flores; 1er. vocal suplente, Luis Sotosca; 2do. vocal suplente, Elisabeth Salas, revisor de cuentas titular, Raúl Ventureira y revisor de cuentas suplente, Fernando Frugoni.

Claro que esta protesta no hizo que cesara la guerra de comunicados contra el interventor, que por ese tiempo ya no se mostraba partidario de la dictadura, sino que estaba girando para convertirse en el adalid de la democracia. Por eso lo “saludamos” antes de las elecciones, cuando asumió Raúl Alfonsín, y para Año Nuevo y, si no recuerdo mal, también para Reyes.

Con el paso de los años, algunos continuamos recordando aquella singular protesta como una forma novedosa e inteligente de reclamar nuestros derechos a elegir autoridades del gremio. Sólo reconozco una gran incoherencia: estaban todos los colores para elegir y se le ocurrió ponerle Lista Blanca, cuando era encabezada por una persona que pocos conocen por su nombre y directamente todos llaman el Negro.

Peña 7 de Junio en pantalla: debaten los candidatos


Por Eduardo Marchetti

En julio de 1983, el gobierno de la dictadura cívico-militar, presidido en ese momento por Reynaldo Bignone, convocó a elecciones en todo el país para presidente, gobernadores, diputados y senadores nacionales y provinciales, intendentes, concejales y demás cargos, para el 30 de octubre del mismo año.


La Peña 7 de Junio, que fue la génesis de las acciones que culminaron con la recuperación del Sindicato de Prensa de Neuquén (SPN) por los trabajadores de los medios locales y del resto de la provincia, venía desarrollando su tarea desde hacía aproximadamente dos años.

Conocida la convocatoria a elecciones, en una de sus periódicas reuniones surgió la idea de realizar un debate en algún medio de alcance masivo con los tres candidatos a gobernador de la provincia con mejores posibilidades de acceder al cargo, es decir, Felipe Sapag, del Movimiento Popular Neuquino; Oscar Masei, del justicialismo y Armando Toto Vidal, por el radicalismo.

En esa misma reunión no quedó resuelta la discusión acerca del medio donde se realizaría el debate político. Por ese motivo, uno de los integrantes de la peña consultó sobre este punto al conocido publicista de la región Abraham Tohmé, quien sugirió que el escenario fuera el Canal 7 de Neuquén, por su alcance de cobertura, ya que contaba con repetidoras en varios puntos de la provincia. Tohmé, de extensa y variada trayectoria en los medios regionales, también se



Se propuso un debate con los principales candidatos: Sapag, Masei y Vidal.



Tohmé sugirió el Canal 7 por su alcance de cobertura en casi toda la provincia.

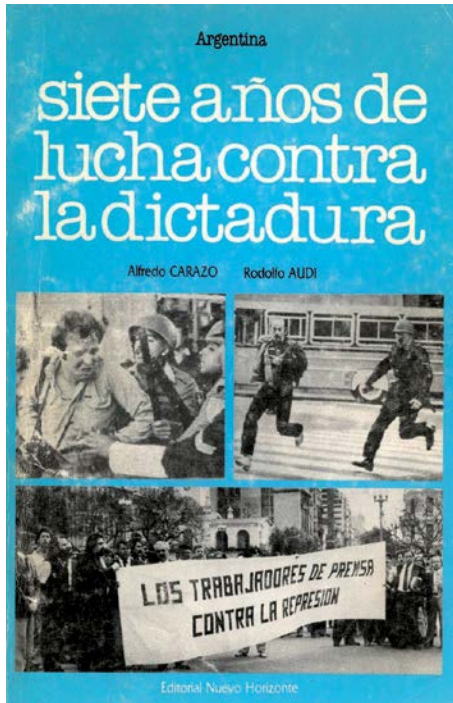
comprometió a realizar la producción del programa, incluido el pedido del espacio a las autoridades del canal.

En el siguiente encuentro, los integrantes de la peña aprobaron por unanimidad la propuesta de Tohmé, pero se generó otro debate: quién conduciría el programa y quiénes integrarían el panel de periodistas que se pondrían frente a los candidatos para que estos respondieran sobre sus propuestas y otros temas políticos.

Por supuesto, sobraba material humano y profesional para encarar un proyecto inédito en los medios neuquinos. Pero afloraron algunos egos. Disimulados y explícitos. A pesar de ello tuvo supremacía la inteligencia de los trabajadores de prensa, y se resolvió por consenso que participaran grupos de cuatro periodistas en cada bloque del programa, cuyo título fue “Definiciones”. Obviamente, algunos compañeros quedaron afuera de la lista, pero tuvieron a su cargo trabajos de producción durante la transmisión, que fue en directo. La conducción y moderación del debate estuvieron a cargo de Raúl Valladares y Eduardo Marchetti.

Como en la televisión neuquina no era habitual el montaje físico de un espacio de estas características, el canal local no estaba preparado para encarar la adecuada escenografía. Por lo tanto, conductores, periodistas y candidatos tuvieron que amontonarse alrededor de una mesa que era utilizada en las reuniones del directorio de la empresa (Canal 7). Igualmente, se cumplió el objetivo de reunir a estos tres postulantes a ejercer la gobernación provincial y conocer sus propuestas y posiciones políticas.

En los miembros de la peña quedó el deseo de ir por más, es decir, repetir la experiencia para otras circunstancias de la vida política neuquina, pero para ese medio de comunicación con “Definiciones” fue suficiente.



El libro refiere las intervenciones en los sindicatos de prensa y la persecución y desaparición de periodistas.



El plan de viviendas nunca se ejecutó: laberintos burocráticos lo impidieron.



En Neuquén, el sindicato se fundó en 1971 y estuvo intervenido durante la dictadura.



Bernardo Guerra tiene la credencial n° 74.



La censura estuvo antes, durante y después de la visita de Videla a Neuquén. CALF le reclamó por la tarifa eléctrica para cooperativas.



Convergencia abrió la discusión política: 26 varones, ninguna mujer. Sapag, Massey y Vidal en la televisión: un debate preelectoral.

CAPÍTULO 2

**Lo que la intervención
nos dejó**

La fiesta inolvidable (o El auto baile)

Por Eduardo Marchetti

Nunca podremos olvidar esa fiesta. No tanto por la numerosa concurrencia de gente que respondió a nuestra convocatoria, los espectáculos musicales, o las teatralizaciones caricaturescas sobre el funcionamiento de un programa de radio. No. Lo que no podremos olvidar es el final del encuentro. No sólo fue un “final”; fue como el ocaso de la alegría. Como si pasaras de 78 rpm a 45, luego a 33 y finalmente a 16 rpm. Sin solución de continuidad.

No recuerdo si fue en 1984 o 1985, pero hacía poco que los trabajadores de prensa de Neuquén habíamos recuperado nuestro sindicato. Ya estaba en funcionamiento su primera comisión directiva, elegida democráticamente tras el llamado a elecciones que había realizado una comisión provisoria luego de la intervención del gremio dispuesta por la dictadura.

El primer objetivo de la flamante conducción sindical, encabezada por Walter José Pérez, fue lograr el autofinanciamiento de la organización para poder funcionar con cierta tranquilidad. Fue difícil establecer un sistema aceitado de cobro de la cuota sindical. Algunas empresas accedieron sin mucho trámite al descuento por planilla salarial, pero otras fueron más remisas, por lo que, en esos casos, realizábamos mensualmente el cobro en forma personal a cada afiliado, lo que significaba un ingreso de dinero con altibajos.

La relación de costos y recursos era por demás desigual. El alquiler del local de la primera sede, muebles y elementos de oficina imprescindibles para un normal funcionamiento, se nos presentaban lejanos.

Pero al cabo de unos meses pudimos avanzar en esa dirección gracias a la buena voluntad de los trabajadores de prensa, amigos y alguna organización sindical que nos apoyó.

Así fue que pudimos tener nuestra primera sede, en Ministro González al 200, antes de la de la calle Jujuy. Contábamos con algunos muebles de oficina y sillas, pero no mucho más. Por ejemplo, no teníamos una máquina de escribir. Computadoras personales aún no había.

La preocupación por la cuestión financiera afloraba en cada reunión de comisión directiva. En una de esas charlas a un compañero reportero gráfico se le ocurrió la idea de realizar una gran fiesta con sorteos y espectáculos artísticos, en un lugar céntrico, con un baile como cierre. También propuso que rifáramos algo importante, que estimulara la concurrencia masiva. Algo “grosso”. Un auto, sugirió. Hubo silencio y miradas cruzadas en la sede, tras la propuesta. ¡¿Un auto?! Exclamaron algunos. Se amontonaron los interrogantes: qué auto, de dónde sacamos la plata para comprar uno, cómo lo pagamos, a quién se lo compramos, entre otros. Yo me encargo, dijo con tanta seguridad que por unanimidad se aprobó la iniciativa. Y tras cartón, sugirió que la fiesta se denominara Autobaile. También aprobado.

Acordamos que nuestro compañero se encargara de conseguir el auto, y creo que a las dos semanas volvimos a reunirnos para hablar específicamente del tema. Y hubo novedades importantes. Había ubicado un auto; un Renault 12, modelo 78, color gris. Estaba en venta en un parque de usados de una familia gitana. Buen precio y, fundamentalmente, papeles en regla. ¿Cómo sería el pago? Al finalizar la fiesta con parte de la recaudación por venta de entradas y de la cantina.

El tema más importante había sido resuelto. También logramos alquilar el salón de actos del Club Pacífico (El Decano de Neuquén), que cuenta con un amplio salón y escenario. Fueron días de mucha excitación y entusiasmo, sensaciones que nos generaron la energía necesaria para encarar todos los detalles de organización. Hasta conseguimos que una orquesta local muy conocida en Neuquén por aquellos años, que se dedicaba a amenizar todo tipo de eventos sociales, se presentara esa noche para interpretar un repertorioailable por excelencia. Claro, uno de sus integrantes era un compañero afiliado al SPN. La suerte, hasta el momento, estaba de nuestro lado. Hugo Varela, el actor, humorista, músico y cantautor cordobés, realizaba por esos días una improvisada gira artística en la zona sin muchas pretensiones ya que aún no tenía el reconocimiento público que luego lograría a nivel nacional. Pero sí eran notables su talento y su humor. La noche del Autobaile, Varela se presentó ante nosotros y se ofreció a hacer su espectáculo en forma totalmente gratuita. No lo conocíamos, pero nos arriesgamos. Fue todo un éxito. La gente lo aclamó y no lo dejaban abandonar el escenario.

Un compañero locutor de LU5, con mucha experiencia en teatro, preparó y dirigió algunos sketches protagonizados por periodistas, locutores y técnicos de radio y televisión, donde se parodiaban programas radiales. Fueron varios días de ensayos donde algunos compañeros resultaron ser mejores actores que trabajadores de prensa y otros, en cambio, con pocas condiciones para la escena. Pero esas diferencias no evitaron la risa y los aplausos del público.

Se vendieron casi mil entradas, que tenían su numeración para participar del sorteo del auto y numerosos regalos que aportaron para la ocasión comercian-

tes de la ciudad.

El desarrollo de la fiesta se iba alternando con las distintas actuaciones en el escenario: Hugo Varela, los sketches, la orquestaailable, mientras funcionaba a pleno la cantina con venta de bebidas y comidas. Todo era alegría, festejo. Estábamos viviendo un gran momento, no sólo por la recaudación que nos ayudaría a pagar el auto y adquirir elementos de trabajo para la sede gremial, sino también por haber brindado a los vecinos de la ciudad unas horas de esparcimiento a bajo costo, y la posibilidad de que uno de ellos se llevara esa noche un auto a su casa.

En determinado momento de la noche, vemos en la entrada al salón a un grupo de diez a doce personas pertenecientes a una de las comunidades gitanas que residen en Neuquén. Creo que compraron alrededor de 30 entradas. ¿Los conocés?, le preguntamos al compañero encargado de conseguir el auto. Sí, son los que me vendieron el Renault 12, respondió. Nos lo quedamos mirando por unos instantes sin decir nada, hasta que alguien dijo con mucho acierto: “Bueno, a esta fiesta están invitadas todas las personas que quieran venir a disfrutar”.

Para el sorteo habíamos convocado a un conocido escribano de la ciudad con el fin de que fiscalizara el procedimiento. Para ello, adquirimos un bolillero de los que se utilizan en los exámenes. El notario vino con suficiente anticipación como para realizar la infaltable prueba de las probabilidades, anotando con suma atención las frecuencias de salida de cada bolilla. ¿Es necesario emplear tanto tiempo?, preguntó uno de nosotros. Sin esta prueba yo no firmo el acta del sorteo. Perdón escribano, siga, no lo molesto más, discúlpeme.

Ya había avanzado la noche y estábamos próximos

a la madrugada, cuando decidimos llevar a cabo los sorteos: primero los premios menores, que no eran para nada despreciables (agendas, grabadores de periodista, elementos de decoración, etcétera) y dejamos para el final, con mucho suspenso, el del Renault 12, modelo 78.

Para ello utilizamos el amplio escenario del salón, con el bolillero sobre una mesa, el escribano y algunos de la comisión directiva. El sistema empleado, como para agregarle más suspenso a la noche, fue sacar una bolilla de la centena, una de la decena y la unidad. Y le pedimos al público que quienes vieran coincidencias de cada número con los de su boleta, se fueran acercando al escenario. Muchos, unos treinta, vinieron con la centena, y algunos se iban cuando se “cantaba” la decena, quedando unos pocos.

En un momento se escuchó desde el proscenio un murmullo. Se debía a que unos 3 o 4 muchachos de la comunidad gitana tenían coincidencias en sus boletas con los números que iban saliendo del bolillero. Cuando sólo faltaba el número de la unidad, quedaron al pie del escenario dos de esos jóvenes, y otros cuatro del resto del público, entre ellos el querido y recordado Luis Almarza y otro querido compañero afiliado, Luis Cabral. Creo que también estaba en ese grupo Gerardo Bilardo.

En complicidad entre ambos, quien hacía girar el bolillero y el escribano, alimentaron aún más el clima de suspenso estirando varios minutos el momento de sacar la última bolilla y definir quién se llevaba el auto.

Llegó la ansiada ocasión. Salió la bolilla, la tomó en sus manos el notario, asintió con la cabeza y se la dio al locutor para que dijera qué número era. Saltaba como Silvio Soldán en Feliz Domingo. Gritaba. Se abrazaba con sus amigos, se reían de alegría. Sólo eran diez o

doce personas que exteriorizaban tanta algarabía. El resto del salón permanecía en silencio, atónito, pasmado, desconcertado. El ganador fue uno de esos jóvenes perteneciente a la familia que nos había vendido el Renault 12, modelo 78.

Mientras los afortunados seguían festejando, el locutor trató de disimular la sorpresa e insistir con el clima de fiesta que hasta hacía unos minutos estaba desarrollándose en el Club Pacífico.

“Bueno, amigos, sigamos con esta fiesta, ahora con más artistas en el escenario, bailes, nuestra cantina para lo que quieran comer o beber. ¡¡¡Vamos, que todavía tenemos una noche hermosa por delante!!!”

Nadie respondía a la estimulación del animador. Nosotros, los organizadores, tampoco. El encargado de la música no respondía. Nos mirábamos con enormes signos de interrogación. Sentíamos en el cuerpo las miradas inquisidoras del público, que había iniciado la retirada, como uno de esos éxodos de la historia nacional o universal.

Quedó mucha comida y bebida sin vender, que era uno de los recursos más importantes con el que contábamos para hacer la diferencia, ya que casi toda la mercadería había sido donada por minoristas y mayoristas de la ciudad.

Los músicos que debían hacer su entrada al escenario nos decían: “¿para quién vamos a tocar?” Gracias igual muchachos, pueden irse. Como si hubiera sufrido una derrota, el compañero que había comprado el auto le entregó las llaves al expropietario y nuevo dueño del vehículo. De golpe no quedaba casi nadie, sólo los de la comisión directiva, y el escribano que confeccionaba el acta para luego emprender la retirada. Mientras, veíamos cómo se llevaban el rodado y los ganadores pedían al mismo tiempo ¡los papeles, los

papeles! del impecable Renault 12, modelo 78. “Qué, ¿lo vas a llevar envuelto al auto?” le gritó uno del público que se estaba yendo.

No tengo idea qué debe sentir un actor en las tablas con únicamente dos o tres espectadores en la platea. Pero nosotros quedamos como si estuviéramos frente al pelotón de fusilamiento. No hablamos del tema en lo que quedaba de la noche. Además, debíamos ocuparnos en ordenar y limpiar el salón.

De lo recaudado esa noche, deduciendo lo correspondiente al alquiler del salón, sillas y mesas, pago del auto y otros gastos, nos quedó una suma de dinero que nos alcanzó para comprar nuestra primera máquina de escribir: una Olivetti Lexicon 80, de carro grande, además de un escritorio de chapa de los años 60 y unas tres o cuatro sillas.

La gran estafa: Barrio Patagonia Argentina

Por Osvaldo Ortiz

Se me había ocurrido ponerle barrio de Prensa Patagonia Argentina, porque lo que habían hecho las máquinas del Batallón de Ingenieros 181 era una sucesión de mesetas escalonadas, tal como describían a la región en los libros del secundario. Sólo faltaba la cordillera en la parte más alta, pero tampoco se podía pedir tanto.

Era justo donde está ahora el complejo de La Anónima, y cada vez que paso por el lugar sé que abajo están las mesetas escalonadas. Al trabajo lo hicieron en la primera época del régimen militar, cuando el Sindi-

cato de Prensa tenía el primer interventor, un tal Héctor González que trabajaba en el diario Sur Argentino.

Él nos vendió lotes a los que no teníamos casas del gremio y parece que con el entusiasmo también incorporó a la operatoria a otras personas, algunas del lugar donde solía tomar y malentretenerse. Un día hizo una reunión y nos dijo que había llegado a un acuerdo con el Batallón de Ingenieros para que hicieran el movimiento de tierras a un precio promocional, aunque para nosotros fue un sacrificio hacer ese gasto.

Lo importante para nosotros fue ver las mesetas escalonadas (algunos como yo nos sacamos fotos, como las que tomé con mi hija, que ahora está arriba de los 40, en brazos). Hubo, sí, algunos problemas con el pago a la unidad militar, porque el encargado de las finanzas del batallón nos reprochó varias veces que estaba esperando que le pagaran cuando iba a poner avisos al diario Río Negro. Yo, varias veces le mostré los recibos y dije que nosotros pagábamos y que no podíamos saber si la persona que ellos pusieron al frente el sindicato les pagaba a ellos. Ojo, todo entre risas y con un tono de simpatía, porque era una época en que el horno no estaba para bollos, como decía mi abuela.

Después, las mesetas escalonadas quedaron como parte del paisaje, ningún interventor se preocupó por tratar de que hiciéramos un barrio y, eso sí, algunos siguieron vendiendo lotes que al parecer ya no existían en ese espacio. Luego nos desayunamos que los terrenos no estaban a nombre del sindicato de Neuquén, sino de la Federación Argentina de Trabajadores de Prensa y comprendimos que la situación se había puesto muy difícil.



Tomé las fotos con mi hija mayor en brazos y quedé encantado. A veces voy ahí a mirar el Limay.

Finalmente, FATPREN le terminó vendiendo a La Anónima (que ya no era tan anónima, porque la conocíamos todos) y no dejó ni un mísero local para nuestro sindicato.

Confieso que cuando me saqué las fotos con mi hija mayor en brazos, quedé encantado con el panorama que tendríamos desde el cerro de mesetas escalonadas. Muchas veces voy al Paseo de la Patagonia y me pongo en el balcón del comedor con vista a la zona del valle del río Limay. Así creo que estoy en el barrio que nunca pudimos hacer.

Ahora el psicólogo me prohibió volver, no por problemas mentales, sino porque teme que me metan en cana. Es que me gusta tanto que voy con las reposeiras, el termo, el mate y llevo facturas de una panadería que está a unas cuadras, porque son ricas y las tienen más baratas.

Los últimos intentos

Los últimos intentos por tener un barrio del Sindicato de Prensa fueron al final de 1979. En ese tiempo nos dimos cuenta que la intervención de FATPREN no iba a concretar nuestro proyecto y llegamos hasta explorar la posibilidad de incluirnos en el plan FONAVI, que era el organismo por el cual los gobiernos nacionales de esas y otras épocas hacían viviendas populares.

Los últimos días de octubre de ese año, el interventor en Neuquén, Hugo Morales, nos citó a una reunión en la UOCRA para el 2 de noviembre. Lo que dijeron allí los enviados de la federación, no convenció a nadie, quedó claro que no iban a encarar la construcción de un barrio, ni entregarían los lotes para que

cada uno hiciera su casa por esfuerzo propio, como daba a entender la citación de Morales.

El encuentro terminó bastante tenso, por lo que no sorprendió que sólo seis días después, el coronel Enrique Díaz le aceptara la renuncia a Morales y nombrara en su reemplazo a Luis Alberto Díaz. Lo de Lucho —como todo conocíamos a nuestro colega— fue más bien un interinato por poco tiempo, pero aprovechamos que estaba por venir a la provincia el

Secretario de Urbanismo y Vivienda de la Nación, el ingeniero Carlos Canedo Perú (dentro de la comitiva del ministro de Bienestar Social) para reunirnos con él y ver las posibilidades de incluirnos en los planes del organismo. La entrevista nos la consiguió el ministro provincial, Alberto

Fernández, y Canedo Perú nos dijo que era posible, porque eran terrenos con servicios, pero había que hacer un convenio para pasar los terrenos al FONAVI, que los aprovecharía al máximo, pero aseguraría cupos para los trabajadores de prensa que estuvieran dentro de “las normativas para ser beneficiarios”.

No era lo ideal, pero sí una posibilidad cierta de no perder todo. Claro que Lucho estaba en el cargo sólo de paso y luego llegó Néstor Francisco Radivoy. Le pasó la posta al nuevo y último interventor del gremio, pero que sepamos nunca se hizo ningún trámite ante el FONAVI y las únicas novedades fueron que se continuó con la venta de lotes a personas que no eran del sindicato.

Los últimos intentos por tener un barrio fueron al final de 1979. Nunca se hizo ningún trámite ante el FONAVI.



Retazos de la Peña 7 de Junio...

Por Alberto Carnevali

... en realidad no son muchos, tal vez porque -sin darme cuenta- en vez del Covid-19 lo que me está acechando sea una demencia senil. O bien porque nuestra memoria, sabiamente, a veces no guarda lo que no queremos recordar.

Mi amigo Walter Pérez me mencionó días pasados el tema de la estafa con los famosos terrenos del sindicato. Al igual que a Osvaldo Ortiz y tantos otros, a mí también me estafaron. Nunca imaginé que mi primer contacto con el gremio culminaría en un choreo. A ese primer encuentro con Hector González, su mandamás de entonces, llegué de la mano de Diego Flores Giménez (de Télam). La reunión fue en la oficina del morocho en el diario Sur Argentino. Me vendió muy bien el proyecto y entré. Debo reconocerlo. Ya ni me acuerdo cuántas cuotas pagué, fueron muchas. En alguna de mis tantas mudanzas seguramente deseché todos los recibos que tenía. Fue algo muy frustrante, no sólo por el dinero. También porque casi todos los fines de semana nos largábamos a caminar con mi esposa al predio, mirábamos, hacíamos proyectos, soñábamos, ¿por qué no? Ya nos imaginábamos construyendo nuestra casa allí. Hostia, cómo nos jodieron, ¿verdad? Y no sólo González. Ya perdí la cuenta de cuántas veces vendió Néstor Radivoy cada una de las supuestas parcelas.

Recuerdo también la formación de la Peña 7 de junio, con el sindicato intervenido. Un lindo grupo de gente, cuando éramos tan pocos. Y de las tantas actividades que se organizaron, memorizo muy rápidamente dos.

Una, en la que yo quedé un tanto “desubicado” por hacerme el “taura”. Habíamos invitado a dar una

charla a Luis Brandoni y a Jorge Rivera López, quienes en aquella época manejaban de manera “progre” la Asociación Argentina de Actores. Me tocó ir a buscarlos al Hotel del Comahue. De rigor, tomamos un café mientras preguntaban quiénes éramos, a qué apuntábamos, etcétera. Llegó la hora de pagar y amagué hacerlo pensando que no me iban a dejar. Pues la cuestión es que me dejaron y por poco tuve que contar las monedas. Un papelón.

La otra tuvo que ver con la llegada de las primeras elecciones luego de la dictadura. O sea, 1983.

Alguien tuvo la excelente idea de organizar un debate televisivo con los tres candidatos principales: Don Felipe, Oscar Massei y el Toto Vidal. Se pudo hacer en Canal 7 Neuquén con la conducción del grandote Valladares y Eduardo Marchetti. Recuerdo fundamentalmente dos cosas: el Toto, que venía corriendo muy de atrás entre los tres invitados, casi terminó cruzando primero el disco gracias a unos papeles que sacó en el último minuto. Ni por asomo tengo presente de qué trataban esos papers (ver también página 48).

Y la otra cuestión, bastante común en el periodismo, tuvo que ver con el vedettismo. Lo que costó, lo que costó ponerse de acuerdo en quiénes serían los periodistas que estarían de este lado de la mesa. Se zanjó haciendo dos bloques y cambiando el staff en cada uno de ellos. Ahhh, los egos...

No estoy seguro si esto que les voy a refrescar es de la época de la peña o del sindicato. Habíamos logrado traer a alguna “figura” (no me puedo acordar quién fue) a dar una charla en el auditorio del Sindicato de Luz y Fuerza en Cipolletti. Se cursaron invitaciones, que estaban numeradas. Una de ellas fue a la SIDE y



Y nos vendían cualquier verdura. Rueda de prensa con el coronel Irigoyen, ministro de Trimarco.

se anotó el número. ¿Quién apareció en el salón con esa invitación? Don Pedro Brodi. No fue ninguna sorpresa porque ya todos sabíamos en qué andaba. Pero fue una confirmación.

Esto fue una chantada que resultó memorable. Durante años fue recordado y contado en infinitas reuniones (y si no, que me desmienta el Negro Ortiz). Bien. Para agasajar a alguien o por festejar un 7 de junio, como siempre en lo del Tío, se organizó allí una cena. Todo muy bien, excelente camaradería, etcétera. Llegó el momento de pagar y todos pusimos nuestra parte cash (propina incluida) sobre la mesa. Todos menos uno, que esperó, esperó, y cuando el dinero ya estaba contado y recolectado, el “menos uno”, Héctor Soto, juntó todo como si fuera un croupier, se lo guardó y dejó un cheque por el total. Era viernes o sábado y El Tío lo podía cobrar recién el lunes. Increíble pero real. Gente rápida hubo siempre.

Esto me da un poco de vergüenza contarlo porque me involucra, a mí y a un amigo que ya no está, Osvaldito Arabarco, con quien trabajé en Prensa de Gobernación, siendo él su director.

Un día, el gobernador Domingo Trimarco le comenta a Osvaldo que estaban husmeando mucho (no recuerdo si la Brigada o la SIDE) sobre Fermín Alvez, corresponsal de La Voz, diario de propiedad de Vicente Saadi, el de las “nubes de Úbeda”. Osvaldo me llama a su oficina y me dice: “¿No te parece que hay que hacer algo con esto? ¿No te animás a contactarlo a Fermín?”. Le digo que por supuesto, que lo descuente. Se trataba de un colega. Bien, lo ubico a Fermín y nos fuimos a charlar unos minutos a la plaza de enfrente. Le comento los detalles y convinimos que no era broma, el dato venía del propio gobernador. Por un tiempo se guardó, o se borró, no recuerdo.

Pasaron muchos años y el sindicato organizó una cena baile para homenajear a “los compañeros de la Peña 7 de Junio”. Concurrí con mi esposa y mi hija ya adolescente, que se divirtió mucho en la mesa con los chistes del Yaco Aisemberg. Hubo discursos de la dirigencia, entrega de regalitos, etcétera. Luego, Fermín pidió el micrófono y nos recordó y agradeció a Osvaldo y a mí por aquella actitud de entonces. Cualquiera de ustedes hubiera hecho lo mismo en aquel momento, pero debo reconocer que me sentí muy emocionado, tal vez no tanto por el agradecimiento del colega sino por el abrazo de mi hija, que no conocía el hecho.

Y, por último, me acuerdo muy bien del caso de Enrique Esteban (ver también páginas 82, 92, 99, 111 y 163). Peregrinábamos por el Comando de Brigada pidiendo información sobre su desaparición forzada. Nos atendían el mayor Carlos Guiñazú y/o el teniente coronel Oscar Reinhold. Y nos vendían cualquier verdura, que a veces tomábamos como posibilidades ciertas sobre su futuro. En retrospectiva, creo que muy pocas veces me sentí tan ingenuo y pelotudo como en aquellas visitas.

El cheque sin fondos que hizo impacto en LADE

Por Osvaldo Ortiz

En el fondo todos teníamos la loca idea que el Sindicato de Prensa podía hacerle algún daño -aunque sea menor- a los negocios de los ingleses en las Islas Malvinas. La esperanza estaba fundada en que el último interventor había dejado una tendalada de damnificados por la emisión de cheques que no tenían fondos,

porque pertenecían a una cuenta cerrada del gremio.

Nosotros teníamos idea de unos cuantos que fueron emitidos en la ciudad de Bahía Blanca y que eran enviados en su trámite de cobro al estudio jurídico de un abogado amigo. Él los traía a la agencia Neuquén del diario Río Negro y, si se revisan en detalle los diarios de la época, se van a encontrar las publicaciones de las denuncias.

Así es que cuando la radio de Cipolletti donde trabajaba el interventor anunció que lo enviaban al sur del país por el conflicto por las Malvinas, algunos pensábamos que tal vez con suerte fundíamos algún negocio inglés y ni hablar si llegaban a tener abierto el casino. Claro que, si luego se llegaba a un acuerdo de paz, seguro vendría el juicio de los ingleses contra el sindicato-, pero la guerra es la guerra.

Nos pasamos toda la guerra esperando que, luego del relato de alguna batalla, hicieran algún comentario sobre el daño económico sufrido por el almacén de ramos generales de las islas. Algunos comenzaron a dudar de su capacidad para meter cheques sin fondo y los que opinaban que era capaz de colocarlos en cualquier lugar, dudaban de que hubiera podido llegar a las islas y que lo que transmitía por la radio era desde el continente, cosa que nunca pudimos confirmar.

Lo bravo fue la desazón que sufrimos una mañana, apenas terminado el conflicto, cuando vino el encargado de la agencia Neuquén de Líneas Aéreas del Estado (LADE), que tenía como pilotos a los militares argentinos, preguntándonos cómo podría hacer para cobrar un cheque con los que el interventor les había pagado el viaje a Comodoro Rivadavia. Allí descubrimos con dolor que el proyectil económico del sindicato había salido por la culata.

Vino el encargado de LADE en Neuquén a preguntar cómo podría hacer para cobrar un cheque.



Un neuquino en Nueva York

Por Eduardo Marchetti

Antes del cheque volador entregado por el último interventor del Sindicato de Prensa de Neuquén a Líneas Aéreas del Estado (LADE), hubo otros; algunos con menos exposición y de inferior jerarquía en cuanto a sus destinatarios-víctimas. Pero hay uno que representa el sello indiscutible del personaje en cuestión. Y según los más antiguos empleados de LU5 (Radio Neuquén, en aquel entonces) está enmarcado y pegado en una pared de una parrilla argentina en Queens, Nueva York, Estados Unidos de América.

Ahí también quedó la impronta de quien fue un destacado relator deportivo de la emisora neuquina durante la década del 70, y antes un prolífico entrenador de básquetbol en Bahía Blanca, su ciudad natal.

La historia que contaban esos trabajadores, algunos con jerarquía de jefes dentro de la emisora, dice que un amigo de ellos, vinculado también con el medio radial, hizo un viaje a la Gran Manzana a fines de los setenta.

Como acostumbran a hacer muchos argentinos cuando viajan al exterior, se le ocurrió buscar una parrilla argentina. Ubicó una en el distrito de Queens. Luego de ingerir opíparamente carne asada, el viajero se acercó al mostrador para dialogar y felicitar al propietario, también argentino. Tras intercambiar saludos y algunas vivencias, el dueño de la parrilla le preguntó de dónde era. De Neuquén, le respondió. “¡¡¡Ahhh, de Neuquén!!! Alguien de allá me dejó un hermoso recuerdo”.

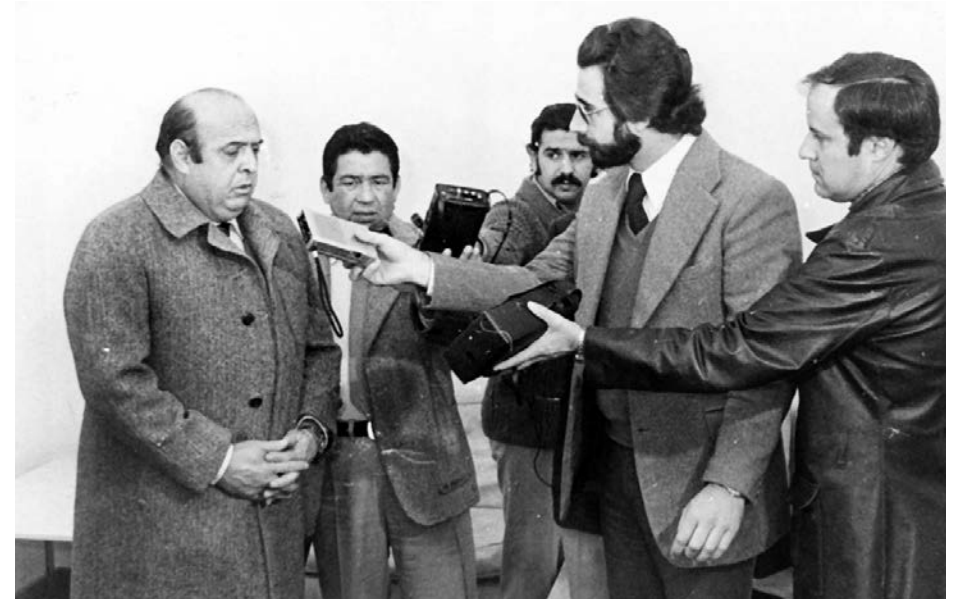
Refiriéndose al relator radial, comentó que hacía unos pocos años, luego de comer junto a sus acompañantes (unas cinco o seis personas) le pagó con un

cheque de un banco norteamericano, pero cuando lo depositó en su cuenta le avisaron que el valor no tenía fondos.

Sabiendo que no podía recuperar el dinero, pasados unos días se resignó, y lo tomó con humor. Le hizo un pequeño cuadrado y lo colgó en una de las paredes del restaurante. Mientras escuchaba la historia, el visitante, azorado, también podía ver el cuadrado.



Cuando me saqué las fotos con mi hija mayor en brazos, quedé encantado con el panorama que tendríamos desde el cerro de mesetas escalonadas. A veces voy a ver el río Limay desde allí, así imagino que estoy en el barrio frustrado.



Conferencia de prensa con el coronel Raúl Irigoyen, ministro de Gobierno de Trimarco.

CARTA DOCUMENTO			
Remite	Destinatario		
Sindicato de Prensa Neuquén	Eusebio F. Badiwy		
Dirección	Domicilio		
Ministro González 287	Bremen 1.100		
Localidad	Localidad		
Neuquén	Neuquén		
<p>Atento largo tiempo transcurrido trámite iniciado en el Ministerio de Trabajo -Neuquén- se lo intima plazo 72 horas para hacer entrega de libros, documentación de los terrenos de nuestra organización y mobiliario.</p> <p>De lo contrario, nos reservamos iniciar acciones penales que correspondan.</p> <p><i>[Signature]</i> <i>[Signature]</i> Luis Botassa <i>[Signature]</i> <i>[Signature]</i> Quiroz 13.047.748</p>			
Para el Cliente			

SINDICATO DE PRENSA
 PÉLAGO VIGNONE
 ANUNCIO A PARTIR

Neuquén, 22 de Octubre de 1979

Al Señor
[Signature]
 S. de Neuquén
 Neuquén

El interventor en el sindicato de prensa del Neuquén este a U. para el viernes 2 de Noviembre a las 20.30 horas a una reunión informativa que se llevará a cabo en el local de la UOQUA, seccional, Neuquén, ubicada en la calle Ministro González 455, primer piso, de esta ciudad.

De la oportunidad se brindará un amplio informe sobre la situación de los terrenos adquiridos al Sindicato y se decidirá sobre su posterior entrega.

Sin otro particular saluda a U. muy atto.

NOTA: Debe llevar su pasaporte de identidad.
 PRESENCIA: *[Signature]* 24.04.79

Los últimos intentos por tener un barrio del Sindicato de Prensa fueron al final de 1979.



El encargado de la agencia Neuquén de LADE, que tenía como pilotos a los militares argentinos, vino a preguntar cómo podía hacer para cobrar un cheque.

CAPÍTULO 3

**Hacer periodismo
en esos días**

Coletazos de la dictadura en LU5

Por Eduardo Marchetti

La madrugada del 24 de marzo de 1976 regresaba en mi coche con mi familia de mis vacaciones. Debía reintegrarme al trabajo (LU5 Radio Neuquén, Alberdi 189) el 26; también a mi otro empleo en la Legislatura neuquina, en la avenida Olascoaga 560.

La primera imagen que recuerdo tras el día del golpe, creo que fue el día 26, ocurrió en LU5. Fue un trago amargo, porque se representó en el ámbito que amaba como trabajador: la radio.

Durante el 24 y 25 me dediqué a quemar ediciones de diversas revistas, como Transformaciones, y a enterrar algunos libros en el patio trasero de mi casa, en aquel entonces sobre calle Tronador casi esquina Domuyo, en el barrio Mariano Moreno. Supongo que aún deben estar bajo tierra, o lo que queda de esas hojas impresas que tanto atesorábamos. Me prometí desenterrarlos algún día. Pero le debo muchas promesas a aquel joven de veintipico.

El 26 voy a la radio. Antes de ingresar por Alberdi, veo a través de la ventana que daba a esa calle, donde estaba el servicio informativo en el que trabajaba, a un grupo de cinco o seis compañeras y compañeros brindando, quizá con champán o sidra, muy alegres, riéndose a carcajadas. Obviamente, como gran parte de la sociedad, no sabían -no sabíamos con certeza- lo que se nos venía encima. Pero festejar la caída de un gobierno, aunque desgastado, débil e institucionalmente degradado, pero constitucionalmente válido, que había asumido por el voto popular, era demasiado. Ese brindis establecería una grieta soterrada y disimulada



La primera imagen que recuerdo tras el día del golpe ocurrió en LU5.

dentro de la emisora.

Esos nuevos vínculos se entrelazaron con las nuevas directivas que dispondría la intervención militar de LU5 Radio Neuquén, a cargo de un comandante de Gendarmería, que sabía de radio como yo de caminatas lunares.

Hasta ahí, los más jóvenes vivíamos con entusiasmo el aprendizaje comunicacional que experimentábamos cotidianamente con nuestros compañeros mayores, en un clima de cierta libertad, que luego añoramos. Digo “cierta libertad” y no “absoluta libertad”, porque debido a las pujas internas en el gobierno de María Estela Martínez de Perón y de las conducciones del sistema nacional de radiodifusión, emanaban directivas contradictorias y, muchas veces, aberrantes. Por ejemplo, una incipiente censura a emisiones discográficas que llegaban al área de programación de LU5, donde también realizaba algunas horas extras.

Ya en dictadura, abundaron las listas de obras musicales prohibidas, desde Daniel Viglietti ¡hasta Lolita Torres!, más cientos de títulos, autores, compositores e intérpretes. El control de esas proclamas era ejercido por la Comisión Nacional de Radio y Televisión (CONART), creada por la Ley Nacional de Telecomunicaciones N° 19.798, sancionada el 22 de agosto de 1972, y a partir de agosto de 1981, por el Comité Federal de Radiodifusión (COMFER), originado en ley nacional de Radiodifusión de la dictadura -N° 22.285-, que fuera promulgada el 15 de septiembre de 1980. Es decir que, durante meses previos al golpe del 24 de marzo, la radiodifusión argentina vivía una especie de prólogo a la represión cultural del gobierno de facto.

Ya afianzada la dictadura y sometida la sociedad al miedo a través de la represión, la desaparición de personas y las ejecuciones sumarias de militantes y no

militantes, en LU5 muchos nos convertimos en sujetos casi autómatas, y otros en individuos más activos en adhesión al nuevo régimen. Veíamos con cierta envidia a compañeros trabajadores de prensa de medios privados que podían ejercer su profesión con un poco más de libertad. De hecho, manteníamos una fluida relación con ellos, y muchas veces nos ponían el hombro para descargar la angustia.

Presentíamos que era inútil enfrentar al “comandante interventor” como respuesta a las absurdas y oprobiosas directivas que emanaban del gobierno, como parte del plan de difusión en las emisoras que dependían del Estado Nacional. LU5 era una radio comercial, al igual que las privadas, pero administrada estatalmente.

Sin embargo, ejercíamos una sutil y poco explícita resistencia dentro de las posibilidades. Un compañero del informativo desempeñaba, por su antigüedad, el rol de jefe o encargado de ese departamento. Semanalmente recibíamos un cuadernillo con una especie de editoriales que, según recuerdo, la mayoría no llevaba firma. La instrucción era leer al aire alguno de esos comentarios en horarios de panoramas informativos. No eran otra cosa que una propaganda grotesca y absurda del régimen dictatorial que daba vergüenza hasta leerla para uno mismo. Ese compañero jefe tuvo la honestidad de restarle importancia a la directiva y descartar su lectura al aire. O sea, ni cinco de bola. El comandante ni se enteraba. Y aparentemente los del COMFER no controlaban tanto. Mientras, los libelos iban amontonándose en la pequeña sala de teletipo, ni siquiera como archivo. Amontonados y dispersos. Hasta que debíamos tirarlos a la basura para disimular el desaire y despejar el espacio. Hoy entiendo que fue un error. Esa era una documentación importante para recons-

truir parte de la historia de la radiodifusión argentina en dictadura. Pero reconstruyendo aquellos días, creo que lo que pretendíamos con esos descartes era desprendernos de objetos que representaran la censura y la propaganda aberrante del régimen.

Siempre está el botonazo en todo ámbito. Ese personaje, otro compañero del informativo, si recibía en su turno la llegada del cuadernillo, no dudaba en darle lectura al aire a alguno de los editoriales que creaban los escritos de la dictadura en Buenos Aires. Claro, ese “compañerazo” tenía muy buenas relaciones con la delegación local de la ex SIDE. Había otro más entre nosotros, pero más veterano y turro. Este último estaba blanqueado, ya que se jubiló como empleado de la SIDE. No sé si se jubiló por la radio.

Este veterano de la “información” me visitaba por la noche cuando hacía horas extras en el departamento de programación, ubicado al fondo de un pasillo que nacía en la entrada de la emisora por la calle Alberdi. Mi tarea era escribir algunos libretos para determinados programas, y confeccionar la grilla de temas musicales que se difundirían al día siguiente. Al principio no tenía clara la intención que él tenía al visitarme. Pero con el tiempo no tuve dudas. Ejercía un monólogo de preguntas, las que no se relacionaban con la programación o la discografía. Fue también el responsable de que sacaran del aire a dos compañeros, uno locutor comercial y el otro jefe de locutores, y con posterioridad que los dejaran prescindibles de la radio. En un descuido del “comandante” pudimos ver la carpeta de la SIDE con las instrucciones para el despido de ambos trabajadores. Y en uno de los textos del informe figuraba el nombre del veterano botón de los servicios. Ése era el aire que se respiraba en la vieja y destartalada casa de los dos pinos.

Otro hecho de importancia para representar aquella radio en dictadura, y los medios argentinos en general, fue la guerra por Malvinas. No sólo José Gómez Fuentes se encargaba de burlarse de los argentinos a través de ATC, cuando diariamente a la noche nos decía “vamos ganando la guerra”. Todas las tardes nos llegaban por la teletipo conectada al servicio de la agencia Télam los partes del Comité de Guerra del Estado Mayor Conjunto, cuya lectura sí era obligatoria. En esos comunicados también se insinuaba con otras palabras una supuesta ventaja militar argentina sobre las fuerzas británicas. Esos pequeños cables de Télam, luego de ser leídos durante los espacios del servicio informativo, eran guardados por cualquier reproche del COMFER. Pero en este caso también, pasados unos días nos despojábamos de la inmundicia. Otro error.

Una de las metáforas más acertadas que se emplean desde hace años para describir la última dictadura cívico-militar de la Argentina es “la noche más oscura y larga de la historia”. Para muchos de nosotros esa frase también reflejaba la vida en la radio durante aquellos siete años. Pero no para todos.

El centro de operaciones de la resistencia

Por Osvaldo Ortiz

Sería redundante hablar sobre la labor periodística de la agencia Neuquén del diario Río Negro, porque hay mucho de eso en varias notas de este trabajo. Yo prefiero referirme a otra función que -sin querer queriendo, como dijera el Chavo- terminó cumpliendo ese

local, que estaba en la esquina de Buenos Aires e Independencia. Es que -sin la menor duda- fue el “centro de operaciones” de la resistencia a la dictadura.

Tal vez el afianzamiento como lugar de reunión de periodistas de diversos medios, fue la formación de la comisión para pedir por la aparición del colega Enrique Esteban, secuestrado por los militares en julio de 1978 (Ver también páginas 68, 92, 99, 111 y 163). Fueron poco más de dos meses, en los que prácticamente a diario nos juntábamos para planificar aquellas visitas a funcionarios, que ya sabíamos que terminarían en nada, pero que nos servirían para publicar fundamentalmente en Río Negro y Clarín (del que Esteban era corresponsal). Esas notas eran nuestra verdadera forma de presionar.

A muchos se les hizo costumbre pasar por la agencia a tomar unos mates, compartir experiencias e información “jodida” o simplemente usarlo de lugar de encuentro para salir a tomar un café. Se convirtió en el sitio donde estaba el nudo en el que se entrelazaban las relaciones humanas de buena parte de los trabajadores de prensa.

Allí nació y se desarrolló la Peña 7 de Junio (Ver página 42), que fue un verdadero sindicato, que no sólo trataba de ayudar a todos sus miembros en cuestiones laborales, sino que se preocupó por invitar a periodistas y conferencistas de destacado nivel y hasta organizó varios cursos de apoyo con profesores de la Universidad Nacional del Comahue. En el lugar se hacían los encuentros de la mesa chica y las reuniones generales.

Además de estos importantes temas -que también abordamos en otras notas- yo quiero contarles una anécdota que pinta de cuerpo entero hasta qué punto la agencia Neuquén del Río Negro era el punto de

encuentro de los trabajadores de prensa de la ciudad.

En los últimos años de la dictadura, la redacción central del diario inauguró su nuevo edificio en General Roca e incluyó en sus instalaciones un gimnasio. En ese mismo tiempo el diario alquiló también para la agencia Neuquén el departamento que estaba en la parte superior para trasladar una parte de la redacción. Los trabajadores decidimos entonces seguir apretados abajo y hacer una “gran vaca” para comprar una mesa de ping pong, que instalamos en las nuevas dependencias. Los que piensan que había algo de envidia, tienen razón.

Fue un éxito total. Llegaban de todos los medios para jugar al tenis de mesa y hasta algunos calientes se compraron sus propias paletas para mejorar su performance. Al revés de lo que pueden pensar algunos, el trabajo en la agencia se agilizó, porque nadie podía subir a la segunda planta si no mandaba primero las notas asignadas a Roca. Primero fueron simples enfrentamientos individuales o por parejas, pero al poco tiempo ya se hicieron torneos.

Las únicas disconformes con la posesión de nuestro propio gimnasio eran las chicas de publicidad comandadas por Martha de Rosolén y Betty Sciutto (que hacía espectáculos), que insensiblemente decían queapestábamos de olor a transpiración cuando retornábamos a la redacción.

Después hubo que sacar la mesa de ping pong y se la llevó a su casa Luis el Negro Cabañez, que era el único que tenía lugar para guardarla. Fue un tiempo antes de ser electo concejal de Neuquén, por lo que no pudimos evitar acusarlo de haber realizado la campaña con nuestra mesa, que -aprovecho para denunciar- nunca recuperamos.

Pero, más allá de las bromas, por lo menos yo no

conozco otro medio de comunicación que terminara sirviendo como centro de operaciones e intercambio de informaciones de periodistas de diversos medios, como la agencia Neuquén.

Claro que todo eso fue posible porque, más allá de la competencia, había un enemigo en común: la dictadura. Tal vez buena parte del mérito deriva de haber tenido un rival de semejante poder de muerte, que nos hizo comprender qué diferencias eran secundarias y cuáles realmente importantes.

Los Sapag necesitan un diario para gobernar

Por Gerardo Burton

Los hermanos Elías, Felipe, Amado y José Sapag, ante un probable triunfo peronista luego que Alejandro Lanusse habilitara las elecciones en todo el país, decidieron fundar un diario. Su intención expresa era constituir una herramienta ideológico-política para sostener el proyecto del Movimiento Popular Neuquino y no una empresa periodística lucrativa. Fue un matutino que apareció entre 1970 y 1976, entre dos dictaduras –una en fuga y otra que instalaría el terror estatal omnímodo en el país-.

El trabajo del equipo de periodistas contratados por Elías Sapag, encabezado por Enrique Oliva -ex rector de la Universidad de Neuquén- consistió en elaborar el discurso político de ese partido nacido por la proscripción del peronismo, pero que se desprendía



“Gobernar es hacer creer”: lema del diario de los Sapag para apoyar el gobierno del MPN.

gradualmente de ese movimiento. El MPN, que fue parte del neoperonismo de la década de 1960, mantuvo su individualidad y resultó el único partido provincial exitoso desde entonces. En las aludidas elecciones de 1973, por cierto, Neuquén fue una de las pocas provincias donde no gobernó el frente encabezado por Juan Perón, cuyo candidato, Ángel Nicanor Romero, fue derrotado por Felipe Sapag.

Sobre la base del ideario peronista -independencia económica, soberanía política y justicia social- hubo dos ejes en torno de los cuales se vertebró el discurso que el diario aportó al MPN: el desarrollo y el federalismo. En el primer caso, se trataba de difundir el programa de obras planificadas por el gobierno de Sapag, y en el segundo, de mantener la autonomía política y económica en torno de los grandes temas, en especial las riquezas naturales y su manejo.

A mediados de 2019, la historiadora Norma García publicó el libro *Sur Argentino. El diario de los Sapag (1970-1978)*. En ese volumen, en varias ocasiones la investigadora alude a la consigna “gobernar es hacer creer”, utilizada como lema del diario dirigido por Elías Sapag para consolidar la acción gubernamental de su hermano Felipe. Con ese eje en la línea editorial, los hermanos Sapag construirían una identidad política con sus adversarios incluidos, éstos a veces locales y otras nacionales e inclusive extranjeros.

Dice García en la página 26 de su libro: “... en la provincia del Neuquén, desde finales del siglo antepasado hasta la década del ‘70 del siglo XX, el periódico fue un elemento constitutivo de un campo político que supuso instancias de competencia, de conflictos y de necesidad de ocupar espacios de participación. En este sentido, cabría interrogarse si la prensa, como medio de comunicación y difusión, no fue acaso un ‘puesto

de combate' en el marco de la lucha discursiva".

Además, considera que en la acción periodística subyace la intención de legitimar al MPN "como partido peronista y provincial es el objeto del diario en esta coyuntura, en la que adopta una evidente posición partidaria que se hace explícita en un espacio político de lucha... el conflicto se convierte en una disputa por la identidad partidaria".

El diario establece un método de campaña que se repetirá a lo largo de las décadas: el "acercamiento" de los dirigentes -en este caso, Felipe Sapag- a los destinatarios de la acción política: habitantes de las ciudades y los pueblos de la provincia, con anuncios de programas de obras y asistencia y la escucha de los problemas. Este modelo fue calcado, con las características propias de cada candidato, en las posteriores campañas electorales con lo cual el MPN ratificó siempre su carácter de partido territorial.

Con este libro, García aborda, entonces, un panorama duplicado, casi en espejo: cómo hacer política desde el periodismo y cómo hacer periodismo desde la política con la perspectiva de una sociedad en crecimiento, de reciente institucionalización y con la necesidad de una representación social que articule los medios para transformar la realidad. En síntesis, se plantea la historia de una parte del periodismo en Patagonia, específicamente en el Comahue y para eso habla no sólo de la experiencia de Sur Argentino, sino también de su relación con otros medios, como es el caso del diario Río Negro.

Luego del triunfo sobre el peronismo, el MPN y su gobierno pretendieron constituirse en la expresión ortodoxa de ese movimiento en la provincia. Tan así es que la línea editorial del diario acompañó y justificó la necesidad de apropiarse de ese espacio político.

De la misma manera, a medida que la violencia política aumentaba en el país, el diario se convertía en vocero de las posiciones del establishment. Respecto de eso, Marcos Muñoz, en un artículo publicado en Página 12 ("Representaciones sobre la violencia política") recuerda que el diario "detalla cronológicamente (en 1974) los diecisiete asaltos a guarniciones militares. Además, para los primeros meses de ese año se observa como natural en la tapa de los diarios como tema central diciendo 'Extremistas muertos', como también se presenta recurrentemente en ciudades como Córdoba, Tucumán, La Plata, Capital Federal, Mendoza, Rosario la ola de violencia política". Además, indica que en las crónicas se denomina al otro como "elementos subversivos", con lo que "naturalizan el uso de la fuerza por parte del Estado como forma de solución final".

Tras el intento de copamiento de la guarnición militar de Azul, Buenos Aires, por parte de un grupo guerrillero del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) en enero de 1974, el diario Sur Argentino publica una nota de opinión firmada por su director y otros referentes políticos. El texto, dice Muñoz, utiliza expresiones tales como "ellos no tienen patria ni cabida en nuestro país", "atentado terrorista", "minoría apátrida", "se benefician los intereses antinacionales", "darles un castigo merecido y terminar con esas bandas de salvajes". Y concluye: "de esta manera ubican a esos actores en el mismo bloque ideológico de las declaraciones formuladas en el mes de junio por el general Otto Paladino cuando las define como 'organizaciones terroristas trosko-marxistas"'. Paladino era, en ese entonces, el comandante de la VI Brigada de Infantería de Montaña establecida en Neuquén.

Producido el golpe del 24 de marzo de 1976, el diario comenzó su agonía financiera. Ya no podía sos-

tenerse con la publicidad oficial -su principal fuente de ingresos- y los costos, cada vez más altos debido a las medidas económicas dispuestas por la dictadura cívico-militar, hicieron imposible la continuidad del proyecto editorial. Además, no había proyecto político que sostener. Esa necesidad resurgió en el segundo año de la restauración democrática, cuando un grupo de empresarios -la mayoría de la construcción- también vinculados con el MPN, fundaron “el diario del Neuquén”, un nuevo emprendimiento de soporte periodístico del gobierno de, otra vez, Felipe Sapag. Las consignas principales del diario, según la línea expresada por su director, Luis Felipe Sapag eran: coincidencia con la posición de los países no alineados en política exterior; defensa de los derechos humanos y del populismo en política nacional y “no se habla del MPN” en lo regional, aunque sí del resto de los partidos, agrupaciones e instituciones de la comunidad. Lo curioso era que se hacían crónicas de cualquier interna, salvo la del partido provincial -era el único de ese carácter en esa época- que pretendía una monolítica forma de pensar y de actuar. Unidad de pensamiento y de ejecución, como quería el general.

Lo cierto, y ésta es otra historia, es que esta línea editorial duró hasta que las relaciones con el Sindicato de Prensa se tensaron cuando los empresarios pretendieron amortiguar las consecuencias de la hiperinflación con la modificación de las condiciones laborales, en desmedro de los trabajadores. A mediados de 1989, si la memoria no es demasiado infiel, el gremio encabezado por Gerardo Bilardo -periodista del diario- se desayunó con el despido de 33 trabajadores, él incluido. Con eso comenzó la decadencia de ese periódico hasta su venta, dos años después, al inefable Julio Ramos. Continuará.

Las marchas antes de las marchas

Por Osvaldo Ortiz

Confieso que me cuesta reconocer que los militares imaginaran tan bien el efecto devastador que sobre ellos tendrían las protestas de los organismos por los derechos humanos de Neuquén. Es que primero se trató de movimientos valientes, pero de pocas personas, aunque las medidas de seguridad que ellos tomaron -para neutralizarlas- eran exageradas, casi grotescas.

Claro que viendo lo que pasó posteriormente -con el diario del lunes en la mano, como dicen en el fútbol- tenían razón de sentir tanto miedo.

La primera manifestación no fue una marcha, sino una concentración -de entre 15 a 20 personas- frente a la entrada principal de la Casa de Gobierno. Se concretó el 14 de agosto de 1980, en la esquina de calles Roca y La Rioja, del lado de la plaza Julio Argentino Roca. Allí desplegaron un cartel que decía “Pedimos Justicia” y que llevaba la firma de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos y de Familiares de Detenidos y Desaparecidos.

Del diario Río Negro habíamos ido en patota Ricardo Villar, Jorge Ocampos, Osvaldo Ortiz y el fotógrafo Raúl Rodríguez porque no queríamos que se identificara a nadie en particular con el seguimiento del tema. Ese día la Casa de Gobierno estaba llena de efectivos. Incluso en un momento salieron y cruzaron la calle tratando de atemorizar a los manifestantes, que se mantuvieron firmes en su lugar. Además, en los techos había francotiradores y a cada rato salía un fotógrafo y escrachaba a los manifestantes.

En esas condiciones, la espera de los que habían entrado a entregar un documento pidiendo justicia, se hizo interminable y tensa. Se había elegido ese día

porque el general (RE) Domingo Trimarco, delegado de la dictadura al frente del Ejecutivo provincial, había recibido “la visita” del militar que coordinaba ciertos aspectos del trabajo de los interventores (gobernadores de la época del golpe).

La demora no fue porque alguien los hubiera recibido formalmente y estuvieran “hablando”. No, simplemente les hicieron hacer un plantón para después mal recibirles el documento.

Luego vinieron las primeras marchas, que no eran todavía numerosas. Los manifestantes realmente mostraban una gran valentía, porque lo del despliegue de seguridad de la primera concentración quedó como una pequeña anécdota, frente a estos otros operativos.

La manifestación siempre comenzaba frente a Casa de Gobierno y luego se marchaba por calle Roca, hasta la avenida Argentina, por la que bajaban hasta el monumento a la Madre. Así que -además de los efectivos dentro de Casa de Gobierno- había francotiradores en los techos de varios edificios del recorrido y hasta concentraban un verdadero batallón de policías, en un terreno cerrado por una pared y un portón de chapa, que estaba sobre la primera cuadra de la calle Rivadavia, al lado del Banco Hipotecario.

Para asegurarse que el operativo fuera seguro y los 20 o 30 manifestantes no terminaran tomando el poder en la provincia, cerca del final había siempre dentro de un auto dos militares del Ejército, el entonces secretario general de la gobernación Rodolfo García y el jefe de policía Osvaldo Laurella Crippa.

Recuerdo que muchas veces, cuando íbamos con Ricardo Villar del monumento a la Madre a la agencia del Río Negro (que estaba en Independencia y Buenos Aires) por la calle de la Vuelta de Obligado, los saludábamos con la mano y nos decíamos para adentro:

“para que sepan que mañana salen en el diario”. Eran pequeños lujos que nos podíamos dar.

A medida que se acercó y llegó la democracia, aquellas pequeñas y valientes marchas se convirtieron en manifestaciones que sorprendieron al país y le dieron a Neuquén el merecido título de “capital de los derechos humanos”.

Por eso es que, pasados los años, les reconozco a los militares que semejantes movimientos de fuerzas no eran exagerados, porque al parecer sabían que el mundo de terror que fabricaron se les comenzaba a caer. Claro que nunca comprendieron que ellos no tenían armas para poder combatir ese profundo “amor por la justicia”, que enarbolaban aquellas mujeres y hombres nucleados alrededor de los organismos por los derechos humanos y el obispo de Neuquén, “el monse” Jaime Francisco De Nevares (abogado y teólogo).

Decir nada y expresarlo todo

Por Osvaldo Ortiz

Los que tuvimos que ejercer el periodismo durante tiempos de dictaduras, nos hicimos expertos en poder decir lo que estaba pasando sin que fuera evidente que lo estábamos diciendo. Parece un juego de palabras, pero no lo es. Las “Coplas para la libertad” -esa canción de Daniel Giribaldi y Jorge Marziali, justamente colegas- dice que conocíamos “a la perfección, pero de un raro modo, buscando no decir nada, poder expresarlo todo”.

Al principio nos costó asimilar el golpe de tremenda censura, pero al poco tiempo -como buenos argentinos- la “atamos con alambre” y abrimos una brecha

para manifestar nuestra limitada libertad de prensa. No era nada fácil, porque siempre caminábamos sobre el filo de la navaja y para eso había que dominar el “buen miedo”, ese que hace que tengas cuidado, pero no deja que llegues al pánico que paraliza.

Como dice también aquella misma canción, el gran drama es que “no podíamos ser libres”, pero tampoco nos conformamos con ser simples “prisioneros”. Afortunadamente, en Neuquén se dio un fenómeno muy particular de resistencia a la tiranía militar, que también se extendió a nuestra profesión. Al poco tiempo de iniciado el gobierno militar, se formó un grupo de periodistas -entre los neuquinos y los que llegaron de otras zonas- que se unió en busca del objetivo de poder expresarnos.

Los que elegimos el camino de la resistencia, sentíamos que teníamos las espaldas cubiertas por otros colegas que transitaban la misma huella.

Por ejemplo, eso fue lo que permitió que en 1978 -plena dictadura- se formara una comisión para reclamar por la aparición del periodista Enrique Esteban, secuestrado por los tiranos (ver páginas 68, 82, 93, 99, 111 y 163). Y ese “por ejemplo” no es sólo una muletilla, porque si se sumergen en lo más profundo de este trabajo, verán que ese no fue el único “hecho ejemplar”.

Muchos de los que vivimos aquellos duros años, nos reunimos -si usted quiere por otra desgracia como la pandemia- para contarles sobre personajes de aquel tiempo, de historias relacionadas con ese periodismo de resistencia, de la lucha por los derechos humanos, de los servicios de inteligencia (que no eran tan inteligentes) y la cobarde represión.

De aquí en adelante, considérese invitado a meterse de lleno en nuestra versión del periodismo en tiempos de dictadura.

En bandada

Por Osvaldo Ortiz

Siempre pensé que los periodistas y los ciudadanos argentinos vivíamos -durante la dictadura- como los pájaros pequeños, siempre asediados por los depredadores. Por eso, nuestra mejor defensa era volar en bandadas, ya que el ave que se mueve sola o se diferencia del resto, se convierte en un blanco fácil.

Cuando estábamos en la agencia Neuquén del diario Río Negro tratábamos que ninguno apareciera como el encargado de los temas más delicados -como el de los desaparecidos- y siempre que podíamos íbamos a las marchas de protestas en bandada. Sobre todo a las primeras, las que comenzaban en Casa de Gobierno y terminaban en el monumento a la Madre.

Esta actitud de movernos en bandada a veces sirvió para esconder la orfandad de medios de comunicación que abordaran el tema de los derechos humanos. Por ejemplo, cuando vino a Neuquén el premio Nobel de la Paz 1980, Adolfo Pérez Esquivel, se hizo una conferencia de prensa y como los organizadores tenían dudas sobre cuántos periodistas podían concurrir, nosotros fuimos en patota.

Quando los militares secuestraron al periodista Enrique Esteban y decidimos formar una comisión para pedir por su aparición, optamos por invitar a todos los colegas, incluidos los que pensábamos podían trabajar para los “servicios”. Si nos juntábamos sólo los que estábamos en contra de la dictadura corríamos mucho peligro, pero “en bandada”, ellos -los de inteligencia militar- creían que nos tenían controlados y vigilados. Total, nosotros jamás pensábamos que iban a respon-



Tratábamos de que ninguno apareciera como encargado de temas delicados... siempre en bandada.

der favorablemente en ninguna de las reuniones que teníamos con las autoridades, sólo queríamos que el encuentro se hiciera para presionar con las publicaciones en los diarios Río Negro y Clarín (del que el querido “Gordo” era corresponsal) (ver también páginas 68, 82, 92, 99, 111 y 163).

Los domingos le pedíamos a monseñor Jaime Francisco De Nevares que se refiriera al caso Esteban en la misa de las 8, que se transmitía por LU5, también para poder publicar su reclamo.

Si bien esto de moverse en bandada no era una regla escrita, muchos periodistas la aplicábamos y hasta sacrificábamos “primicias” para no quedar expuestos o descubrir a nuestras fuentes. En esos casos, por lo general “socializábamos” la información con colegas que eran de confianza, para que la noticia se conociera por varios medios a la vez y pareciera que era algo que se “filtró por todos lados”.

Vale la pena aclarar que no sólo los periodistas nos encontrábamos en esa situación de tener que volar en bandadas. Era toda la población, que cargaba con el pecado original de haber nacido “civiles” y no haberse redimido incorporándose o arrojándose a alguna fuerza “de seguridad”. Los dictadores no podían entender que se nos diera por reclamar libertades, durante un gobierno “que nos salvó del totalitarismo” y estaba formado por hombres que -como decía la profusa propaganda oficial de aquellos años- eran “derechos y humanos”.

Diario del civil

Por Osvaldo Ortiz

En aquellos años de la dictadura había apenas un puñado de medios de comunicación, y para colmo, algunos eran del Estado (como LU5), así que éramos muy pocos los periodistas que íbamos a las convocatorias de los organismos por los derechos humanos. Por lo que intentar meter un cronista falso, donde nos conocíamos todos, era cosa de... la verdad no sé cómo decirlo.

Sí, a los hombres de la inteligencia del Ejército, que hemos visto juzgados por delitos de lesa humanidad en los últimos años, se les ocurrían estas estupideces, lo que confirma que de inteligentes tenían poco y de asesinos demasiado.

El colmo fue en una conferencia que se hizo en el Obispado con motivo de una huelga de hambre que habían iniciado militantes por los derechos humanos y familiares de desaparecidos.

Antes de iniciarse la charla, se aclaró que primero nos entregarían un documento con las razones de la medida de protesta. Así que una de las colaboradoras de la APDH vino hacia donde estábamos los periodistas y nos comenzó a entregar el escrito.

Justo detrás de mí apareció un muchacho joven, de pelo muy corto y vestidito como para ir de boda, cosa que ya indicaba que no era de los nuestros. La chica le pasó el documento, pero no lo soltó, así que quedaron los dos tirando hacia lados opuestos y lo soltó ante la pregunta: “usted ¿de qué medio es?”.

El joven quedó blanco, parece que nadie le avisó que le podía pasar eso, y sólo atinó a decir “soy civil”.

Adolfo Pérez Esquivel: la censura de LU5

Por Susana Penchulef

Luego de Malvinas, y producida la apertura política que encaminó al país hacia la institucionalidad que había sido arrebatada por la dictadura militar, Neuquén se constituyó en una provincia muy visitada por líderes políticos e institucionales que acompañaron grandes manifestaciones reivindicativas de derechos, en especial de derechos humanos (1982/1983).

Cuando visitó la ciudad de Neuquén el Premio Nobel de la Paz, Adolfo Pérez Esquivel, le dije a mi jefe que me interesaba ir a la conferencia de prensa y llevar el grabador de la radio, para difundir su palabra (ver también páginas 41 y 167).

La posibilidad de difusión fue rechazada de plano, con la “sugerencia” de que no asistiera, pues no era política de la radio cubrir ese tipo de información. LU5 era por entonces una emisora del Estado (con gobierno militar todavía) dependiente de la Red Splendid y debía acatar directivas nacionales que bajaban a toda la cadena a través de sus interventores locales.

Dado mi interés personal sopesé la situación y, como quería conocer y escuchar al disertante, asistí con mis compañeros periodistas pero sin grabar ni preguntar nada.

Esa actitud personal tuvo posteriormente una fuerte recriminación por parte de mi jefe y del director de la radio. Según dijeron, mi presencia identificaba erróneamente la presencia de la radio. Discusión mediante se cerró el tema con una amenaza de “apercibimiento”. No sé si existió porque nunca fui notificada.



Con la apertura política, llegaron líderes que acompañaban los reclamos por los DDHH.

Participé de esa situación a mis compañeros de la Peña 7 de Junio, espacio que nos reunía y casi sin proponérselo, frenaba pretendidos cercenamientos de los derechos de los trabajadores de prensa. Nos cuidábamos entre nosotros. Comenzábamos entonces a recuperar el intervenido Sindicato de Prensa del Neuquén.

Superman no existe

Por Osvaldo Ortiz

Superman, Batman, los Vengadores de las Galaxias y todos esos tipos que andan desparramando coraje y no le tienen miedo a nada, no existen. Son fruto de la imaginación de sus creadores, a los que al parecer no les interesan los problemas que suelen afligir a nuestras comunidades. Nunca vi que se les presentaran y solucionaran ese tipo de flagelos.

Por eso me jode mucho cuando se dice que para enfrentar a los gobiernos dictatoriales no hay que tener miedo, como si eso fuera una tarea de superhéroes. La verdad es que los humanos tenemos miedo y eso no es malo porque sirve para activar nuestros sentidos ante el peligro. “El miedo no es zozzo”, decían mis abuelos y tíos abuelos que pasaron por las que se conocieron como guerras mundiales (primera y segunda) y algo de experiencia tenían.

Sí, es muy malo el terror, porque a ese extremo el miedo te paraliza y te convierte en una víctima fácil. Pero si dominás al temor y aprovechás sus alertas para moverte con cautela e inteligencia, es un excelente aliado. La verdad, no es fácil, pero tampoco es imposible lograrlo y no hay que descalificarse o descalificar a



Guglielminetti era uno de los que se infiltraba en las manifestaciones.

los que tienen miedo.

En aquellos años de la dictadura militar, teníamos tan claro este tema que desconfiábamos de los que no tenían miedo, de los que se hacían los valientes y querían empujarnos a situaciones extremas, porque eran tarados o trabajaban para los servicios.

Es que los que cubríamos manifestaciones y distintos tipos de protestas estábamos cansados de ver ese juego de la gente de los servicios de inteligencia (bueno, así se decían ellos). Eran los que se infiltraban para llevar a los manifestantes a perder el control y justificar la represión. Por ejemplo, eso hacía Raúl Guglielminetti en la puerta de la Catedral, cuando los estudiantes de la Universidad de Neuquén estaban protestando porque pasarían a pertenecer a la Universidad Nacional del Comahue.

Eran los tiempos en que se lo conocía como “Matute” y “mechaba” el trabajo de supuesto periodista con el de “botón” de actividades callejeras. Luego ascendió y se convirtió en el asaltante, asesino y torturador mayor Guastavino, que fue condenado por delitos de lesa humanidad.

De ese mismo tipo de maniobras por parte de grupos infiltrados, se quejan todavía hoy los estudiantes y otros manifestantes en Chile, donde la policía (Carabineros) tiene estructura, costumbres y mañas de militares opresores.

Así que debe quedar bien claro que los que están capacitados para enfrentarse a los gobiernos que esclavizan, a los que te someten por la fuerza, son los humanos comunes, los que tenemos miedo. “Los superhombres no existen, y si llega a parecer que existen, es porque trabajan para el opresor”, digo yo.

¿Vos también lo pateaste?

Por Osvaldo Ortiz

Cuando LU5 anunció que Enrique Esteban había aparecido en el baúl de su auto en la ciudad de Tres Arroyos de la provincia de Buenos Aires, yo salí corriendo de la agencia del Río Negro a buscar a su esposa Maite. Hacía poco más de dos meses que había desaparecido y estábamos desesperados por su regreso. Nos encontramos en la esquina del Banco Provincia del Neuquén, porque ella venía a buscarme desde la agencia de Clarín, que estaba en la Galería Iommi (ver también páginas 68, 82, 92, 111 y 163).



LU5 anunció que Enrique Esteban había aparecido en el baúl de su auto en Tres Arroyos.

Salimos como disparados para el lado del Comando del Ejército, y cuando pasamos por la casa de fotografía La Ochaiva (estaba frente al monumento a San Martín), se nos unió Jacobo Aisemberg.

Si bien éramos más jóvenes, llegamos jadeando a la guardia. Allí explicamos por qué íbamos y nos pusieron en una oficina, frente a un escritorio. Jacobo estaba al medio, Maite y yo a los costados.

Pasaron como 45 minutos y apareció un oficial joven a decirnos que tenían que consultar con la jefatura del Quinto Cuerpo (creo), pero que todavía no podían hacerlo. Al rato pasó con la misma excusa y como una hora después nos salió con que no podían comunicarse por teléfono con Bahía Blanca.

Yaco reaccionó -como era su estilo- de inmediato. “Están por hacer una guerra con Chile y no se pueden comunicar ni con Bahía Blanca”, alcanzó a decir antes de quedarse mudo, con cara de pocos amigos.

Como la cosa se puso tensa, pedimos hablar con el mayor Guiñazú, que era encargado de los contactos

con la prensa o si no, con algún jefe. El tipo entonces le habló directamente a Maite y le dijo que ya había consultado con todos y no tenía respuesta. Que volviéramos a consultar más tarde o por teléfono, que él iba a insistir para tener una respuesta.

Cuando íbamos bajando las escaleras de piedra de la entrada el comando, Yaco nos dijo: “que los parió, me dejaron las dos canillas hechas mierda, me cuesta caminar”. Allí fue cuando Maite me miró y me preguntó: “¿Qué? ¿Vos también lo pateaste?”

Cuestión de género en LU5

Por Susana Penchulef

El 1 de abril de 1982 comencé oficialmente a trabajar en la LU5 Radio Neuquén, en la función de lo que hoy sería una movilera (sin móvil). Básicamente, debía cubrir todas las actividades del gobernador de la provincia y del intendente capitalino. Pero el segundo día de labor periodística fue atípico respecto de los 30 días anteriores, en que había trabajado “ad honorem”.

Fue un día de ir y venir mucha gente. La puerta de ingreso al informativo de la radio, con una incómoda ventanilla en la mitad, estuvo casi todo el tiempo concurrida. Se colaron cientos de gacetillas de distintas áreas de gobierno, de las escuelas, de las fuerzas armadas, de las instituciones civiles. Las operaciones militares en Malvinas hicieron explotar un sentimiento reivindicatorio de la soberanía nacional.

Esa noche, el director, contador Néstor Cucurullo, convocó a una reunión en su despacho.



El 1 de abril de 1982 comencé a trabajar en LU5 en la función de lo que hoy sería movilera.

Luis Lucho Díaz (ejercía la jefatura del informativo), Eduardo Marchetti, Helvecio Caldora y Javier Rodríguez se aprestaron a concurrir. Al partir, y en un intento de caminar con ellos hacia la oficina, indicaron que debía quedarme a atender el teléfono.

Con cierto desconcierto y mucho de bronca esperé la conclusión del encuentro. Me informaron rápidamente sobre lo organizativo para lo que sería de ahí en más una transmisión especial permanente, y la consigna de reunión todos los días, por la tarde o por la noche.

Al día siguiente, nuevo intento de participar en esa reunión de área -¡¡¡ya era parte del plantel!!-, y la misma indicación de quedarme a atender el teléfono. Me pareció discriminatorio y humillante por lo que “en represalia” -previo aviso a Díaz-, me retiré de la radio masticando bronca y lágrimas.

Días posteriores, mientras organizábamos los cables que cortábamos del teletipo de Télam, un miembro del plantel (ya fallecido) me preguntó cómo me sentía en mi nuevo trabajo. Aproveché entonces y le dije lo molesta que me hizo sentir la actitud de excluirme de las reuniones diarias del informativo con el director.

La respuesta que recibí coronó la actitud previa: “No estamos acostumbrados a que en el informativo haya mujeres, si una mujer quiere trabajar en la radio, que trabaje con Viviana Quintero (en administración), con Graciela Alonso (en publicidad), o si no, como locutora. El informativo es cosa de hombres”.

Sus palabras, que hoy seguramente horrorizarían a la mayoría de las y los periodistas, en ese entonces eran reveladoras de una “normalidad” que costó (¿cuesta aún?) mucho, muchísimo revertir.

Semana Santa del '87 y los medios

Contexto político

Por Walter Pérez y Eduardo Marchetti

La Semana Santa de 1987 quedará grabada en la reciente historia de la Argentina por el intento golpista de militares genocidas contra el gobierno democrático y, simultáneamente, por la reacción popular más determinante y masiva del país de las últimas décadas del siglo XX.

La decisión de cientos de miles de argentinas y argentinos de ganar las calles logró frenar las pretensiones de impunidad de los responsables de ejecutar el “Plan Criminal” de la última dictadura cívico militar entre los años 1976 y 1983.

El detonante de lo que se conoció como el levantamiento carapintada fue la citación a declarar por delitos de lesa humanidad, dictada el 14 de abril de 1987, por la Cámara Federal de Córdoba contra el mayor de Inteligencia Ernesto Barreiro.

Ese jueves, Barreiro y otros 130 militares se amotinaron en el Comando de Infantería de Córdoba para resistir la citación judicial. Dos días después, la sublevación se extendió a otros cuarteles del país. En Campo de Mayo, provincia de Buenos Aires, se concentró el núcleo duro al mando del teniente coronel Aldo Rico quien, junto a sus subordinados y con las caras pintadas como para la guerra, pusieron en vilo a todo un

país a pocos años de haberse recuperado la vía constitucional de gobierno.

En ese contexto, el pueblo dijo “basta” y fue hasta las puertas de los cuarteles a denostar a los carapintadas bajo la consigna “si se atreven, si se atreven, les quemamos los cuarteles”.

El presidente Raúl Alfonsín tomó la decisión de ir a “negociar” con los sublevados en Campo de Mayo. Poco después, desde el balcón de la Casa Rosada, ante una multitudinaria manifestación y rodeado de representantes del arco político nacional, pronunció una frase que, en el fondo, escondía un sabor amargo para el final de la gesta popular: “Felices Pascuas, la casa está en orden”.

“La casa está en orden” implicó el compromiso, asumido por Alfonsín ante los golpistas, de promover la rápida sanción de las leyes de Punto Final y de Obediencia Debida destinadas a consagrar la impunidad de los genocidas.

Los medios

En el país y en Neuquén nada sería igual en materia de medios de comunicación tras Semana Santa de ese año.

Hay que destacar que en ese entonces no existían Internet, ni redes digitales, ni telefonía celular, por lo que los medios de comunicación (radio-TV-diarios) tenían un peso fundamental para informar a la comunidad.

Quienes suscribimos esta crónica estuvimos en el lugar y momento oportunos cuando, como integrantes del Servicio Informativo de LU5 Radio Neuquén,



Semana Santa de 1987 quedará como la reacción popular más importante del siglo XX en Neuquén.

tomamos la posta durante los tres días que duró el levantamiento militar.

Era imperativo que la radio no cesara ni un minuto de transmitir el desarrollo de los acontecimientos, aun en un clima de incertidumbre, angustia, tensión por el desenlace de los hechos.



La experiencia nos demostró que podíamos generar nuevos proyectos, ideas y medios populares.

La radio se convirtió en el medio por excelencia para informar, pero también para convocar a la movilización popular que se plasmó el domingo de Pascua como una de las más multitudinarias de la historia regional.

La decisión de resistir el embate militar movilizó también a un gran equipo de trabajo de la radio que trabajó sin medir horarios, cansancio o cuestiones personales para ponerse al servicio de una causa mayor.

Sin embargo, un claro ejemplo de la falta de compromiso fue la actitud que mantuvo hasta último momento la conducción de Canal 7 de Neuquén, en esa época en manos de una sociedad integrada por empresarios neuquinos.

Fue necesaria una gestión de una comisión política multipartidaria para que decidieran cortar la transmisión de las habituales estupideces de la caja boba para sacar a periodistas, cámaras y móviles a la calle.

Medios populares

La experiencia de Semana Santa nos demostró a nosotros mismos que éramos capaces de generar nuevos proyectos, ideas y medios populares fuera de la lógica empresarial y rentista. Tal vez por la adrenalina que

seguía fluyendo en días posteriores al levantamiento militar, emprendimos la “locura” de generar nuevos medios de comunicación.

Así surgió, en una cena de cumpleaños, la decisión de crear FM Radio Comunidad “Enrique Angelelli” el 20 de agosto de 1987 y poco después, el 16 de octubre de 1987, Radio Universidad-CALF 103.7.

Radio Comunidad fue impulsada por Magín Páez y Gloria Buchiniz, con pleno respaldo del obispo (fallecido), Jaime Francisco De Nevares.

En tanto Radio Universidad-CALF fue posible por la decisión política tomada por el Consejo Superior y el Rector de la Universidad Nacional del Comahue, Oscar Bressan, y por el apoyo del cuerpo de delegados y la conducción de la cooperativa, encabezada por Osvaldo Bonvín.

Hubo que enfrentar cuestionamientos de empresas periodísticas y hasta en el mismo ámbito periodístico porque la puesta en marcha de estos medios rompía la hegemonía de las AM tradicionales.

Incluso la ley de Radiodifusión de la dictadura no autorizaba nuevas frecuencias, por lo cual la Asociación de Radiodifusoras Privadas de la República Argentina (ARPA) presentó una denuncia judicial contra la UNCO acusándola de tener bajo su órbita “una radio clandestina”.

La historia nos dio la razón y hoy en la región y en el país son miles las radios populares que reflejan la realidad de su lugar. A estos medios radiales luego se sumaron medios digitales, portales y otras plataformas.

Hoy, a más de tres décadas de aquel fenómeno, hay que bregar por más medios populares que tiendan a romper la manipulación y el centralismo informativo

Los trabajadores de LU5

Más allá de las motivaciones que llevaron a la desobediencia de las instituciones constitucionales de la República por parte de grupos del Ejército, con un claro intento de golpe de Estado, abortado por la movilización popular, es necesario reivindicar el rol fundamental que desempeñaron los trabajadores de LU5 Radio Neuquén, quienes prácticamente “tomamos” la radio para convocar durante cuatro días sin descanso a la comunidad neuquina a defender las conquistas democráticas hasta ese momento obtenidas.

Periodistas, locutores, técnicos, operadores del control, administrativos, nos movilizamos con renunciamiento a nuestra vida cotidiana y con coraje, sabiendo el riesgo que corríamos, porque aún la democracia no estaba consolidada como hoy.

Es imposible olvidar la perplejidad de los dueños y autoridades de LU5 cuando decidimos, sin su autorización, levantar toda la programación y publicidad para priorizar una transmisión continuada para tener atenta a la sociedad neuquina.

También es importante traer a la memoria la respuesta de muchos oyentes a la convocatoria que emitía la radio. Algunos de ellos, temiendo un intento militar de interrumpir la transmisión, formaron grupos de vigilia en dos puntos estratégicos: la esquina de Alberdi y Santa Fe, sede de los estudios de la radio, y la planta transmisora, que en aquel momento estaba ubicada en la chacra de la calle El Chocón, en el barrio Confluencia.

Pasaban las horas y crecía la incertidumbre en la población al no producirse ninguna resolución que terminara con el levantamiento militar. Fue así que la emisión de LU5 comenzó a reproducirse por altoparlantes en el centro de la ciudad de Neuquén.

Esta transmisión ininterrumpida de la radio generó una de las mayores movilizaciones que vivió la comunidad neuquina. Quizá la más numerosa hasta hoy.

También originó una cierta desconfianza de los directivos y propietarios hacia los trabajadores de la emisora que participaron de la iniciativa, lo que se tradujo en acciones que tenían como finalidad desalentar actitudes similares de los empleados, como lo fue el levantamiento de programas y publicidad durante la revuelta militar.

Este resquebrajamiento en la relación de la conducción empresaria y editorial con el plantel de periodistas y empleados fue llevando, poco a poco, a la desvinculación de algunos trabajadores con la radio. Muchos pasaron a formar parte de otros proyectos periodísticos en medios fuera del circuito comercial.

LU19: astucia para informar

Por Ricardo Villar

Cada medio de comunicación tiene su personalidad, su tendencia, representa intereses y objetivos. Pero una de las claves que debe resolver es ser aceptado por quien escucha, lee o mira.

El caso de LU19 La Voz del Comahue es interesante de describir y conocer, porque ha resuelto muy bien ese desafío y lo ha mantenido por sobre sus crisis empresariales, cambios de titulares, renovación de personal, mudanzas de edificios, etcétera. Es decir, todo tipo de situaciones que se crean en una historia que arranca oficialmente el 12 de octubre de 1963. Aunque el embrión se generó mucho antes, a partir de inquietudes de vecinos de la ciudad de Cipolletti.

La Voz del Comahue no fue una denominación casual. En esos tiempos la región Comahue comenzaba a consolidarse como parte de un esquema de desarrollo que había propuesto un gobierno central, con objetivos que no nos deben distraer en esta ocasión, pero que no estaban ajenos al tradicional modelo centralista argentino.

Pero los que impulsaron el emprendimiento pretendían erigirse en la voz de la rica zona, especialmente de las provincias del Neuquén y Río Negro, que por entonces tenía una muy incipiente radiofonía privada.

La pretensión de ser la voz quedó demostrada desde un principio con la dinámica que se le dio al servicio informativo o servicios de noticias, cuya impronta le dio don Abraham Tohmé, periodista llegado desde Bahía Blanca, con formación en los medios del grupo de Enrique Julio y sus sucesores, o sea del diario La Nueva Provincia. Tohmé no era el seleccionado para conducir la emisora en un principio, pero un lamentable accidente en automóvil que sufrió el designado, Adolfo Turrin, le abrió las puertas.

Y cumplió el objetivo. Le dio estructura y dinámica novedosa para el periodismo regional, tratando de estar en todos lados y abriendo las puertas de la región valletana a las inquietudes de todo tipo.

Gustavo Monti, Alejandro Ayala, Daniel Carro, Daniel López Holgado, Ricardo Albornoz Trigal, Guillermo Rodríguez, fueron, entre otros muchos, los periodistas que escribían y relataban las noticias con un estilo que convocaban a escuchar.

Pasaron años y muchas situaciones. En 1977, los nuevos titulares de la radio, agrupados en una sociedad de responsabilidad limitada llamada CIFO (Cipolletti-Fernández Oro), se embarcaron en un proceso de recuperación del medio, que se había deprimido

por el manejo partidario que le dio una gestión anterior, relacionada con el gobierno justicialista del señor Mario Franco.

CIFO estaba integrada por un abogado reconocido de apellido Suárez, un contador de igual apellido, el señor Konjati, empresario cipoleño, Rafael Di Serio, también residente en la ciudad y ejecutivo de Hidronor, y el señor Rafael López Oribe, empresario de Fernández Oro. El gerente o director era el señor Rodolfo Ducás.

Esa gente, a la mayoría de la cual no conocía, me invitó a participar del emprendimiento, ofreciéndome la función de director del Servicio de Noticias. Yo trabajaba en Viedma, y la oferta me llegó en un momento en que tenía ganas de volver a la zona, luego de varios años de andar afuera recogiendo experiencias.

Acepté el desafío, pero con una condición: un mes de trabajo como periodista raso, para conocer desde adentro la situación y los periodistas con los que debería trabajar, alguno de los cuales conocía desde años como el caso del Gordo Hiram Pérez, que usaba el seudónimo de Roberto Delía.

Después de ese periodo, hice un balance personal y un informe a la dirección en el cual volcaba la visión que había recogido y lo que proponía hacer, sin desprenderse de nadie, solamente darle roles más definidos, generarles motivación y que asumieran la importancia de trabajar en un medio ya consolidado en la región.

Aceptaron la propuesta y me dieron absoluta libertad para trabajar. Estábamos en abril de 1977, como para contextualizar temporal y políticamente a estos episodios.

Los militares eran los dueños de todo, pero nosotros no podíamos renunciar a nuestra responsabilidad

de informar lo que pasaba, para lo cual fue necesario mucha astucia en las formas, y cuando no se podía ser directos, dar las claves para que se entendiera lo que se pretendía informar, sin decirlo taxativamente.

Fueron años difíciles pero apasionantes. El grupo de veteranos no se acopló totalmente, pero sí los más jóvenes, como Alberto Carnevali, Hugo Néstor Leguizamón, Eduardo Escala, El Ciego Víctor Ludueña, Jorge Armando Ocampos, Ricardo Albornoz Trigal, (desde Neuquén), Walter Marzialetti. Vale evocar el acompañamiento de Roberto Delía, Guillermo Delía, Amílcar Etchelini, Juan Widutto, entre otros.

En ese primer año, también se incorporaron Walter José Pérez, que estudiaba periodismo en la facultad de Roca, y Francisco Caldiero, el Pancho, que llegó desde su pueblo de la provincia de Buenos Aires, a hacer experiencia con un título de periodista deportivo y que vivía el deporte como pocos. Gracias a su capacidad y tesón, llegó a transmitir partidos en Radio Mitre de Buenos Aires, durante años. Pero sus inicios fueron en LU19.

Un aporte invaluable para este grupo lo dio Miguel Ángel Merellano quien, de la mano de Rafael Di Serio, comenzó a ser corresponsal en Buenos Aires leyendo los diarios porteños a partir de las 6,30 de la mañana. Eso constituyó una novedad en el país que más tarde fue imitada por muchísimas emisoras.

Luego, Merellano comenzó a venir a la zona para hacer programas los fines de semana, algo que nos permitió trabajar con un extraordinario hombre de radio y generoso trasmisor de conocimientos.

En párrafos anteriores, describí brevemente la forma elegida para sortear la censura militar que se ejercía desde el Comando de la Sexta Brigada de Infantería de Montaña, de Neuquén. Allí funcionaba una central de

escuchas con un jefe, un mayor de apellido Guiñazú, quien analizaba lo que se decía y operaba sobre los periodistas, ya sea con llamadas telefónicas en donde comentaba lo que había escuchado, con tono amable pero firme, y en otros casos, con visitas de tipo social, “pasé cerca y quería compartir unos mates”.

Hubo dos casos emblemáticos, que motivaron muchas charlas con Guiñazú: nos opusimos a la realización del mundial de fútbol de 1978. Argumentamos que el país no estaba en condiciones de construir estadios y gastar millonadas en infraestructura para un acontecimiento de 30 días, estructuras que luego tendrían poco uso, pese a ser un país futbolero. Hasta el secretario de Hacienda, un señor de apellido (Juan) Alemann, cuyo hermano (Roberto) fue ministro de Economía, pidió una entrevista, para explicar lo él defendió como inversión.

El otro caso que molestó mucho fue la muerte en el Comando de la Brigada Militar del cooperativista cipoleño, José Luis Albanesi. Demostrar la responsabilidad militar en su muerte fue un juego. Teníamos comunicados militares en donde informaban la detención y los buenos resultados de un examen de salud; y 48 horas después anunciaron su muerte por falla cardíaca. No dijimos que los militares lo habían matado, pero dábamos elementos que lo demostraban, documentos aportados por los propios militares. Guiñazú intentó dar explicaciones. Pero los familiares de la víctima nos pidieron que dejáramos de tocar el tema para no profundizar su dolor. Eso hicimos.

Otro papel importante jugamos en la cobertura del secuestro del periodista Enrique Esteban, en Neuquén. Dimos toda la información, preguntamos sobre el caso a cada autoridad de cualquier nivel que pudimos entrevistar.

Fueron años de mística y compromiso, sin limitarnos por el riesgo existente. Pero también de periodismo general, de búsqueda de primicias, de dar buena información. Se hizo costumbre entrevistar a funcionarios nacionales, vía teléfono, por lo menos una vez por semana. Hasta el superpoderoso José Alfredo Martínez de Hoz fue entrevistado. Conste que en aquel tiempo, conseguir una comunicación telefónica con Buenos Aires, podía llegar a demandar horas y a veces un día. Sin embargo, habíamos aceitado un mecanismo con los y las operadoras de la central Cipolletti de la empresa telefónica que nos permitía tener agilidad en las llamadas,

Pero el trabajo no terminaba en la entrevista. Quien la hacía -que podía ser cualquiera, porque trabajábamos sobre el cuestionario que preparábamos en conjunto los periodistas- luego tenía la obligación de desgrabarla, y ofrecer los contenidos a las agencias de noticias y a los medios nacionales. Eso le dio presencia a la emisora en las páginas fuertes del periodismo argentino, y cuando nos fuimos, la emisora quedó con una carpeta de recortes de diarios en donde se la citaba como fuente de esas noticias.

Mucho más se podría escribir sobre estas vivencias, pero en homenaje al espacio y la comprensión de quienes lean estas líneas, creo que en lo anterior está reflejado un concepto de periodismo, una actitud ética y un compromiso ciudadano pocas veces valorado. Hoy la emisora es administrada por el gobierno rionegrino. Obviamente esa dependencia perjudica al periodismo que tradicionalmente se ejerció, pero los trabajadores, casi todos jóvenes, hacen lo que les permiten hacer. Pese a todo, la programación general es amable y entretenida, con mucha participación del oyente.

Una de las notas más impactantes que conseguimos por su repercusión nacional e internacional, fue la realizada a Rubén Blanco, el embajador argentino en El Vaticano, cuando se trataba la mediación papal para evitar la guerra con Chile por la zona del Beagle.

Al señor Blanco lo entrevistamos dos o tres veces durante el proceso diplomático. Y pareciera que el hombre simpatizó con nosotros, porque tenía una chacra en Fernández Oro, y nos dijo que nos escuchaba cuando venía a la zona. En ese trabajo de aproximación cumplió un rol muy importante el Gringo Marzialetti.

En la zona se vivía un clima de guerra. Militares de ambos países se habían instalado en los bordes de los Andes y sólo faltaba una orden para que estallara el tiroteo. En Roma, muy lejos de allí, clérigos, diplomáticos y funcionarios de distintos países, hacían esfuerzos extremos para evitar la confrontación.

Se habían consumido dos fases de negociación, fracasadas por desacuerdos entre las partes. Y el panorama era más que oscuro. Desde LU19 manteníamos comunicación diaria con la embajada argentina, hasta que en un momento nos atendió el embajador, y nos respondió. “Lleven tranquilidad a sus pueblos; ¡hay una tercera fase de negociación!...” Nunca tan pocas palabras habían sintetizado una noticia de tanta trascendencia. Se chequeó la grabación. La palabra del embajador estaba fuerte y clara y la enviamos al aire, infinidad de veces en el día. La desgrabamos y la enviamos a las agencias de noticias y diarios. Al día siguiente, fue la noticia de tapa, con el crédito para la emisora que lo había generado. Alivio y orgullo, una vez más.

Yaco y el acuerdo con De Nevares

Por Ricardo Villar

En un relato anterior mencioné a Yaco Aisemberg, qué personaje... Éramos unos cuantos los que cotidianamente pasábamos por La Ochava, haciendo calle o en la previa de un café en Fedra, casi enfrente, sobre el Boulevard 25 de Mayo. Tengo múltiples recuerdos de él. Van dos.



"El obispo no saca fotos y yo no hago milagros".

Un sábado al mediodía, en Fedra, yo pedí mi clásico de entonces, gin tonic, y él un Gancia. Dejan el pedido sobre la mesa, Yaco mira el vaso de trago largo, lleno de hielo. Con la cucharita larga saca cubito por cubito, los pone en el platito y claro, de Gancia quedaban dos dedos. Llama al mozo, le da el vaso y le dice: "Ahora, poneme lo que falta". Y se lo trajo.

El otro tiene que ver con una frase que le escuché muchas veces. Llega una señora, grande, a sacarse fotos carnet, y le dice: "por favor, sáqueme linda".

¿Cuál fue su respuesta?: "Señora, yo tengo un convenio con el obispo, él no saca fotos y yo no hago milagros". Ese era el Yaco, un humor especial.

Después de la muerte de su esposa, la flaca Irene, no volvió a ser el mismo. Y empezó a declinar hasta que se nos fue.

Albornoz Trigal: un maestro

Por Walter Pérez

Hace 44 años conocí al recientemente fallecido Ricardo Albornoz Trigal, un "maestro", con mayúsculas,

del periodismo.

Siendo muy joven y previo a que comenzara mis primeras armas en el servicio informativo de LU19 La Voz del Comahue de Cipolletti (Río Negro), el jefe del sector, Ricardo Villar, me lo presentó y me pidió que fuera a hacer prácticas con el Maestro.

En aquel entonces, el oficio se hacía con libreta en mano, teléfono, calle, archivo y máquina de escribir. Su oficina estaba a media cuadra de Casa de Gobierno. Era una mini redacción.

Cuando entré por primera vez, a mediados de 1977, quedé impresionado por el olor a papel, los archivos que tenía, el ruido de la Olivetti Lexicon 80 y supe definitivamente que ése era mi camino en la vida.

Desde aquel lejano pasado tuve la oportunidad de trabajar apasionadamente en este oficio en medios radiales y escritos de la región y como corresponsal de la agencia de noticias de bandera, Télam, hasta el presente.

Nos dejó un legado muy fuerte que tenemos la obligación de cuidar y que nos compromete a ser periodistas serios y honestos.

En esa senda, siempre el eje es la noticia para lo cual es necesario dejar los egos a un costado.

El Viejo

Por Susana Penchulef

No he sido una empleada fácil de llevar. La mayoría de los periodistas creo, somos muy irreverentes ante la autoridad, no sabemos de pleitesías ante poder y a veces desafiamos hasta a la legítima autoridad. Pero siempre estuve predisposta a aprender de quienes,

amables y generosos, han contribuido a mi mejoramiento profesional.

Tal es el caso con un periodista apodado el Viejo no tanto por su edad, sino más bien por su actitud normativa de la vida, que se autodesignó como mi instructor en cuestiones de perfeccionamiento en la redacción de boletines radiales.

Ricardo Albornoz Trigo estuvo por un buen tiempo empeñado en que incorporara cada vez más noticias en una síntesis radial de cinco minutos. Para tal caso, muchas noches en que terminaba su tarea docente el CENS 226 pasaba por LU5.

Acodado en la ventana de la antigua emisora que daba a la calle Santa Fe, pedía leer el resumen de noticias del día con lo que -cada medianoche- se daba por concluido el servicio informativo.

Siempre encontraba la forma en hacerme incorporar entre tres a cinco informaciones más, como consecuencia de correctivos en la redacción. Después los escuchaba por la radio y en verdad, tal era su rigurosidad que nunca terminaba por quedar totalmente conforme.

Oswaldo Ortiz, el hombre que contagió periodismo

Por Fabián Bergero

Cuando llegó a Neuquén en 1976, Oswaldo Ortiz todavía no había leído a Ryszard Kapuściński. En su libro *Viajes con Heródoto*, el maestro polaco del periodismo afirmaba que para hablar sobre un pueblo, antes



El Viejo Albornoz tenía una actitud docente ante la profesión.

era fundamental conocer su historia, sus costumbres e idiosincrasia. Pero para cuando salió ese libro, en 2005, Oswaldo ya había agotado la biblioteca completa del Copade, de la dirección de Estadísticas y Censos, del ministerio de Economía provincial y de cuanto lugar hubiera algo escrito sobre Neuquén.

Se leyó todo. Literalmente. Supo cuáles eran los recursos estratégicos de la provincia, su potencial económico, cómo se componía su población, de dónde venía y en qué trabajaba. Mientras llevaba los papeles de una constructora, seguía leyendo y buscando trabajo en lo que él más sabía: el periodismo.

Había estudiado esa carrera en la Universidad de Mendoza. Y se podría decir que no se recibió por culpa del comunismo. Era un estudiante aplicado y alegre, aunque por ese tiempo no sonriera mucho

por culpa del comunismo.

Quizás deba explicarse mejor la cuestión: por su militancia en el Partido Comunista, se resistió a rendir las materias Inglés I y II que exigía la carrera. No transó y no se recibió. Y por esa misma militancia, no se subía a los taxis en el asiento de atrás, como un pasajero, sino adelante, como un camarada del conductor. Hasta que un día el taxi en el que viajaba chocó y perdió casi todos los dientes cuando se golpeó con el torpedo. De modo que mientras tramitaba el comedor nuevo, no fue de sonreír mucho.

Las anécdotas de Oswaldo Ortiz iluminaron mil asados, rondas de mate dulce, y kilómetros de viajes compartidos. A veces las repetía, pero eran tan ciertas que las re-contaba con precisión y exactitud.

Ésas fueron dos palabras que acompañaron toda su obra profesional. Militaba el dato. Lo buscaba incansa-



Sus anécdotas iluminaron mil asados, rondas de mate dulce y kilómetros de viajes compartidos.

blemente. Si no lo encontraba, ni siquiera lo mencionaba (pero entre nos: siempre lo encontraba). Y por eso lo exigía con autoridad a quienes trabajaban con él.

Perseguía los temas que consideraba importantes como un ave de presa. Colar un artículo en el Clarín de Roberto Guareschi era más complicado que lo del camello y la aguja, pero siempre tenía un recorte o un ángulo que lo hacían atractivo. Era un Michelangelo de los copetes: los pintaba, mientras encendía un cigarrillo, aun cuando tuviera otro a medio fumar esperándolo en el cenicero.

Su momento de extraña felicidad era cuando aparecía su artículo publicado. Lo leía y releía. Lo comentaba. Lo discutía. Lo disfrutaba con una pasión difícil de entender, mientras ya estaba pergeñando su próximo título, la próxima nota, el tema que seguramente podría ofrecer. El Negro contagiaba periodismo.

Tuvo la misma actitud profesional cuando consiguió su primer trabajo en la región como periodista del diario Río Negro en los 70 y como jefe de la agencia Neuquén. O como corresponsal del diario Clarín en Neuquén en los 80; como periodista de la flamante radio Universidad-CALF; responsable neuquino de El Regional Económico o columnista de La Trastienda, de 8300, como docente de Comunicación Social en la UNCo o en todos los tantos lugares en los que honró al periodismo, aun sin título por culpa del comunismo.

Fue uno de los que le puso al cuerpo a la profesión cuando el genocidio militar arreciaba en el país. Fue a las marchas en bandada (ver página 93) con sus colegas para dar cuenta de la actividad de las Madres, de los organismos de derechos humanos, del obispo Jaime De Nevares. Confesó que sentía miedo. No por él, sino por su esposa Rosa, por sus compañeros y por sus amigos. No se sentía Superman (ver página 97),

pero nunca se silenció. Buscó la forma de decir nada y expresarlo todo (ver página 91).

Tres cosas sorprendían de Osvaldo: lo mucho que fumaba (Imparciales 100, negros, eyectores de compañías) y su generosidad y su proverbial memoria. Por la agencia Neuquén del diario Clarín desfilaban a diario colegas de todos los medios, de cualquier edad o signo del zodiaco, con quienes compartía información, un mate y una charla.

Hablaba mucho de su familia: la Rosa, compañera entrañable de todas sus aventuras en la vida. Su hijo Leo y sus hijas Guillermina y Sofía. A su manera, Osvaldo demostraba su amor por ellos. Pero también su gran admiración por lo que hacían, decidían y encaraban.

Una vez se le dio por criar canarios. Iba a los campeonatos, ganaba premios. Fueron años difíciles para conversar con esa versión de Osvaldo Roller, pero lo superamos de tanto que lo queríamos.

Era difícil verlo enojado. Ni siquiera cuando el Leo le tuneó contra un poste de luz el flamante Ford Orion blanco que había permutado con el Plan Canje de Menem por su incunable Dodge GT a garrafa de diez kilos con válvula casera.

Se jubiló decididamente en 2013 para concentrarse en su familia, sus nietes, las plantas, los canarios. En la oscuridad de la cuarentena de 2020 se sumó a esta idea de escribir recuerdos de la profesión y de la organización gremial de periodistas que resultó en este libro.

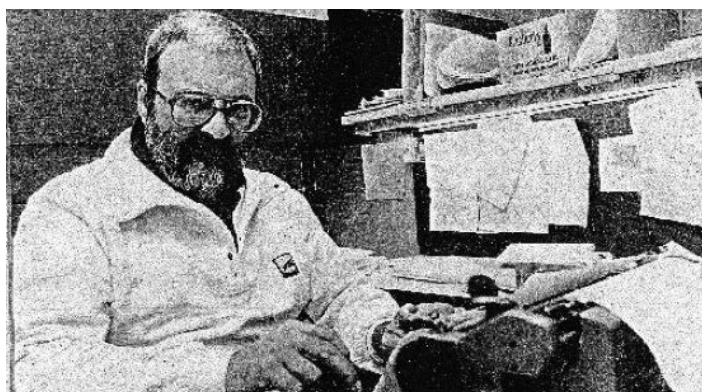
Fumó, vapeó y murió en agosto de 2021 por el cáncer, mientras se estaba cerrando esta publicación. Los escritos que forman parte de este libro son apenas una parte de su gran trayectoria de maestro del periodismo regional.



La intervención militar de LU5 estaba a cargo de un comandante de Gendarmería. Elías Sapag dirigió el diario Sur Argentino. Siempre salíamos a cubrir temas difíciles en bandada.



Luego de Malvinas, líderes políticos de todo el país visitaron Neuquén en apoyo a las reivindicaciones por los derechos humanos. Pérez Esquivel fue uno de ellos.



Enrique Esteban apareció en el baúl de su auto en Tres Arroyos, Buenos Aires. Guglielminetti, el mayor Guastavino, espía las movilizaciones en Neuquén



El trabajo en LU5 también planteaba cuestiones de género. En Semana Santa ocurrió la más importante movilización popular del siglo pasado, que cuestionó el papel de los medios de comunicación.



Aisemberg no hacía milagros, sólo tomaba fotografías.



Albornoz Trigal , Eduardo Marchetti, Ricardo Villar y Osvaldo Ortiz, la vieja guardia del periodismo.



Rosa, la compañera de vida del Negro Ortiz

CAPÍTULO 4

**Las cosas
que pasaban**

La lucha contra el Terrorismo de Estado

Por Walter Pérez

En el mes de mayo de 1976 se constituyó en Neuquén la delegación de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos dependiente de la sede central que funcionaba en Buenos Aires.

Bajo el cobijo del obispo de Neuquén, monseñor Jaime Francisco De Nevares, familiares de detenidos desaparecidos y unos pocos militantes alarmados por los crímenes de la dictadura cívico-militar de ese entonces, mantenían reuniones periódicas en la sede del Obispado.

En esos encuentros se conocían denuncias, se recibían cartas de familiares que buscaban a sus seres queridos y también eran escuchados y contenidos expresos políticos de ese entonces.

Un año después se constituyó la Asociación Madres de Plaza de Mayo y su filial Alto Valle de Río Negro y Neuquén y junto a la APDH y la Comisión de Familiares de Detenidos Desaparecidos actuaban coordinadamente bajo la mira de los “servicios” que incluso infiltraron buchones para saber “qué hacía y pensaba ese obispo rojo, comunista”.

Una anécdota de aquella época rememora que asistentes a las reuniones en el Obispado habían identificado a uno de estos “servicios”. Lo hablaron con el obispo y éste les dijo “no se preocupen, no tenemos nada que ocultar y es mejor saber quién es, porque si lo echamos vendrá otro al que quizá no podamos detectar”.

Todos los años, la APDH convoca a un encuentro artístico-político denominado “Celebramos”.



En 1979, una delegación de Neuquén viajó a la Capital Federal para presentar las denuncias por el secuestro, detenciones y desapariciones ocurridas en la región ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de Estados Americanos (OEA).

El 14 de agosto de 1980, la APDH, Madres de Plaza de Mayo y la Comisión de Familiares de Detenidos Desaparecidos, encabezaron la primera manifestación frente a la Casa de Gobierno, en Neuquén.

La foto que ilustra este texto corresponde a la esquina de las calle Roca y La Rioja, en dirección a la entrada de guardia de la gobernación neuquina. Es por esa razón que la APDH todos los años durante el mes de agosto convoca a un encuentro artístico-político denominado “Celebremos”.

La lucha de los organismos fue creciendo y le valió a Neuquén ser nombrada como “la capital de los derechos humanos”. También creció la adhesión de la comunidad y hoy a pesar de los intentos para que los genocidas no sean juzgados y la verdad no salga a la luz, es un grito colectivo el de memoria, verdad y justicia cada 24 de marzo con miles en las calles de Neuquén.

Operativo Cutral Co: 1976–2020

Por Familiares de Detenidos Desaparecidos y ex Presos Políticos de Cutral Co y Plaza Huincul - H.I.J.O.S. - Cutral Co - Plaza Huincul

En el año 2020 se presentó al Concejo Deliberante de Neuquén un proyecto que promovía declarar al edificio del Comando de la VI Brigada de Infantería de Montaña, como “patrimonio histórico, arquitectónico,

cultural, paisajístico” y otras yerbas.

Análoga propuesta sucedió en nuestra ciudad de Cutral Co en 2011 donde se propuso un proyecto de ordenanza en el Concejo Deliberante de esta ciudad para declarar a la Comisaría N° 14 como “bien de interés municipal”, resaltando su valor histórico-cultural dada su historia y antecedentes como primera edificación de importancia en los orígenes de la provincia y del ejido de esta ciudad más su uso actual.

Datos más, datos menos, ambos proyectos fueron presentados sin hacer mención a que estos espacios, tanto el edificio de la Brigada VI en Neuquén y la Comisaría N° 14 de Cutral Co fueron, como tantos otros lugares, sitios donde se pergeñaron y luego sucedieron los crímenes que atentaron contra la sociedad neuquina en manos de un gobierno de facto formado por militares que junto con sectores civiles y eclesiales promovieron la persecución el secuestro y desaparición de hombres, mujeres y niños, donde en nuestras ciudades de Cutral Co y Plaza Huincul significó que entre los días 12, 14 y la madrugada del día 15 de junio de 1976 se sucedieran secuestros, detenciones, torturas y traslados a la Comisaría 14 de un importante número de vecinos y vecinas, entre ellos algunos adolescentes. Operativo militar que contó con el apoyo de la Policía de la provincia y sectores recalcitrantes de la sociedad cutralquense y huinculense que indicaron los lugares puntuales o señalaron a quiénes tenían que secuestrar.

Desde aquellas tristes fechas y 44 años después, en nuestra localidad faltan personas: Miguel Ángel Pincheira, Arlene Seguel, José Delineo Méndez y Carlos Chaves se encuentran desaparecidos; ellos fueron secuestrados por fuerzas parapoliciales y tropas del comando del Ejército al mando del teniente general (r) Oscar Reinhold, llevados a la Comisaría N° 14 y trasla-

dados al C.C.D. (Centro Clandestino de Detención) La Escuelita, que funcionó en el Batallón del Ejército N° 181 de la ciudad de Neuquén en lo que se denominó Operativo Cutral Co durante aquel 14 de junio.

No hacer mención, no recordar, no tener presente en la memoria lo sucedido es promover el olvido y es silenciar aún más a los que no se pueden defender los desaparecidos.

No hacer mención sobre el accionar del terrorismo de Estado es querer colocar un manto de silencio inverosímil por lo significativo para la sociedad argentina, donde las torturas y las violaciones a los derechos humanos fueron la moneda corriente durante el período de facto 1976-1983.

Por ello, hoy y siempre tendremos presentes a las compañeras y compañeros revolucionarios, militantes políticos y sociales que decidieron dar la vida por igualdad social, educativa y cultural tras un modelo de país con independencia económica como estandarte para combatir la pobreza.

Hoy y siempre están presentes, ante las desigualdades, en las luchas y denuncias colectivas, en pos de situaciones que dignifiquen a la sociedad en su conjunto, contra la opresión y el abandono.

Noemí Labruno y el día que La Escuelita dejó de ser clandestina

Por David Lugones

Aún hoy me sorprende. Fue en los primeros días de abril de 1984 cuando recién habían pasado cuatro meses de la vuelta a la democracia. El terror de la dic-

tadura cívico-militar estaba allí, demasiado cerca. No se sabía con certeza dónde estaba el lugar en el cual habíamos estado detenidos ilegalmente los secuestrados de la región. No estaba identificado. Nada se sabía públicamente, tampoco la justicia había actuado. El Ejército negaba todo, ellos no tenían nada que ver con los secuestros y torturas, y con las personas de la región que seguían desaparecidas. “La Escuelita” seguía siendo clandestina.

En esos pocos meses de democracia, se habían formado en la provincia de Neuquén la “Comisión Legislativa de Derechos Humanos” y en Río Negro la “Comisión de Derechos Humanos”. Noemí Labruno integraba esta última. Ella, sin perder tiempo, habló con los integrantes de una y otra comisión y con algunos de los que habíamos declarado nuestra detención ante la APDH; esta vez para testimoniar ante las comisiones. Un puñado -siete en total- venciendo temores, pensando en los compañeros que aún estaban desaparecidos y en que la verdad debía saberse, aceptamos y declaramos lo que nos había sucedido.

Cada uno de nosotros tenía indicios, presunciones; atábamos cabos de sonidos, sensaciones, hechos, voces, palabras; siempre habíamos estado vendados salvo en el baño; sospechábamos de esa pequeña construcción en los fondos del Batallón 161 del Ejército en Neuquén, pero nada más... Pero Noemí sí sabía con mayor certeza. En 1976, con Don Jaime De Nevares y un puñado de militantes habían formado la delegación local de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Se reunían con los familiares y las Madres de Plaza de Mayo. Durante toda la dictadura, en medio del terror, Noemí había escuchado testimonios y se había



El Ejército negaba todo, “La Escuelita” seguía siendo clandestina aún recuperada la democracia.

solidarizado con cada una de las víctimas, con sus familiares e incluso los había buscado e ido a ver. Había reclamado ante el poder cívico-militar y había anotado minuciosamente datos, hechos, lugares, fechas, metodologías, nombres, responsables... Con enorme valentía y sagacidad Noemí había armado el siniestro rompecabezas del terrorismo de Estado en la región.

“Si nos paran los soldados, les decimos que yo soy una señora medio loca que ando buscando patos en la laguna que está al fondo y te llevo a vos para que los agarres”, me dijo aquella mañana, días antes del reconocimiento, cuando íbamos en la rural rumbo al batallón por la ruta 22. Entramos por el costado, por la calle Bejarano, por una huella que estaba abierta en los fondos del regimiento, e hicimos el mismo recorrido que unos días después haríamos con las comisiones.

“¿Te parece que es el lugar?”, me preguntó mirando desde lejos -para no despertar sospechas- esa

pequeña construcción de cemento que estaba por fuera del alambrado del batallón.

Varios hechos me dieron la sensación de que podía ser. Y los soldados que estaban de guardia junto al alambrado, dentro del batallón, nos vinieron a sacar...

El 9 de abril de 1984, por la tarde, nos juntamos en la vieja Legislatura de Neuquén.

Día de otoño con mucho sol. Allí estábamos quienes habíamos testimoniado; los integrantes de las comisiones de Neuquén y Río Negro; el diputado nacional por Río Negro Hugo Piucill, que integraba la Conadep y algunos medios de comunicación. Nos había convocado Noemí, rápido y reservadamente. Ese día íbamos a reconocer si esa construcción en los fondos del batallón era “La Escuelita”, el centro clandestino en donde habían estado secuestrados y torturados las víctimas

del terrorismo de Estado de la región. Noemí había organizado todo. Había hablado con los integrantes de las comisiones y preparado el reconocimiento. Era sin pedir permiso, ‘de prepo’, sin avisar; y ella sabía cómo hacerlo.

La caravana de autos partió camino al batallón por la ruta 22. A la cabeza iba Noemí en su rural; me pidió que la acompañara. Como habíamos hecho antes, nos metimos por la huella en los fondos del batallón y caminamos-corrimos a campo traviesa, entre yuyos, barro y mosquitos. Una orden a los soldados del otro lado del alambrado: “Párenlos”. Seguimos corriendo hasta llegar a esa construcción. La entrada no tenía puerta y habían simulado que estaba abandonada desde hacía mucho tiempo. Nos metimos. Habían arrancado los caños del baño pero se notaba claramente dónde habían estado el lavatorio y el inodoro, y el techo, aunque no estaba, era bajo, todo tal como habíamos testimoniado; habían tapado burdamente con cemento el agujero en el techo que llevaba a la torreta de vigilancia, que habíamos descrito; la construcción y el tamaño eran como suponíamos que era; afuera, signos evidentes en la tierra donde había estado el galpón de chapa en el que nos torturaban, y allí estaban los álamos donde nos golpeaban la cabeza, como un ritual macabro, cuando nos llevaban al galpón.

En un momento la diputada Susana Vázquez, de la comisión, con lágrimas en los ojos, nos dice: “esto es lo que yo me imaginé cuando ustedes nos contaron dónde habían estado...”. El acta del reconocimiento que se hizo con posterioridad afirma: “Tanto los miembros de las comisiones, como los hombres de prensa manifiestan coincidencia en señalar que los testigos, a lo largo de toda la inspección, van reconociendo, sin ninguna clase de dudas, el lugar donde habían



¿Te parece que es el lugar?, me preguntó Noemí mirando desde lejos esa pequeña construcción.

sufrido cautiverio...”.

Todo fue muy rápido. Minutos después llegó personal militar al lugar. Un capitán ordenó que nos retiráramos. “¿Esta construcción pertenece al batallón?”, le preguntaba insistentemente Noemí, a lo que el militar no contestaba. “¿Es o no es del Ejército?, porque si no es del Ejército por qué nos tenemos que ir”, insistía Noemí. Quería que reconociera que pertenecía al Ejército. Después, con el jefe del batallón, permitieron recorrer el lugar sólo al diputado Piucill. Hay cuatro fotos de ese día, que publicó el diario Río Negro. Una de ellas es la reunión en la Legislatura. Otra es cuando estamos entrando a “La Escuelita”. Otra es cuando señalamos el agujero tapado en el techo.

La última foto es en el momento en que los militares nos ordenan retirarnos. Muchas veces observé detenidamente a Noemí en esa foto. Allí va caminando delante de los demás, con paso seguro, su rostro y su mirada son de reflexión. ¿Qué estará pensando?, me he preguntado, ¿misión cumplida?, ¿salió todo bien? Sí y no. Está conforme, se dio un paso importante, pero estoy convencido que ya está pensando el próximo paso, qué hacer para que se haga Justicia; organizando la próxima acción para lograr llevar a juicio y condenar a los genocidas, para que haya Memoria, Verdad y Justicia, para que Nunca Más...

Desde ese día de sol, “La Escuelita” dejó de ser clandestina. Gracias a Noemí, esa pequeña gran mujer, el pueblo de Neuquén y Río Negro supo que aquí, en los fondos del Batallón de Neuquén, en terrenos del Ejército, había funcionado un centro clandestino de detención. En todas las citaciones de la Justicia, desde esos días hasta hoy, el personal militar ha negado su existencia. Algunos meses después de esta identificación, la Justicia hizo una pericia y tiempo después el

Ejército ordenó la destrucción de la edificación, a pesar de una orden judicial en contra. Ya era tarde.

El 24 de marzo del año 2014 se señaló el lugar con las tres columnas que dicen Memoria, Verdad y Justicia y la frase “Aquí funcionó el centro clandestino de detención ‘La Escuelita’”. Ese mismo año, por orden de la Justicia, y con un gran número de jóvenes militantes que nos acompañaron, se inspeccionó el lugar; están las bases y los álamos ya viejos, algunos caídos. Han pasado 40 años en los cuales Noemí nunca bajó los brazos...

Luego de la lucha incansable de los organismos de derechos humanos por derogación de las leyes de punto final y obediencia debida que impulsó el presidente Néstor Kirchner, a partir de 2008, en los cuatro juicios por el terrorismo de Estado que se realizaron en la región, han sido condenados más de 30 represores. Noemí fue la pieza clave para que se llevaran adelante estos juicios y se condenara a la mayoría de ellos. Hoy va de un lado para otro empujando el próximo juicio. Hace pocos días me pidió que le diera una mano para organizar una muestra fotográfica para el 24 de marzo del próximo año, para que las nuevas generaciones sepan qué pasó...

Comparto esta historia como un aporte más al merecido reconocimiento a Noemí que le hará la Universidad Nacional del Comahue otorgándole el doctorado honoris causa, para el cual me han honrado como jurado.

También, compartiendo esta historia, quiero expresar el reconocimiento a quienes participaron de la identificación del centro clandestino de detención “La Escuelita”: por la “Comisión Legislativa de Derechos Humanos de Neuquén”, los diputados provinciales José Sifuentes, Susana Vázquez y Oscar Montórfala

no; por la “Comisión de Derechos Humanos de Río Negro”, Noemí Labrune, Julio Rajneri, el diputado provincial Edgardo Fernández y el diputado nacional Hugo Piucill, quien también era miembro de la Conadep; y los testigos denunciadores Benedicto Bravo, Rubén Ríos, Oscar Paillalef, Norberto Blanco, José Giménez, Raúl Radonich y quien suscribe (Acta realizada en la Legislatura de la provincia de Neuquén el 9 de abril de 1984).

La ofensiva cultural de la dictadura

Por Osvaldo Ortiz

La cuestión de las listas negras de la última dictadura no era una simple lista de artistas que no se podían contratar o difundir, sino que fue una insensata lucha cultural que podía llegar hasta lo que ellos llamaron “supresión física de sospechosos”.

Al poco tiempo de tomar el poder, les advirtieron que el peligro no era la lucha armada que ya estaba prácticamente definida, sino que la verdadera batalla era cultural, la que felizmente perdieron. Y parece que como no conocían otro sistema para dominar que la violencia, crearon otro organismo de vigilancia y represión.

Primero le decían Área de Recursos Humanos y luego Asesoría de Comunicación Social, para ejercer un “control ideológico”. Como a sus movimientos (con informantes, infiltrados, escuchas y otros) los cubrían con un velo, a la operación madre la denominaron Claridad.

El 24 de marzo de 1996, Clarín publicó un suple-

A poco de tomar el poder, la dictadura advirtió que la verdadera batalla era cultural.



mento dando a conocer detalles de esos “movimientos secretos” y hasta una lista de artistas y personas vinculadas con movimientos culturales que estaban marcados por tener “antecedentes ideológicos desfavorables”. Y no sorprende que figurasen varias personas de la región.

Con algo de orgullo decimos que estaba nuestro amigo, el fotógrafo (de Río Negro) Jacobo Rubén Aisemberg, propietario La Ochava, aunque no era por sus fotografías, sino por su trabajo en el Cine Club Neuquén. Deduzco esto último, porque están los otros integrantes de esa entidad: Guillermo Gabriel Stacco; la profesora de Letras de la UNCo, Perla Ercilia Berlatto y Osvaldo Calafati, que en el listado aparecía como Calafate, era periodista del diario Río Negro, en la UNCo y que entre otras cosas escribió una historia del teatro en Neuquén. Además, figuraban la profesora de letras, poeta y escritora, Irma Cuña; Norman Portanko, miembro el teatro Lope de Vega y un titiritero de gran nivel, Héctor Antonio Di Mauro, que creó las escuelas de títeres de Neuquén y de varias provincias y luego recibió premios de la Fundación Konex y del Instituto Nacional de Teatro.

Además, en la lista estaba Norberto Mario Rajneri (a) Tilo, “socio director del diario Río Negro”, más conocido por su trabajo en la creación y dirección de la Fundación Cultural Patagonia.

Afortunadamente ninguno de ellos desapareció, como pasó con muchas personas que estaban en esas listas. Pero vale la pena recordar que varias de las primeras jóvenes de la región que fueron detenidas y asesinadas en los centros de torturas de la dictadura, estaban vinculadas con los movimientos artísticos y culturales.

Se publicó una lista de artistas y personas vinculadas con la cultura, varias de la región.



Entre el 9 y el 12 de junio de 1976 se desarrollaron una serie de secuestros, y en Neuquén se llevaron -entre otros- a los integrantes del grupo de teatro y música Génesis, que había recibido varios premios a nivel nacional, entre ellos el Martín Fierro. Se trata de Alicia Villaverde, que trabajaba en el ministerio de Obras Públicas, Alicia Pifarré, profesora de arte dramático y excelente cantante (alquilaban una casa, juntas) y otros dos actores, Lucio Espíndola y Darío Altomaro.

También se llevaron en esos operativos a la profesora de antropología de la UNCo Susana Mujica y se cree que antes sacaron de su casa a una joven de Cinco Saltos, Cecilia Vecchi, de 21 años, que era titiritera y que aparentemente esperaba a Susana por una clase de apoyo “aunque los represores no le creyeron”. Raúl Guglielminetti -alias mayor Guastavino- jugó un papel deplorable en esos operativos.

Se estima que varios pudieron haber pasado primero por La Escuelita de Neuquén y que después todos fueron trasladados a la de Bahía Blanca. Allí, tres desaparecieron. Susana Mujica y su alumna, Cecilia Vecchi, fueron vistas juntas -en el centro de torturas- por última vez el 17 de junio y dicen que lo último que se sabe de Alicia Pifarré es de antes del 25 de junio: la escucharon cantar “El cautivo de TilTil”.

Pero a estas artistas desaparecidas en esa época hay que agregarle otra escritora de obras y constructora de títeres, Mónica Morán, que fue dejada cesante de sus cargos en la UNC, por el interventor Remus Tetu, (vinculado con la Triple A) en 1975. Se tuvo que ir a Bahía Blanca, allí fue detenida el 13 de junio -también de 1976- y desapareció en la misma Escuelita.

Aquellos días fueron detenidas otras personas en Cutral Co y otras ciudades de la zona, pero sólo quería referirme a los que me dijeron que eran artistas, para

marcar cómo comenzaron los dictadores la lucha cultural. Lo mismo lógicamente sucedió en otros puntos del país y hay que remarcar estos crueles antecedentes porque son sobre los que se monta -a partir de 1977/78- la operación Claridad.

La frase que nos comimos con fritas

Por Osvaldo Ortiz

“Lo que plantea el Papa significa demasiado sacrificio para Argentina”, nos dijo en 1981, en el comando de la Sexta Brigada de Infantería de Montaña, el entonces jefe del Ejército, general Leopoldo Fortunato Galtieri. Fue en una entrevista que le realizamos con Jorge Ocampos para Río Negro, y lógicamente se refería a la propuesta de Juan Pablo II por el conflicto con Chile por el canal de Beagle.

El país estaba en medio de una dura negociación que llevaba con mucha paciencia el cardenal Antonio Samoré. Chile había aceptado la propuesta, y Argentina se resistía a firmar el acuerdo, así que en ese momento la frase era una bomba. Pero nunca llegó a ser publicada, nos la tuvimos que comer con fritas, por una “amable” sugerencia de un grupo de “huevos fritos”.

Vamos a aclarar: los “huevos fritos” eran los asesores de la Escuela Superior de Guerra, que se identifican con una insignia redonda de color blanco con el centro amarillo. En esa oportunidad creo que había cinco, que durante la entrevista se pusieron detrás del general Galtieri, que tenía de un lado al general José Rogelio Villarreal, jefe del Quinto Cuerpo de Ejército y del otro al general Fernando Exequiel Verplaetsen,

comandante de la brigada de Neuquén. Nosotros nos sentíamos rodeados y no lo digo en joda.

Apenas terminada la charla dijeron que iban al sepelio de un jefe militar. Era el que dirigía la dependencia encargada de las incorporaciones a unidades de la Subzona 52, en la época del servicio militar obligatorio.

Nosotros salimos detrás, pero sólo llegamos hasta el auto. Allí nos alcanzó alguien de la guardia y dijo que pedían que volviéramos adentro, con los grabadores. Allí los “asesores” nos plantearon -la verdad amablemente- que si publicábamos esa frase, crearíamos un problema de imprevisibles consecuencias entre el país y el Papa. Insistían en que además había dicho luego que Argentina no estaba de acuerdo con el laudo, pero sin aludir directamente a Juan Pablo II, que era el problema. Finalmente ganaron ellos (eran favoritos 10 a 1) y la frase fue eliminada de los dos grabadores que llevábamos.

Volvimos a la agencia del diario con la bronca de haber tenido que borrar esa parte de la charla y por otro lado la satisfacción de haberle hecho una entrevista al personaje central de la dictadura argentina. Además hizo otras declaraciones importantes sobre el tema del Beagle y en lo político-económico nos había dicho que no compartía la política económica que trataba de implantar el general Roberto Eduardo Viola (presidente de turno), a través del ministro Lorenzo Sigaut (que dijo que el que “apuesta al dólar, pierde”), lo que era un anticipo de que duraría poco (de marzo a diciembre de 1981). Estos militares tenían diferencias de fondo insalvables. Decían que Viola “se tomaba todo el vino”, mientras que Galtieri se chupaba con whisky.

Lo hablamos esa misma noche con el doctor Julio Rajneri, que coincidió en que mucho no podíamos hacer con las declaraciones borradas y que teníamos

buen material periodístico, para no correr el riesgo de un conflicto impredecible de nosotros con los militares y del país con el Papa.

La nota tuvo gran repercusión. Rebotó en todos los diarios nacionales y en los principales del interior, algo -está mal que yo lo diga, pero...- muy importante para un diario de la norpatagonia.

Al poco tiempo, cuando Galtieri pasó a ser el nuevo presidente-dictador, lo del Beagle empeoró y recién pudo solucionarse en la gestión de Raúl Alfonsín, cuando se hizo el plebiscito y los argentinos aceptaron el acuerdo por amplia mayoría.

Nunca se me presentó la oportunidad de volver a hablarlo con Jorge Ocampos, ni con Julio Rajneri, pero a mí el asunto me sigue haciendo ruido. Claro que ahora es inútil especular sobre qué hubiera pasado si se publicaba la frase, simplemente porque no se publicó. Pero vale la pena recordarlo, porque creo que les sirve a los que no vivieron esa época, para tener una idea de cómo se ejercía el periodismo durante la dictadura.

Carlitos, ¿el que nos espiaba?

Por Osvaldo Ortiz

A Carlitos sólo le conocimos la voz y aunque siempre pensábamos que era quien vigilaba nuestras llamadas telefónicas, terminó siendo inevitablemente parte de nuestra vida en la agencia Neuquén del diario Río Negro. Todo comenzó a principios de 1980, cuando nos “sacó del agua”, en el gran aluvión de aguas servidas que se abatió sobre el centro de la ciudad, al romperse la laguna que se formaba por las pérdidas de la red cloacal de Alta Barda, en Doctor Ramón y Alfonsín

(ex ruta provincial 7).

Sí, aunque muchos no se lo puedan imaginar ahora, donde está el shopping Alto Comahue, había una laguna bastante grande y de no muy buen olor. Para solucionarlo, a las autoridades se les ocurrió hacer un canal al lado de calle Doctor Ramón y parte de Leloir, para llevar las aguas detrás del campus de la Universidad Nacional del Comahue y -lógicamente- luego escurrir hacia el río Neuquén. Cuando el canal estuvo listo, llegó la hora de hacer una brecha en el costado de la laguna y dejar que se vaciara.

Lo hicieron a la madrugada, para que nadie se avivara, pero la fuerza del agua hizo que la pared cediera de golpe y se descargara de una sola vez, lo que produjo un aluvión de aguas servidas. El tremendo torrente corrió por la calle Doctor Ramón, parte entró en los terrenos de los monobloques (del Banco Provincia del Neuquén) que están al llegar a avenida Argentina y junto con lo que dobló por la avenida, se precipitaron terreno abajo dejando un verdadero desastre en la zona céntrica.

Ese día, mientras Walter Pérez trataba de averiguar algo frente a la ex laguna, donde estaba muy furioso el intendente de facto, Rubén Rousillón, yo me gastaba el dedo en los viejos teléfonos tratando que alguien me dijera qué máquina había trabajado en el lugar. Entonces llegó él. “Hola Ortiz, soy Carlitos, si no lograste saber qué máquina usaron, era la retroexcavadora...”. Como en aquel tiempo nos pasaban información con cualquier nombre, yo no pregunté nada, anoté y luego confirmé que la información era buena.

El asunto es que Carlitos volvió aparecer con su tono “porteño”, pasando otros datos, hasta -que tal vez aburrido de escuchar nuestros teléfonos- se le dio por divertirse cargando a uno de los compañeros. Ese

día me dijo “me podés dar con...” y yo, extrañado, pasé la llamada.

Al momento de comenzar la charla, el compañero endureció su rostro, le comenzaron a brillar los ojos con bronca y desafió a Carlitos a encontrarse para pelear. Lo insultó, no solo de la madre, también del padre, de los hijos por si tenía, hasta que cortó con bronca. Sólo le pudimos sacar que “este tipo es un hijo ... , dice que es mi novio, lo voy a matar”.

Al centro que tiró Carlitos prácticamente fuimos cabecear todos y acordamos -por unanimidad- que en el próximo llamado, teníamos que grabar la disputa. En aquellos años, para que la grabación fuera clara, había que conectar dos cables que salían del enchufe “micrófono” del grabador, con los que iban al teléfono. Para ello usábamos las presillas (cocodrilos) que tenían esos cables, para agarrar los tornillos que conectaban el teléfono con la línea. Tecnología pura.

Así se hizo en las siguientes llamadas. Para entonces, el compañero ya ni se ponía el auricular en la oreja, directamente lo tomaba con las dos manos para putear más libremente y encima se quejaba: “lo puteo, le digo de todo y sólo se ríe, el muy ...”. Si hubiera sido ahora, lo contagiaba de coronavirus por la saliva infectada de bronca, que seguro correría por los cables.

Cuando este compañero se calmó y dejó de darle tanta importancia, a Carlitos se le dio por cargar al cadete con la novia. Éste no se calentaba tanto, así que no le pareció tan divertido. Pero al pibe le preocupaba que tuviera tantos datos de la novia. Cuando le dijimos que quedaría entre nosotros si nos decía que él usaba el teléfono de la agencia para hablar con la chica, confesó que sí lo hacía y se avivó que él o la novia fueron revelando las cosas que ahora usaba Carlitos.

Este otro dato hizo que afirmáramos las sospechas

de que nuestro ocasional informante era quien hacía las escuchas para los “servicios”, y el definitivo fue que desapareció cuando cayó la dictadura.

Vamos a aclarar que no fue un descubrimiento que nos preocupara, porque todos éramos conscientes de que teníamos “los teléfonos pinchados” y por lo tanto hasta había ciertas normas para usar el aparato. Una era no andar despertando sospechas con frases como “este asunto sólo lo hablamos cuando nos juntemos”. Si había que referirse a temas políticos incluíamos alguna pequeña crítica que luego iba a ser publicada (para que sintieran que nos tenían bien controlados) y por supuesto evitar calentarse y decir lo que realmente pensábamos de la dictadura. Sabíamos que éramos sospechosos “espiados” y el asunto era no pasar a la categoría de peligrosos.

El día que salvamos a Trimarco

Por Ricardo Villar

Hay ocasiones en que informar en detalle acarrea consecuencias no buscadas. No hablo de ocultar hechos, sino pormenores.

Esto lo vivimos una tarde entre el año 1980 y 1981, no tengo precisiones sobre la fecha; sí sobre el episodio que, de haberse divulgado integralmente, hubiera generado una crisis político-institucional mayúscula en Neuquén.

No hacía mucho que había comenzado la explotación del enorme yacimiento gasífero llamado Loma La Lata, actualmente vacío por sobreexplotación. En aquellos tiempos, se afirmaba que debajo de la superficie terrestre había un “garrafón” que contenía más de

600.000 millones de metros cúbicos de gas.

Como siempre ocurre con estos hallazgos en la naturaleza, los discursos triunfalistas nos aseguraban que tendríamos gas suficiente para no recuerdo cuántas décadas, y que podíamos vender gas al mundo.

Los neuquinos teníamos nuestros propios proyectos, que se sintetizaban en pocas palabras: separar los componentes ricos del gas e industrializar en origen. Viejos sueños, cada vez más lejos de concretarse.

No tardó mucho tiempo para que el gobierno central hiciera su propio proyecto, que desplazaba las aspiraciones provincialistas. Una de las propuestas era la de tender un gasoducto hasta Puerto Madryn, allí licuar el gas, cargarlo en grandes buques y llevarlo a cualquier parte del mundo que lo comprara.

El gas no se separaría. Es decir, que también se abortaban las posibilidades de un desarrollo industrial al pie del yacimiento.

Pese a las restricciones que imponía el régimen militar -creo que hasta tenía vigencia entonces el estado de sitio-, muchos neuquinos empezamos a informarnos, a hacer propios los proyectos que había elaborado el COPADE, especialmente los liderados por el fallecido contador Néstor Flaco Rodríguez, y por el entonces muy joven ingeniero José Brillo.

El gobernador era el general de Brigada Domingo Manuel Trimarco, a quien decíamos Vista Alegre por la forma de sus ojos, que denotaba tristeza permanente.

Trimarco había reemplazado su formación militar por las costumbres civiles; le gustaba el fútbol, hablar de política y se enamoró de los proyectos neuquinos.

A varios periodistas nos invitaba a conversar muy a menudo sobre temas de actualidad y pedía opiniones. Se hacía el tonto, sí, cuando le tocábamos temas de la represión y desaparecidos. “Créame que no sé nada.

Eso se maneja en otros niveles del poder”, decía, para escapar de la consulta. Nunca le creímos, y él sabía que no le creíamos.

Bueno, pero Trimarco comenzó a liderar las actividades en contra de la exportación del gas. Por dos motivos. Primero, porque se sostenía que antes de vender afuera el fluido, había que extender las redes en el país; y segundo, porque se llevaba el gas entero, es decir no se recuperaban los elementos industrializables.

El gobierno central no soportó esa posición y envió a la provincia a una comitiva de funcionarios civiles y militares, encabezados por el entonces secretario de Energía, Daniel Alberto Brunella, que estuvo al frente de ese organismo desde 1977 hasta 1981. Era un hombre morocho, retacón, que generalmente vestía trajes de color gris a rayas, con chaleco.

Brunella conocía la zona, no solamente por la existencia de yacimientos de gas y petróleo, sino porque tenía una chacra en Fernández Oro o en Allen.

Trimarco lo recibió junto a algunos de sus ministros –recuerdo a Alberto Manuel Fernández, con formación en el COPADE- y el equipo técnico de ese organismo, encabezados por los ya citados Rodríguez y Brillo.

A través del querido amigo Osvaldo Arabarco, jefe de prensa del gobierno, se invitó a la reunión a varios periodistas: Susana PENCHULEF, Osvaldo Ortiz, Helvecio Caldora, Raul Ventureira, Ricardo Villar, Alberto Carnevali, y algún otro que no recuerdo. Pero Brunella y su gente no sabían que éramos periodistas.

La charla comenzó bien, con el desarrollo de los planes provinciales, hasta que tocó el turno a los visitantes, que en forma salvaje dijeron que el programa de exportación de gas estaba decidido.

Hubo algunos cruces de opiniones y las voces fueron subiendo de tono, hasta que Brunella intentó ha-

cer valer sus jinetas. “Es una decisión del gobierno de las Fuerzas Armadas”, le espetó a un Trimarco que no dudó, y parándose de su silla, le respondió: “Me cago en la decisión del gobierno nacional. El gas no se irá de Neuquén. Y si quieren, vengan a sacarme, pero tendrán que hacerlo a los tiros...”

Los colaboradores del gobernador intentaron calmarlo y lo retiraron del lugar -que era una de las salas de la vieja Legislatura, en Olascoaga 560- mientras los visitantes emprendieron la retirada por otra puerta y sin despedidas.

Los periodistas quedamos anonadados, con una sensación de que habíamos presenciado un hecho informativo extraordinario. Teníamos todo grabado, y su difusión tendría alcance nacional.

Aún ganados por la adrenalina, por propuesta de los más veteranos nos juntamos en otra sala y analizamos rápidamente lo visto y oído. Coincidimos en que el hecho tenía un valor periodístico extraordinario, pero a medida que nos fuimos serenando también pensamos que a Trimarco, el ministro del Interior, general Albano Harguindeguy, le cortarían la cabeza, y la provincia entraría en zozobra y arriesgando a que mandaran a cualquier militar retirado que anduviera sin conchabo. Y eso no convenía, porque Trimarco se había mimetizado con los intereses neuquinos.

Charlamos un poco, y sin disidencia decidimos dar el hecho, es decir contar que hubo discusión subida de tono y el abrupto alejamiento de los visitantes. Y nada más. Para darle más valor al acuerdo, pusimos todos los grabadores sobre la mesa, y borramos lo grabado.

Todos cumplimos. Siempre lo sostuve, pero a la distancia temporal creo que fue un gran gesto de responsabilidad de aquellos periodistas que pensamos más en las consecuencias de la difusión de esos episodios, que en

el aprovechamiento que le pudimos haber dado.

Foto a foto

Por Osvaldo Ortiz

Para asustar a los primeros manifestantes por los derechos humanos, los militares tenían un fotógrafo que cada tanto salía de la Casa de Gobierno para escracharlos. Así fue en la primera concentración y así era en el inicio de las marchas que iban hasta el monumento a la Madre.

El tipo fotografiaba a los que estaban en la esquina de la plaza y luego apuntaba hacia la vereda del lado noreste (donde había un consultorio médico) para apuntarnos a los periodistas. Nosotros nos hacíamos los tontos (en eso reconozco yo era especialista) y el fotógrafo Raúl Rodríguez “se lo tomaba con soda”, como decíamos en ese tiempo.

Pero un día le tocó venir al otro fotógrafo que tenía en esos años el diario Río Negro, Jacobo Aisemberg, muy conocido por la acidez de sus bromas y la poca paciencia con la gente molesta.

Cuando ya se había reunido bastante gente en la plaza, salió el fotógrafo para escrachar a los manifestantes. Luego giró a la izquierda y nos apuntó a nosotros.

Yaco no dudó un instante, levantó la cámara, lo apuntó a él y lo comenzó a “poner en foco”.

Fue santo remedio: el fotógrafo, del miedo, no salió más de Casa de Gobierno, pero por supuesto no dejó de sacar fotos, porque a veces descubríamos



Yaco levantó la cámara, lo apuntó a él y lo comenzó a poner en foco.

la punta el teleobjetivo sobresaliendo de algún costado de las puertas de entrada.

Una fórmula ideal: cobrar por línea escrita

Por Ricardo Villar

El periodismo es un oficio apasionante pero en líneas generales, mal pago. Esto ocurrió siempre y seguramente seguirá ocurriendo.

Son muy escasos los periodistas que, dedicándose plenamente a ese trabajo y siendo fieles a una línea ética, llegan al final de su carrera con un pasar económico asegurado.

Es muy difícil lograr un reconocimiento económico para capacidades, responsabilidades y dedicación decente, sin dobleces.

Lógicamente, hay muchos que se salvan con métodos por lo menos discutibles. Uno de ellos es trabajar encubiertamente para gobiernos o gobernantes, otros son vender notas a entrevistados o arreglar reportajes, tener conchabos solapados en los gobiernos, etcétera. Estos seguramente hicieron, hacen y harán plata.

Pero en la década de los años 60 del pasado siglo, apareció por Neuquén un personaje muy interesante, que se las ingeniaba para sacarle provecho a sus crónicas sin caer en métodos reprochables.

El hombre había llegado desde Bahía Blanca a representar al diario emblemático de aquella ciudad, que por entonces tenía buena cantidad de lectores en la zona.

Era veterano en el oficio, con calle y estaño, con

mucha noche y con habilidad para mezclarse en los ambientes sociales más disímiles.

Pronto se hizo un espacio importante en la capital neuquina, que recién empezaba a crecer más allá de las cuarenta o cincuenta manzanas del histórico casco fundacional.

En esa época funcionó la Legislatura provincial en su segundo período luego de la provincialización en 1958. Nuestro personaje tenía experiencia en la cobertura parlamentaria, algo que no es para cualquiera pues necesita conocimientos, sobre todo del manejo de la dinámica de ese poder, plagado de gente de buenas intenciones, pero también de egos y ganas de figurar haciendo poco.

Entrador como era, pronto también su figura elegante, siempre de traje con chaleco, y sombrero en los inviernos, se fue haciendo familiar en los entonces modestos pasillos laberínticos del viejo edificio legislativo de Olascoaga 560, que había sido construido para una escuela de policía, y luego adaptado para el Poder Legislativo.

Sus crónicas en el diario que representaba empezaron a gustar a muchos, porque eran didácticas y muy completas. Vale hacer notar que en esa época no había grabadores de mano o portátiles, entonces había que anotar todo en libretas o cuadernos.

La ventaja que tenía este hombre era su habilidad para la taquigrafía, el viejo sistema de volcar en signos los discursos de los parlamentarios. Entonces, el trabajo se facilitaba y las crónicas permitían reproducir párrafos completos de las exposiciones.

Pero el interés también llegó a un medio regional emblemático, que por entonces iba detrás de las publicaciones de otras regiones. Uno de sus directivos vino hasta Neuquén y se entrevistó con el periodista

bahiense, a quien le ofreció la cobertura de las sesiones legislativas provinciales a cambio de una paga mensual o por sesión, no está claro en el recuerdo.

Se hizo el arreglo. Pero lo ingenioso fueron las condiciones. Rápido de reflejos, el periodista les propuso que la remuneración se hiciera sobre la base de las líneas escritas, con la métrica periodística. En el otro lado, no pusieron objeciones y así comenzó el trabajo.

Claro, las crónicas se hicieron kilométricas y muy rendidoras para el cronista, que embolsaba buenas monedas por sus coberturas. Pero el veranito duró poco. Alguien en la redacción central advirtió que el acuerdo era desventajoso para la empresa, y comenzaron a reformular el acuerdo, algo que al periodista no le gustó y por eso rompió la relación de inmediato.

El periodista de referencia se llamaba Antonio Acerbi Costas y era hinchado de Villa Mitre y de Independiente de Avellaneda. Fumaba habanos de los buenos. Era muy bueno escribiendo y sagaz en la búsqueda de la noticia. No era querido en la despoblada colonia periodística de entonces, pero no le interesaba, porque era muy seguro de lo que decía, quería y hacía. Sus últimos años de actividad se los dedicó a la correspondencia del diario La Nación.

CAPÍTULO 5

**Otros medios,
hechos y
personajes**

De la calle Fotheringham al infinito y más allá

Por Gerardo Burton

A las cuatro de la tarde cambiaba el turno de la redacción; había cerrado ya la segunda sección -espectáculos, cultura, horóscopo y tiras- y el diario empezaba la “verdadera” edición: la primera, la del cierre a medianoche o primeras horas de la madrugada. Se trataba de salir antes de las dos de la mañana, abastecer a kioscos y canillitas de la capital y ganarle al Río Negro, que llegaba un rato más tarde.

Entre la reunión de la mesa de redacción y distribución de tareas y la posterior puesta en marcha había un tiempo gris, neutro. Mates, más cigarrillos, charlas, merodeos hasta que terminaban de irse los de la mañana. Algunos aprovechaban ese lapso para almorzar con retraso, una merienda más copiosa y un almuerzo menos cargado. Uno de esos era el jefe de redacción, que solía aprovisionarse con uno o dos sándwiches que parecían alpargatas de miga con un poco de fiambre que simulaba ser jamón y una lámina de queso que desbordaban mayonesa. Todo regado por una horrible naranja Fanta que perdía su efervescencia a medida que su dueño se entusiasmaba con la crónica policial.

Pero esa tarde el jefe estaba exultante. Solía burlarse de todo bicho que camina, sin distinción de sexo o profesión. Sólo respetaba a quienes mandaban, tenía un olfato innato para percibir dónde estaba el poder y rendirle el culto genuflexo que le permitiría llegar al infinito y más allá.

Esa tarde, sin embargo, estaba excitado: el jopo de rulos rubios se movía sin piedad sobre su frente; los ojos buscaban cómplices entre el resto de la redacción mientras masticaba su sándwich vespertino. Estaba

sentado en su lugar de siempre: la mesa de noticias. A su espalda, de la pequeña sala de teletipos separada por una mampara de vidrio, brotaba el sonido a repetición de las máquinas que aumentaba el nivel de ruido en la redacción. Ese vidrio funcionaba, muchas veces, como cartelera para periodistas, fotógrafos, diagramadores y cultores de otros oficios del matutino.

La fotografía de uno de los periodistas de la sección Regionales que recién empezaba su trabajo del día estaba adherida a la mampara. Algún fotógrafo se la había alcanzado al jefe, cuya reconocible caligrafía adornaba la parte inferior de la imagen, que era poco más que un retrato. Decía la leyenda: “Bienvenido al nuevo presidente del sindicato de los buscas”. Por la mañana, Gerardo Bilardo había resultado electo secretario general del Sindicato de Prensa de Neuquén.

De cómo una biblioteca patagónica no se llamó Rodolfo Walsh

Por Gerardo Burton

Corría el año 2005 y, en una sala de lectura de la Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi dormían en una vitrina las primeras ediciones de libros relacionados con la Patagonia: *Neuquén*, de Félix San Martín; *La voz del desierto*, de Eduardo Talero, con prólogo de Irma Cuña; *La Cordillera del Viento*, de Carlos Mazzanti; mucho de Gregorio Álvarez y algo de Juan Benigar. Era un museo de escritores fallecidos: faltaban quienes aún estaban en plena producción creativa.

Por la tarde, la biblioteca reducía su actividad: los adolescentes que habían estado estudiando por la ma-

ñana ya se habían ido a almorzar a sus casas o a los colegios; los alumnos de primaria todavía no llegaban y los lectores residuales, a esa hora, eran en su mayoría oficinistas en busca de silencio para leer los diarios. O quizás aguardaban empezar la digestión antes de volver al trabajo con una siestecita entre libros.

En una de esas horas muertas, de entre los vapuleados diccionarios de la sala de referencia en la segunda fila de un estante, surgió una pequeña escultura de menos de treinta centímetros de alto. Era una cabeza en arcilla: la cara angulosa de rasgos inconfundibles, los anteojos rotos por la mitad del aro. En una escala mayor y en cemento, la misma cabeza coronaba el monumento ubicado a pocas cuadras de la biblioteca sobre la avenida Argentina, en medio de una plazoleta. El hallazgo era el boceto que había hecho Jorge Michelotti de la cabeza de Rodolfo Walsh que iba a instalarse en el monumento encargado por el Sindicato de Prensa local. Tanto Michelotti como los periodistas sabían que esa cabeza era un motivo de controversia y, a la vez, la marca en un territorio que, durante la dictadura, les había sido totalmente ajeno.

El pequeño busto de color marrón rojizo de Walsh, con su cabeza despeinada y los anteojos de miope que no servirían a nadie, se convertiría, según su descubridor entre los estantes, en el custodio de la literatura concebida al sur del río Colorado de esta Argentina difícil. El escritor que había nacido en este valle, el militante que había muerto a manos de una patota paramilitar de la marina, el desaparecido que seguía hablando desde su obra, ahora reencontrado en la arcilla, daría su nombre a este territorio literario. Las ideas borronearon papeles: los volúmenes dispersos en la biblioteca comenzaron a reunirse en esa vitrina, donde la escultura ya estaba instalada y el nombre ya

dispuesto: Biblioteca Patagónica Rodolfo Walsh. Los libros de viajeros, de sacerdotes misioneros, los que escribieron los pioneros y los buscadores de culturas originarias se mezclaron con los penas, las novelas, el teatro y el ensayo publicados luego de la provincialización. Desde Tierra del Fuego a La Pampa imágenes, ideas, historias y mitos y leyendas, se arremolinaron en ese renacido mueble acristalado.

Pero más de tres décadas después de su desaparición y muerte, Walsh seguía incomodando. A regañadientes se reconocía su obra, y nada más. La discordia no era -no podía ser sólo- literaria sino política. Las autoridades de la biblioteca, temerosas de que el escritor desaparecido tutelara la actividad cultural de la institución, obligaron a desandar el camino y devolvieron, sin pena ni gloria, la cabeza de arcilla a su autor. Así, sólo quedó el homenaje que el escultor y el Sindicato de Prensa hicieron a Walsh en la plazoleta de avenida Argentina y Periodistas Neuquinos. Santo remedio.

La Trastienda, el origen

Por Ricardo Villar

Enero de 1981 comenzaba a consumirse. Nos había castigado con días sofocantes, que nos compensaba con nohécitas calmas, como para compartir encuentros con un techo de cielos estrellados.

Eran tiempos de reuniones pese a las restricciones de libertades imperantes. La dictadura estaba firme, pero no tanto como un año antes. En Neuquén se respiraba un aire diferente al del resto del país.

Había una sociedad que buscaba formas para escapar a los cepos. Se hablaba, se discutía y se discutían

cuestiones de gobierno. A nivel nacional, el dictador de turno era un general llamado Roberto Eduardo Viola, que ya sentía los embates de los partidos políticos tradicionales nucleados en una multipartidaria, y no podía con el déficit operativo, ni con la inflación, ni con el constante aumento de tarifas.

Ya se hablaba de elecciones en tiempos lejanos, y ese clima debía ser ayudado con publicaciones que empujaran la marcha hacia la democracia.

En ese contexto, un par de románticos soñadores, vinculados desde años con el periodismo, empezó a madurar la idea de publicar una hoja con información política. Es decir, publicar lo que los grandes medios no publicaban y lo que muchos querían leer.

Fue un proyecto adorable, apasionante, adictivo, movilizador.

Hugo Daniel Rodríguez, un aporteñado soñador y rebelde, había crecido en Cipolletti y luego se fue a Buenos Aires, persiguiendo utopías. Se hizo fotógrafo, se perfeccionó, trabajó en medios importantes. Conoció a Bettina Introzzi, una atractiva morocha a la que era muy difícil ignorar cuando se la cruzaba en la calle. Trabajaron juntos en editorial Abril donde ella era asistente de coordinación de redacción. Se enamoraron, y retornaron al Alto Valle, a Cipolletti, siempre persiguiendo sueños.

También se encontraron, con otro gran periodista de la época con el cual serían grandes amigos, Roberto Vacca, co-creador y co-conductor del reconocido programa de televisión llamado Historias de la Argentina Secreta.

Bettina era hábil con la administración y corajuda para la venta de avisos publicitarios. Un buen dúo, para arrancar.

Uno de esos sueños era el de tener un medio pro-

pio: modesto pero valiente para decir lo que nadie dice.

Luego de un paso por el periodismo deportivo, haciendo un periódico del Club Cipolletti, empezaron a contagiar su virus a otros tipos y tipas que trabajaban en periodismo, pero cuyos medios no canalizaban toda la información que conseguían y menos sus opiniones.

Fue así, que “reclutaron” a algunos periodistas del diario Río Negro, como Osvaldo Eduardo Ortiz, Roberto Delía (Hiram Pérez era su verdadero nombre, y había elegido como seudónimo Delia en homenaje a su esposa, que tenía ese nombre, y Roberto, por su hijo. Pero con el uso quedó como Delía), Ricardo Villar, que andaba boyando con responsabilidades en Neuquén y Roca, pero con muchas ganas de escribir, desde “las tripas” o desde las vísceras. Y otros que se sumaron como colaboradores temáticos, como Celestino Lel, un tipo con fuerte formación religiosa y filosófica, que durante muchos números escribió una columna muy leída bajo el seudónimo MaranHata. El irlandés Tomás Lawry, fue otra pieza importante y Roberto Cáceres con sus caricaturas le dio una impronta diferente a la publicación. Firmaba con el seudónimo Bud.

Luego de varias reuniones, se decidió dar a luz la publicación en el mes de marzo. El nombre salió rápido. Hugo propuso La Trastienda, y rápidamente le encontramos los fundamentos. Es lo que está detrás de lo que se muestra. Y así quedó.

Los primeros números fueron mensuales, y con forma de revista, con tapas de papel grueso y duro (de cartón, diría alguien), que generalmente se ilustraba con una buena fotografía de Hugo, que se esmeraba en lograr lo mejor.

La Trastienda fue bien recibida, y hasta los aportes publicitarios alcanzaban para autofinanciarse y finan-

ciar ajustadamente la vida de Hugo y Bettina y algún pesito que se destinaba a algún compañero necesitado.

Al sexto número se toma una decisión trascendente. Se cierra el primer ciclo y, de mensual, se pasa a semanario, con formato distinto y papel de diario. El paso implicaba exigencias de todo tipo, especialmente económico. Porque es distinto juntar dinero para pagar la imprenta de un número mensual que el gasto de cuatro números, aun cuando se bajaran costos con la calidad del papel y el abandono del color.

Bettina y Hugo, sin consultar a nadie, toman otra decisión fuerte. Deciden vender su casa en Cipolletti y comprar una impresora de textos para ganar independencia en la elaboración del periódico y depender de la imprenta sólo para la impresión. Además, esa máquina permitiría realizar trabajos a terceros, con lo que se armarían dineros extras. Un ejemplo es que en esa máquina se hicieron los avisos de los primeros números de la Guía Cores, un exitoso emprendimiento de la familia Cores, Miguel y Sara, que hoy siguen sus hijos, adaptada a la nueva modalidad del mercado y la tecnología.

Esa locura de Hugo y Bettina los trajo a Neuquén a alquilar un departamento para vivir.

Este acto demuestra los valores de esta gente y la convicción para jugar todo en busca de un objetivo.

El 7 de octubre de 1981 apareció el primer número del semanario, iniciándose una historia de varios años y de recambio de protagonistas. Pero todos y siempre siguiendo los lineamientos liminares de marzo de 1981.

“Estancarse es retroceder”, se proclamó en una columna en donde se anunciaba el salto al semanario y seguía: “desde hoy, estaremos todas las semanas en la calle, respaldados por la misma línea editorial y periodística, con mayores responsabilidades, pero con mayor entusiasmo por servir, porque en definitiva, pe-

riodismo es servicio...” Y en este caso, el servicio estaba orientado a recuperar la democracia y la libertad, aunque la justicia llegara tarde y recortada.

Energía-Las Noticias de CALF

Por Bernardo Guerra

Hurgar en los orígenes de La Revista de CALF es trasladarse al Neuquén de julio de 1933 cuando una gaceta, llamada Energía, empezaba a circular en la ciudad y los alrededores.

Energía fue una publicación que llevó a los vecinos las noticias de la recientemente constituida Usina Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza de Neuquén que unos cuantos años después pasaría a llamarse simplemente CALF.

Por cierto, el camino hacia la fundación de la cooperativa no fue fácil. Hubo trabas surgidas de intereses creados y por supuesto por dificultades económicas. Los socios fundadores de CALF no eran hombres de fortuna. Sin embargo el grupo no se dio por vencido. Pusieron sus ahorros y sus viviendas como garantía para avanzar y cristalizar la creación de la usina del pueblo.

Y así se llegó al 30 de julio de 1933 cuando, como respuesta a un volante cuyo título fue “Al pueblo de Neuquén” que circuló durante varios días y que estuvo firmado como “Varios Propietarios”, se realizó una reunión en el Hotel Confluencia. Ese día se analizaron los pros y los contras y finalmente, y al haber unanimidad, se designó una Comisión para el estudio y creación de lo que habían bautizado como La Usina del Pueblo.



Energía difundió las noticias de la Usina Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza.

A esa reunión le siguió otra mucho más numerosa que se realizó el 6 de agosto en el cine La Armonía que designó a la comisión provisoria que fijó domicilio legal en la vivienda de un vecino de apellido Alcaraz. Esto ocurrió el 17 de agosto de 1933, fecha en que se acordó que el nombre provisoria de la prestadora del servicio eléctrico sería el de Usina Cooperativa de Agua, Luz y Fuerza de Neuquén.

Un mes después, en octubre, comenzó a editarse Energía, órgano de difusión de la flamante cooperativa y el 17 de diciembre de 1933 -una vez redactados los estatutos- se realizó la asamblea constitutiva de la flamante Usina. Ese día con 121 socios y un capital suscrito de 27.900 pesos finalmente se constituyó la entidad. Energía se mantuvo unos pocos años hasta que dejó de circular.

La historia continúa

CALF tuvo dos publicaciones periódicas más. En febrero de 1979 comencé a trabajar en Las Noticias de CALF, la segunda publicación cooperativa. Esta revista fue creada en 1977 y se distribuía en la ciudad y alrededores con una tirada de 16 mil ejemplares. Se imprimía en los Talleres Gráficos Ecos Cordilleranos de Zapala.

El presidente de CALF era Oscar Inda y la coordinación y redacción de la revista era responsabilidad de Omar Marticorena. En arte y diagramación estaba Luis Rafael Castilla y la fotografía se repartía entre Foto Silvia y José María Delloro .

Los colaboradores de esos primeros años fueron Héctor Raúl Sainz, Diego Flores Giménez, Daniel Auer, Osvaldo Ortiz, Enrique Esteban, Adolfo Mantilaro y Alfredo Savanco que con los años se hizo cargo del Instituto de Acción Cooperativa de CALF. Las

oficinas de Las Noticias estaban en Talero 186. Esas instalaciones las conocí muy por arriba porque al poco tiempo de haber ingresado nos trasladamos a calle Bahía Blanca casi Mitre, al edificio central de CALF.

En Las Noticias primero, y luego en La Revista, fui diagramador, fotógrafo, redactor, cronista, chofer, cadete. Pasé por casi todas las secciones de una publicación. Éramos pocos y estaba todo por hacerse.

Ricardo López, que en 1977 se había hecho cargo de la coordinación de la publicación, quería algo más parecido a una revista que a un boletín informativo. Y su deseo, paso a paso, se fue haciendo realidad: Osvaldo Ortiz, que venía como colaborador, pasó a tener mayor participación y decisión en la publicación al igual que Gabriel Grego. Unos años después Osvaldo sería el secretario de redacción.

Se incorporaron nuevos trabajadores, entre ellos, Edgardo Cabrer, Silvia Ana Dosen, Mario Pérez y Gerardo Aguirre. También una empleada administrativa de nombre Susana.

Osvaldo Ortiz tuvo mucho que ver en el giro que tomaría la publicación unos pocos años después: la hizo más periodística, más interesante. Sumó secciones, colaboradores. Con él, Las Noticias de CALF, comenzó a reformular su rumbo y a meterse en la gente, en las organizaciones sociales, políticas y de gobierno de la ciudad y la provincia. Se incorporaron noticias de interés general, política, cultura, economía, vecinales, educación, cocina, entretenimiento, deportes, sin perder de vista que había que seguir informando al asociado del quehacer de la cooperativa.

Los primeros años de Las Noticias fueron duros y difíciles. Los pudimos enfrentar porque el Consejo de Administración de CALF presidido, primero por Oscar Inda y luego por Atilio Falleti, apoyó no solo

con palabras sino también en los hechos, la publicación. Esos primeros tiempos fueron enfrentados, básicamente, por el equipo que fue construyendo una revista que poco a poco se hizo necesaria.

Se sentía la pertenencia del vecino con la publicación cuando aparecían por la Redacción a reclamarla porque no había llegado a su domicilio. Las Noticias se entregaba gratuitamente.

Por aquellos años, finales de los setenta y principios de los ochenta, fue valorada por amplios sectores de la población: acompañó los reclamos por tierra y vivienda de los vecinalistas; difundió la tarea de pequeñas cooperativas, de los gremios, de los partidos que se estaban rearmando para volver a la vida democrática; apoyó la tarea educativa de los maestros de la cordillera con material elaborado por gente idónea.

Cuando empezamos a viajar por la provincia por decisión de Osvaldo Ortiz, comprobamos con orgullo que en escuelas, sociedades de fomento, bibliotecas, centros de salud, había ejemplares de la publicación a disposición de los vecinos.

La impresión

Al principio se hacía en Zapala, así que es fácil imaginar lo engorroso y lento del proceso. Pasados unos años, la cosa no mejoró, pese a que se comenzó a imprimir en General Roca. Resultaba angustiante. Podíamos recibir la publicación en término o diez días después. Podíamos recibir lo que habíamos armado, escrito y entregado, o no.

En Neuquén en la redacción, armábamos el mono que no era otra cosa que grandes hojas en blanco en las que pegábamos fotos, textos, publicidades. Escribíamos en máquinas IBM, en aquellas de la bocha que tenía distintos tipos de letra. Para los títulos usábamos

planchas de Letraset. Nuestras herramientas para el trabajo artesanal de armado eran la trincheta, el tiralíneas Rotring, la cinta adhesiva y la goma de pegar.

El cierre era cerca del final de cada mes. Llegado ese día, agarraba el mono, me subía al móvil número 69 -un Renault 4S asignado por la cooperativa a la publicación- y enfilaba hacia General Roca donde me reunía con el jefe de taller y le entregaba el material. Generalmente me quedaba unas horas en la imprenta por si surgía alguna duda y luego regresaba a Neuquén.

A partir de allí nos encomendábamos a todos los santos para que no sucediera nada anormal que alterara los tiempos de entrega que eran, más o menos, de cinco días. Además, había otro asunto que nos jugaba en contra y que varias veces demoró la impresión: Papel Prensa. Clarín y La Nación tenían el monopolio y manejaban la distribución del papel de acuerdo con sus intereses y criterios. Lo utilizaban como una herramienta de extorsión y si nuestra impresión caía en medio de una pulseada del grupo monopólico, la entrega se atrasaba, y mucho. No había papel.

La Revista de CALF

Y así, entre alegrías y sinsabores, llegamos a agosto de 1981, cuando decidimos que Las Noticias de CALF había cumplido su ciclo y que era tiempo de abrirle camino a una nueva publicación que fue bautizada como La Revista de CALF. La tercera publicación cooperativa. Y fue ése el año en que la publicación despegó definitivamente.

Con el tiempo se sumaron a La Revista Judith Wendell, Luis Almarza, Fabián Bergero, Rubén Marcolini, Alberto Barrera, Pedro Michiquelli, Mónica Reynoso, Raquel Martín y Pascual Rodríguez como integrantes del consejo de redacción.


Fuimos reconocidos como un medio de difusión. Se nos convocaba a las conferencias de prensa, a las giras oficiales. Se nos sumaba a las visitas de personalidades nacionales, recibíamos comunicados de prensa y publicaciones. Los dirigentes de la sociedad civil nos tenían presentes para contarnos sus proyectos, lo mismo hacían cooperativas, comunidades originarias, gremios, partidos políticos. En definitiva, Neuquén estaba haciendo suya a La Revista.

Cuando en mayo de 1981, Adolfo Pérez Esquivel visitó la ciudad, lo primero que dijimos en reunión de redacción para prepararnos para ese acontecimiento fue: hay que cubrir la visita. No importaba nada. Había que estar presente. La Revista tenía que estar (ver también páginas 41 y 96)

Para cubrir la conferencia de prensa de Pérez Esquivel, hice de chofer, fotógrafo y cronista. O sea, estaba solo. Y así me fue.

Terminó la rueda de prensa, y al volver al auto que estaba estacionado en la calle Juan B. Justo, en la vereda del Obispado, lo encontré violentado. El maletín de fotografía estaba roto y el cuestionario que había preparado para entrevistar al premio Nobel y olvidé en el auto, estaba extendido en el parabrisas, sujeto con las escobillas. A partir de ese episodio que me tuvo como involuntario protagonista, gocé por un tiempo de una disimulada custodia.

En otro momento nos retuvieron por mucho tiempo una tirada de 50 mil ejemplares porque una de las notas principales informaba sobre la falta de viviendas y lotes en la ciudad. Esa nota no le gustó al intendente de turno y, como tenía la sartén por el mango, nos secuestró la publicación.



En 1981, Las Noticias había cumplido su ciclo. Así iniciamos otra publicación: La Revista de CALF.

Malvinas y el alzamiento carapintada del '87

Estos dos episodios fueron vividos intensamente en La Revista. Se barajaron varias iniciativas. Ediciones especiales. Sí, ediciones, en plural. No queríamos quedarnos en la edición mensual. Queríamos informar diariamente de lo que estaba ocurriendo. Pensamos hasta en algún pasquín impreso en mimeógrafo. Una gacetilla. Queríamos estar con los lectores que nos habían dado un voto de confianza. Este debate fue originado, fundamentalmente, por el alzamiento carapintada.

Finalmente primó la cordura. No era necesario nuestro esfuerzo porque LU5, en primer término, y luego el diario Río Negro hicieron un magnífico trabajo informativo de aquellos dos episodios. Sobre todo, el referido al intento de golpe de Estado.

Durante aquellas jornadas no faltó nadie: amas de casa, abuelos, niños, comerciantes, músicos. Fueron días que culminaron el domingo de Pascua con una movilización considerada hasta la fecha como la más numerosa de las que se tenga recuerdo en Neuquén. Y en todos esos episodios estuvo la publicación cooperativa. (ver páginas 102 y siguientes).

Miguel Hernández

Por Osvaldo Ortiz

Miguel Hernández murió cuando tenía apenas 31 años -de los cuales más de seis los vivió en medio de la guerra civil española y en las cárceles por las que lo arrastró el franquismo- pero su obra literaria era tan

potente que traspasó las barreras de la dictadura que pretendió silenciarlo.


En la plaza de los Artistas de Neuquén, ubicada en Islas Malvinas y Arturo Illia, hay un monumento al poeta español realizado por el escultor Atilio Morosín. Fue por iniciativa de Valeriano Basilio Marquina, que fue comandante y “custodio” de Hernández durante buena parte de la guerra civil española. Para la ejecución de esa obra, a comienzos de la década de 1990, el Vasco tuvo el decidido apoyo del ex diputado nacional Osvaldo Pellín quien, a través de la Fundación Confluencia que él había creado, organizó una serie de charlas y un concurso literario para homenajear al poeta español.

Cuando se desarrollaban la batalla de Teruel y la defensa de Madrid, al comandante Marquina le encargaron que Miguel no entrara en combate, porque ya se le reconocía por su potencial como escritor.

El poeta había nacido Orihuela, Alicante, el 30 de octubre de 1910 (tenía un año más que su jefe). Mientras estudiaba, los jesuitas del colegio Santo Domingo le quisieron dar una beca, pero el padre de Hernández se opuso y lo mandó a cuidar las cabras, que eran el negocio de la familia. Así que él escribía mientras los animales pastoreaban y luego el vicario de la iglesia mecanografiaba los poemas. Éste le aconsejó que comprara una máquina de escribir portátil, que luego llevaba en su mochila de pastor.

En 1931 había escrito “Canto a Valencia” y en 1933 *Perito en Lunas*, obras con las que llegó ese año a Madrid y consiguió trabajo para quedarse en la capital. En 1935 falleció su amigo del alma, Ramón Sijé, al que dedicó “Elegía”, un poema que publicó con gran repercusión el diario El Sol.

Ya en plena guerra civil, el 9 de marzo de 1937,



En esas jornadas no faltó nadie: amas de casa, abuelos, niños, comerciantes, músicos.

aprovechó dos días de descanso para casarse con Josefina Manresa. Con ella tuvo un primer hijo que falleció a los pocos meses. A él le dedicó “Hijo de la luz y de la sombra”.

Marquina cumplió su tarea: Miguel Hernández salió vivo de Madrid y luego de visitar a su esposa logró escapar a Portugal. Era 1939 y la policía de António de Oliveira Salazar, dictador de ese país, lo detuvo y entregó a los franquistas.

El juicio de depuración -como les decían- lo condenó a muerte por haber sido comisario político de tropas civiles, pero fue tanta la presión, que Francisco Franco le cambió esa pena por 30 años de prisión. Su mujer le dio entonces la buena noticia de que había nacido su segundo hijo, Manuel Miguel, pero le dijo que estaban mal económicamente y que solo tenían para comer pan y cebollas. De ese dolor surgió el poema “Nanas de la cebolla”.

Dicen que por gestiones de Pablo Neruda con un obispo tuvo unos meses de libertad, pero los franquistas presionaron tanto que fue nuevamente encarcelado. Pasó por varias prisiones, hasta recalar en 1941 en el Reformatorio de Adultos de Alicante (un nombre totalmente franquista). Allí murió de tuberculosis el 28 de marzo de 1942. Todo ese tiempo siguió escribiendo en cualquier papel, incluso en los higiénicos.

En Neuquén, su comandante falleció a los 86 años, en el hospital Castro Rendón y dicen que sólo tenía momentos de consuelo y lucidez cuando la profesora de historia de la Universidad Nacional del Comahue, Susana Rodríguez (de la Asociación Española) y antes del inminente final, Osvaldo Pellín, le leían poemas de Miguel Hernández.

Su amigo Pablo Neruda reclamó, luego de la muerte del escritor: “Recordar a Miguel Hernández

que desapareció en la oscuridad y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor. Pocos poetas tan generosos y luminosos como el muchachón de Orihuela cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas rectilíneos de Andalucía sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra! ¡Nos toca ahora y siempre sacarlo de su cárcel mortal, iluminarlo con su valentía y su martirio, enseñarlo como ejemplo de corazón purísimo! ¡Darle la luz! ¡Dársela a golpes de recuerdo, a paletadas de claridad que lo revelen, arcángel de una gloria terrestre que cayó en la noche armado con la espada de la luz!”

El pudor de un jefe republicano: Marquina y la batalla de Teruel

Por Osvaldo Ortiz

Después de 10 días de asedio a las fuerzas franquistas de la ciudad de Teruel, en la siesta de la Navidad de 1937, se le ordena a Valeriano Basilio Marquina, que -con tropas formadas por voluntarios- termine con los dos últimos focos de resistencia. El hombre tenía 26 años y algunos historiadores ya lo mencionan como mayor de las fuerzas republicanas. Así que a las jornadas de lucha de casa por casa que venía comandando, siguieron estos dos tremendos “asaltos”. Primero lograron tomar el Seminario que hacía de segundo cuar-

tel de los sublevados y el 5 de enero cayó la “comandancia”, donde se entregaron el coronel Domingo Rey D’Harcourt -que al día siguiente firmó la rendición- y el obispo Anselmo Polanco, además de otros jefes leales al después dictador Francisco Franco (gobernó España de 1938 a 1973).

Pero el vasco Marquina -que vivió en Neuquén trabajando en la construcción, especialmente como gasista- jamás se mostraba orgulloso de esa victoria militar y otras acciones bélicas, sino que destacaba que aquel día no permitió que nadie tomara venganza contra los detenidos, que fueron sacados con vida de la zona del combate más duro que se desarrolló en la guerra civil española.

Allí se luchó desde mediados de diciembre hasta finales de febrero, con temperaturas de hasta 20 grados bajo el punto de congelamiento. Por eso se menciona esa batalla como la “Stalingrado española”. Finalmente el franquismo -con el indisimulado apoyo aéreo de Adolf Hitler y la artillería, otros pertrechos y escuadrones enviados por Benito Mussolini- terminaron desalojando a los republicanos de Teruel.

La dictadura prácticamente borró de la historia oficial el papel destacado que tuvieron en esa contienda los escuadrones de voluntarios y los jefes militares que eran civiles antes de la guerra. El historiador Pedro del Corral reconstruyó la batalla de Teruel en base a artículos periodísticos de corresponsales de guerra extranjeros y declaraciones de veteranos de la 84 Brigada Mixta del Ejército Popular, por lo que el libro se llama *Si me quieres escribir*, instando a seguir recopilando esa historia que el franquismo intentó “hacer desaparecer”.

Él afirma que aquel 25 de diciembre -ya tomada la ciudad- el jefe del Ejército Republicano, teniente gene-

ral Vicente Rojo Lluch, le dejó al mando al recién ascendido general Juan Hernández Saravia y a las 14,30 éste le dio al mayor Marquina, la tarea de terminar con la última resistencia con la 84 Brigada Mixta y la 87 Brigada de Carabineros. Se menciona a nuestro vasco como “un ex minero, que fue comisario político de las columnas de El Campesino (otro civil jefe militar) en Somosierra”.

Marquina había nacido el 28 de febrero de 1911, en Galdames, Vizcaya. Si no recuerdo mal, me dijo que era hijo de un militar y que tuvo formación de ese tipo, lo que facilitó luego de que destacara en la lucha. La guerra lo sorprendió cuando quería estudiar ingeniería. Miembro del Partido Comunista se alistó en las Milicias Antifascistas, Obreras y Campesinas (MAOC) y al poco tiempo estaba al frente de la 3ra. División Vasca. Después participó de los combates de Santander y Asturias.

Luego vino la destacada lucha en Teruel y posteriormente la pelea encarnizada por Madrid, bajo el lema de “No Pasarán”. En esa última parte de su forzada carrera militar, tuvo primero como ayudante y luego como comisario político (algo que sólo tenían las tropas de voluntarios) al joven escritor Miguel Hernández. Ese era su otro gran orgullo, porque le habían encargado que no permitiera que entrara en las zonas de combate, cosa que asegura le costó mucho trabajo extra (ver página 171).

Una noche que me invitó a cenar, y a la madrugada -cuando cantaba un gallo-, me contó que días antes de que cayera Madrid y fuera capturado, le hicieron unos documentos falsos creo que a nombre de un tal Pedro Zolle López, que figuraba como cocinero. “Era tal la diferencia de la piel de los que estaban en primera línea y los que dirigíamos y planificábamos, que sólo podía

pasar por cocinero”, me dijo.

Eso le sirvió para ir a un campo de concentración de Albatera, cerca de Alicante, de donde pudo escapar a Francia. Allí permaneció en otro campo de refugiados-detenidos, desde donde lo dejaron salir hacia América. Primero estuvo en la República Dominicana, luego pasó por México y alrededor de 1970 terminó radicándose en la ciudad de Neuquén, donde fue uno de los primeros gasistas matriculados.

Era un vasco fornido, de buena altura, muy inteligente, que gran parte del año usaba sobretodo y llevaba un maletín de cuero como los que teníamos en el secundario (igual al del dramaturgo Alejandro Finzi). Cuando yo solía alabar a la Europa por el estado de bienestar que vino luego de la guerra, él me decía con su hablar lento y seguro: “es un híbrido, con lo mejor de cada uno, la democracia de los verdaderos liberales (“en Argentina no hay”), la buena administración conservadora y la planificación de socialistas y comunistas”.

Luego de la muerte del dictador Franco, vino la apertura política de España, los reconocimientos oficiales de sus grados militares, sus viajes a España por los homenajes a Miguel Hernández, el 50° aniversario de la batalla de Teruel, pero él nunca aceptó ninguna condecoración. “No voy a llevar una medalla por des-triparnos mutuamente entre españoles”, decía.

El plan de Salud que superó la dictadura

Por Osvaldo Ortiz

Aniquilar el Plan de Salud de Neuquén parecía ser uno de los objetivos de la dictadura. La verdad se tuvo mucho temor durante la gestión del primer interventor

del poder ejecutivo de la provincia, el coronel José Andrés Martínez Waldner, pero paradójicamente la declinación no se produjo en esa época.

En esos primeros años del gobierno militar, el ministro de Bienestar Social -de la cual dependía la Secretaría de Salud- era Héctor Jorge, un personaje bastante enigmático que usaba de corbata un moño de cintas. Se decía que el primer golpe al sistema vendría con el arancelamiento de los servicios, pero si bien muchos de los creadores del plan ya no estaban en la provincia, el plantel de profesionales resistió todos los intentos por afectar el sistema que ponía el énfasis en la atención primaria.

Luego, cuando se nombró gobernador militar al general Domingo Trimarco, este nombró de ministros a varios hombres del COPADE (que respondían indirectamente a Felipe Sapag) y el Plan de Salud se terminó de afianzar.

Se fueron bajando año tras año los indicadores de salud, como la mortalidad infantil y si bien cada tanto desde el gobierno nacional volvían a agitar el fantasma del arancelamiento de salud (y educación), el sistema neuquino continuó mejorando y alcanzó gran fama.

Sin ninguna duda, si algo le dio prestigio a los gobiernos del Movimiento Popular Neuquino, fue el plan de Salud. Y sin embargo fue un hombre de ese partido, Jorge Sobisch, el que inició un proceso de declinación que no parece detenerse, por más que los últimos gobernadores sigan hablando del plan como si aún fuera el mejor del país.

Fue en 2004 cuando Sobisch dijo que el sistema de salud oficial estaba en su mejor nivel y al que había que ayudar era el sistema privado. Para la mitad de ese año se había generado un debate público que -no es exagerado decir- todavía se mantiene.

Lo cierto es que partir de ese momento el Plan de Salud de Neuquén comenzó a perder primero a los especialistas y posteriormente a gran parte de todos los planteles que ellos habían formado. En contraposición los sistemas privados se fueron fortaleciendo al incorporar a todos esos profesionales con gran experiencia, sin invertir nada.

Y, según continúan denunciando los médicos que mantienen en pie el deteriorado sistema de salud oficial, cada vez es más difícil que el problema se revierta y que el gobierno pueda contratar al personal que hace falta. Aseguran que la única forma de lograr un sueldo que les permita vivir dignamente es realizando todas las guardias posibles.

Incluso en medio de la pandemia, aseguraron que si por ejemplo un médico se contagia de corona virus, no sólo tiene el problema de la enfermedad, sino también el de caída del sueldo por no poder hacer guardias.

Y la situación llegó a tal nivel, que ya no sólo se han escuchado las reiteradas críticas de la Asociación de Profesionales (tradicional defensor del sistema), sino que además -ante la impotencia de la falta de soluciones de fondo- varios profesionales salieron también por su cuenta a quejarse por los bajos sueldos, la falta de apoyo y de insumos, porque parece que el problema no sólo es de recursos humanos.

Seguramente, los creadores del sistema y su ideólogo político (Felipe Sapag) podrían haber esperado que esto sucediera durante la dictadura, pero jamás durante gobiernos de su propio partido. Y que a la falta de medidas para revertir la situación, las autoridades de turno le agreguen discursos que ignoran la profunda crisis y hablan del sistema como si todavía gozara de buena salud.

Por favor, muestren un candidato de verdad

Por Osvaldo Ortiz

Cada vez que veo alguna noticia referida al conflicto por las Islas Malvinas, me invade una sensación de extrema vergüenza por los jefes de la sangrienta dictadura militar que dominó por la fuerza a nuestro país.

Pero no es solo por el hecho de haber mandado al matadero a jóvenes soldados y militares de las tres fuerzas, los abusos con sus propias tropas y tantas irregularidades, sino que hasta por las actitudes de ambas fuerzas después de finalizada la guerra.

Lo que más me exaspera es que nosotros o por lo menos yo en particular, tengo un mal concepto de los ingleses. Han hecho mérito para que los relacionemos con la piratería, estuvieron en la vanguardia del tráfico de esclavos, jugaron un papel fundamental para que América del Sur no pudiera conformar un bloque homogéneo, pero no me queda más remedio que reconocer que terminada la guerra recogieron con respeto nuestros muertos, les dieron sepultura y luego permitieron que se los identificara para que sus familiares pudieran recordarlos en sus tumbas.

Los jefes de la dictadura dijeron siempre que ellos libraron una guerra contra la subversión en nuestro país -aunque lo que hicieron fue más bien un genocidio-, pero terminado el conflicto no tuvieron ni siquiera ese cachito de honor que mostraron los ingleses para decir dónde estaban los muertos. Ya muchos de estos asesinos fallecieron y también han muerto los padres de muchos de los desaparecidos, sin haber tenido un lugar donde llorar a sus víctimas. Ya que les gusta hablar tanto de honor, seguimos esperando que sean honorables.

Cómo y cuándo nacieron las joyas de la abuela

Por Osvaldo Ortiz

Las famosas joyas de la abuela, que tantas disputas han producido en el país por la forma en que las provincias petroleras “las gastaron o no gastaron”, nacieron en plena dictadura. Calculo que fue a fines de 1980 cuando se tomó esa decisión y fueron los entonces ministros del Interior, Albano Harguindeguy, y de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz (alias Joe), los que se lo comunicaron a los gobernadores, en una reunión en la Casa Rosada.

Yo había viajado a Buenos Aires por el diario Río Negro, alertado de la importancia del tema por el ministro neuquino, Alberto Fernández. Tenía tantas dudas si podría ingresar a la Casa de Gobierno, que fui temprano. Los guardias me dejaron llegar hasta las oficinas de la Dirección de Prensa, pero allí un militar me dijo que no había ninguna reunión de la que pudiera participar la prensa, tampoco conferencia de prensa y que no podía permanecer en esas oficinas si no estaba acreditado. Me sacaron corriendo.

Así que me fui a la entrada principal, y pude hablar con el gobernador Domingo Trimarco, el estadístico Alberto Fernández y otro funcionario del área de recaudaciones que no me animo a identificar porque no estoy seguro cuál era. Trimarco me dijo que los seguiría como si fuera parte de la comitiva y que, terminado el encuentro con los ministros nacionales, me atendería con el gobernador de Río Negro, el contralmirante Julio Alberto Acuña.

Había que verle la cara de bronca al milico de prensa, cuando Trimarco le dijo que yo esperaría allí y que él pediría que me lleve a la sala de conferencias cuando

terminara el encuentro. Por un lado me parecía raro que fuera el único periodista interesado por el tema, pero por el otro había que considerar que las regalías petroleras no eran todavía un recurso tan importante para las provincias petroleras.

Cuando Trimarco y Acuña me recibieron para decirme lo que el gobierno del dictador Videla había decidido, además de Fernández y otro funcionario de Río Negro, apareció también un neuquino que en la época de Felipe Sapag había estado en el área de economía, el licenciado Emilio Moreta, que en ese momento era asesor del ministro Harguindeguy. En aquellos tiempos decían que el hombre influyó en el militar y que algo tuvo que ver en el nacimiento de la criatura que fabricó las joyas de la abuela.

En ese momento, los dos gobernadores militares confesaron que sentían un sabor agridulce, porque, si bien las regalías mejorarían para las provincias petroleras, no sería de inmediato sino con el paso de los años.

Esto vale la pena explicarlo. Las regalías siempre fueron y son el 12 por ciento del valor boca de pozo de los hidrocarburos. Hasta aquel momento ese valor era fijado –según los criterios de cada gobierno– por la YPF estatal. Y siempre los gobiernos preferían cargar impuestos nacionales a las naftas, que tener que levantar ese precio en beneficio de las provincias productoras con un valor boca de pozo más alto.

Lo que hizo el gobierno militar fue determinar que ese valor surgiría de un promedio de precios internacionales, que por supuesto eran mucho más altos que los que fijaba YPF. Pero como con el padre del neoliberalismo en Argentina, nada salía gratis, Joe influyó para que se decidiera que, dada la crisis económica que vivía el país, el primer año se pagaría sólo el 50 por ciento de ese cálculo, al otro el 60 y se irían aumen-

tando diez puntos por año, hasta llegar al ciento por ciento dispuesto por el decreto-ley de la dictadura.

Martínez de Hoz debe haber pensado, nosotros somos los que hacemos justicia con las provincias petroleras, pero eso sí, “que lo pague otro”.

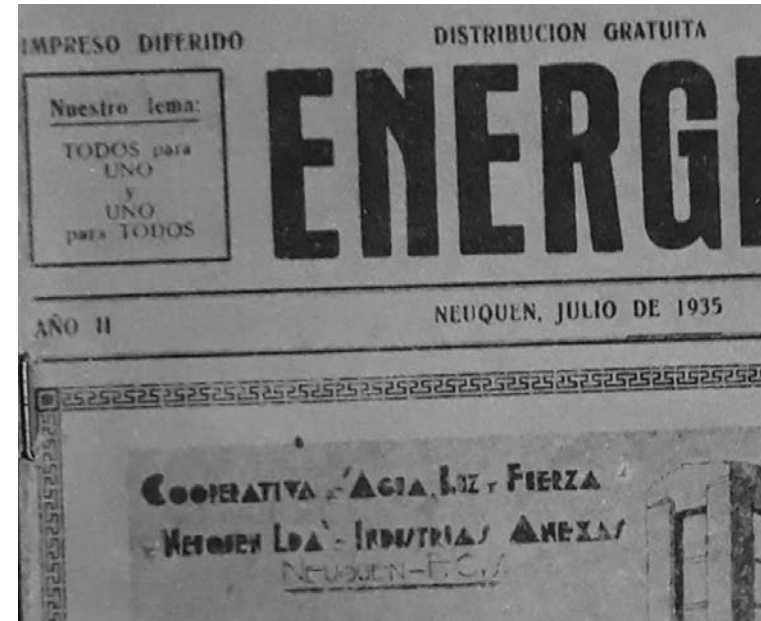
Claro que por el lado de las provincias -según me explicaron ese día informalmente Fernández y Moreta- sólo tenían que dejar pasar el tiempo y comenzar a preparar sus reclamos judiciales para cuando la situación mejore. Es que el decreto-ley decía que el valor real era la canasta de crudos, pero que por unos años no se podía pagar completo, con lo que “reconocían que habría una deuda”.

Así que, desde entonces, comenzaron a crecer las joyas de la abuela y para los ‘90 los juicios ya estaban por llegar o estaban en la mesa de entradas de la Corte Suprema de Justicia. En esa época Carlos Menem había comenzado con el proceso de privatización de empresas estatales y se cree que dentro de las negociaciones por la venta de la petrolera estatal, vino el acuerdo entre el gobierno nacional y las provincias petroleras, para pagarles lo que legítimamente les correspondía (aunque la decisión hubiera sido de un gobierno militar).

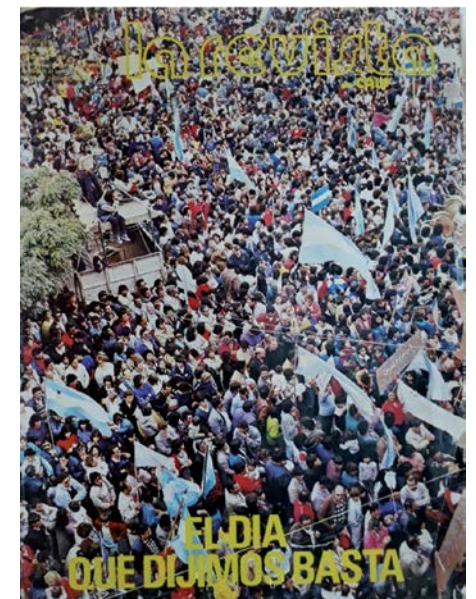
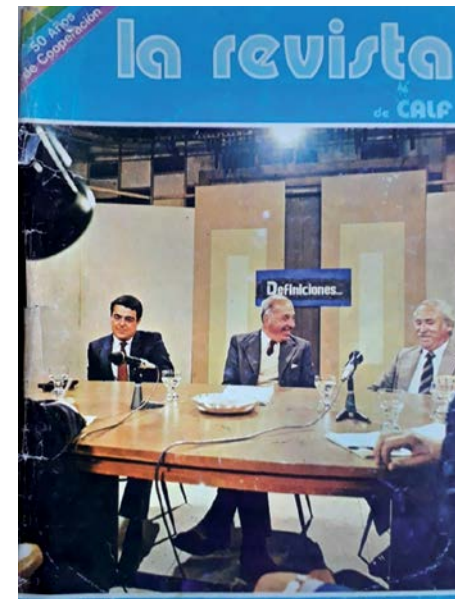
Pero como con Menem tampoco nada era gratis (en Economía tenía hombres que habían estado con Martínez de Hoz), tuvieron que resignar algo así como el 50 por ciento de lo que reclamaban, aunque esa cuenta nunca quedó muy clara. Eran, sí, grandes cifras, si se tiene en cuenta que era la época de un peso igual a un dólar y los que decidieron guardar todo o algo, lógicamente lo dolarizaron.

En Neuquén las joyas de la abuela las recibió Jorge Sobisch -en su primer mandato- y se concedieron una serie de créditos de promoción, que terminaron en un

escándalo, porque decían que muchos no pagaron ni la primera cuota. Cuando Felipe Sapag comenzó su último gobierno se iniciaron investigaciones en la Legislatura provincial y la justicia, pero nunca se llegó a ningún tipo de fallo o sanción en esos poderes.



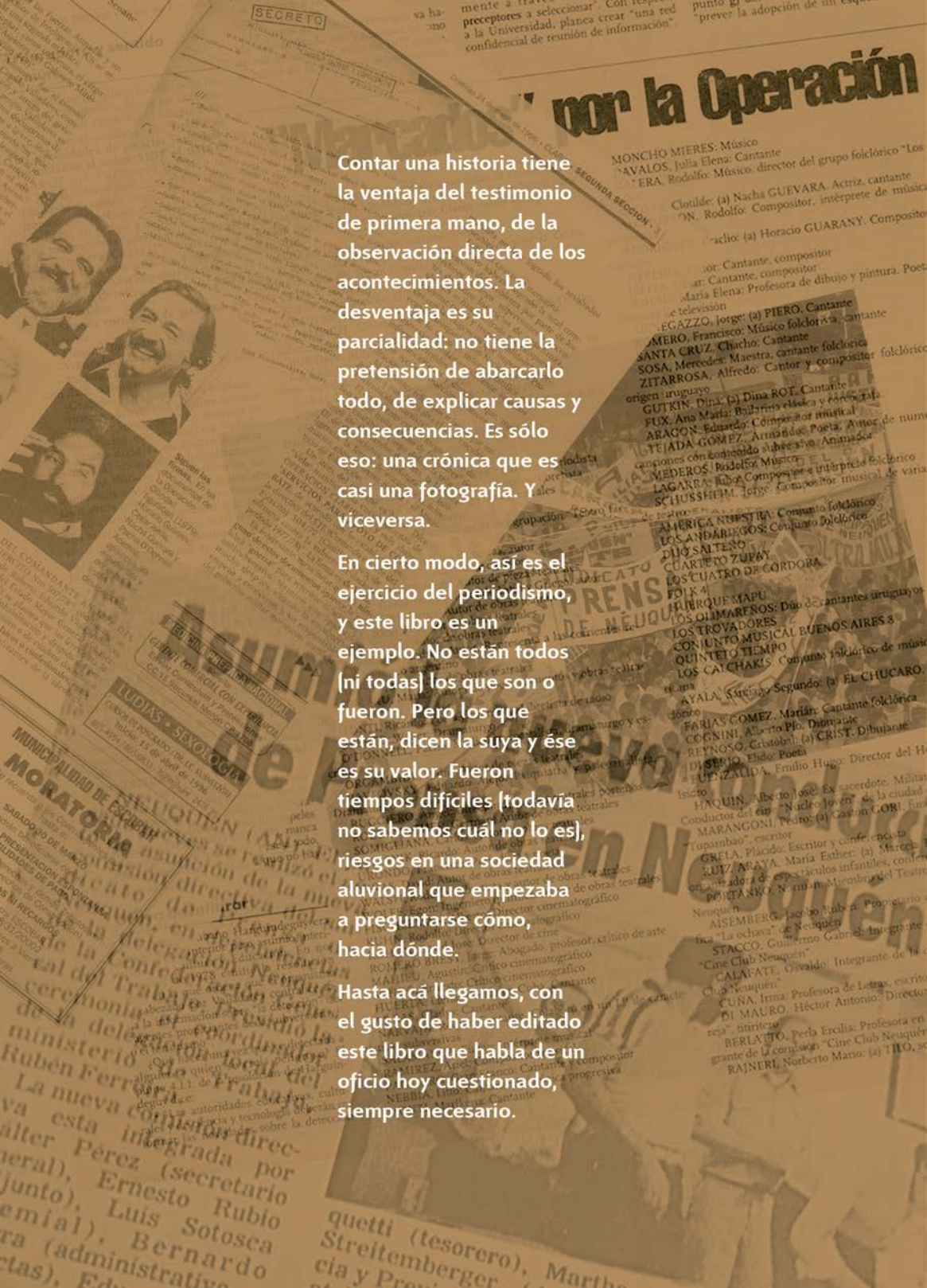
En julio de 1935, con Energía empezaba a circular información de la Usina Cooperativa.



La Revista fue aceptada masivamente como un medio de difusión de la ciudad, con noticias sociales y comunitarias.



PLAZOLETA DEL PERIODISTA



Por la Operación

Contar una historia tiene la ventaja del testimonio de primera mano, de la observación directa de los acontecimientos. La desventaja es su parcialidad: no tiene la pretensión de abarcarlo todo, de explicar causas y consecuencias. Es sólo eso: una crónica que es casi una fotografía. Y a la inversa.

En cierto modo, así es el ejercicio del periodismo, y este libro es un ejemplo. No están todos (ni todas) los que son o fueron. Pero los que están, dicen la suya y ése es su valor. Fueron tiempos difíciles (todavía no sabemos cuál no lo es), riesgos en una sociedad aluvional que empezaba a preguntarse cómo, hacia dónde. Hasta acá llegamos, con el gusto de haber editado este libro que habla de un oficio hoy cuestionado, siempre necesario.

MONCHO MIRES: Músico
"AVALOS, Julia Elena: Cantante
"ERA, Rodolfo: Músico, director del grupo folclórico "Los

Clonide: (a) Nacha GUEVÁRA, Actriz, cantante
"N, Rodolfo: Compositor, intérprete de música

clonide: (a) Horacio GUARANY, Compositor

or: Cantante, compositor
ar: Cantante, compositor

Maria Elena: Profesora de dibujo y pintura. Poeta

television

EGAZZO, Jorge: (a) PIERO, Cantante

AMERO, Francisco: Músico folclórico, cantante

SANTA CRUZ, Chicho: Cantante

SOSA, Mercedes: Maestra, cantante folclórica

ZITARROSA, Alfredo: Cantor y compositor folclórico

origen uruguayo

GUTKIN, Dina: (a) Dina ROT, Cantante

FUX, Ana María: Bailarina clásica y contemporánea

ARAGON, Eduardo: Compositor musical

TEJADA GÓMEZ, Armando: Poeta, autor de numerosas canciones con contenido subversivo. Animador

MEDEROS, Rodolfo: Músico

LAGARRA, Iba: Compositor e intérprete folclórico

SCHUSSHEIM, Jorge: Compositor musical de variado

de teatro

AMERICA NUESTRA: Conjunto folclórico

LOS ANDÁRGEGOS: Conjunto folclórico

DUO SALTEÑO

CUARTETO ZURBY

LOS CUATRO DE GORDORA

FOLK 4

RIQUERQUE MAPU

LOS OLMAREÑOS: Duo de cantantes uruguayos

LOS TROVADORES

CONJUNTO MUSICAL BUENOS AIRES 8

QUINTE TO TIEMPO

LOS CALCHAKIS: Conjunto folclórico de música

trama

AYALA, Alberto Segundo: (a) EL CHUCARO,

dor

FARIAS GÓMEZ, María: Cantante folclórica

COGNINI, Alberto Pío: Dibujante

REYNOSO, Esteban: (a) CRIST, Dibujante

DI SERIO, Elio: Poeta

FUENZALIDA, Emilio Hugo: Director del H

Isi

HAQUIN, Alberto José: Ex sacerdote, Militar

Conductor del cine "Núcleo 107" en la ciudad

MARANGONI, Pedro: (a) Gastón CORI, fun

"Tupambato", escritor

GRELA, Plácido: Escritor y conferencista

LUIZ ABAYÁ, María Esther: (a) Marce

on, autora de cuentos infantiles, confer

PORTANKO, Naim: Miembro del Tea

Neuquén

AISEMBERG, Jacobo Rubén: Proprietario

de "La Ochova" de Neuquén

STACCO, Guillermo Gabriel: Integran

"Cine Club Neuquén"

CALAFATE, Osvaldo: Integrante de la

Club Neuquén

CUNA, Irma: Profesora de Letras, escrit

DI MAURO, Héctor Antonio: Director

teja", crítico

BERLAFIO, Perla Ercilia: Profesora en

grante de la comisión "Cine Club Neuquén"

RAJNERI, Norberto Mario: (a) TILO, s

MUNICIPALIDAD DE NEUQUEN

MORATORIA

SABADO DE NEUQUEN

PRESENTACION DE NEUQUEN

COMISION DIRECTIVA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

LUDIAS SEXOLOGIA

COMISION DIRECTIVA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA

SECRETARIA